

Kappa OCHO







Kappa OCHO[®]

20K
años

Autores:

Natalia Andrade

Juan de Brigard

Juanita Castro

Mariana Lozano Cano

Alejandra Martínez

Juan Pablo Parra

María José Parra

Viviana Rangel

Pilar Sáenz

Andrés Velásquez

Diseño editorial y gráfico:

Hugo A. Vásquez Echavarría

Diseño de portada:

Daniela Moreno

Ilustraciones:

Don Repollo

Bogotá, Colombia

2023

Editor:

Rodrigo Bastidas

**Coordinación Editorial:**

Alejandra Martínez

Directora Fundación**Karisma:**

Carolina Botero

ISBN 978-958-99378-6-0

Esta publicación está disponible bajo una Licencia Creative Commons CC-BY 4.0. Usted es libre para de: *Compartir - copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.*

Adaptar - remezclar, transformar y construir a partir del material. Para ver una copia de esta licencia, visite

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>

En un esfuerzo para que todas las personas tengan acceso al conocimiento, la Fundación Karisma está trabajando para que sus documentos sean accesibles. Esto quiere decir que el formato de este contenido incluye ajustes razonables relacionados con la alineación de los párrafos, el tamaño, el tipo de letra, el uso de los colores, su contraste, entre otros.

El propósito del diseño accesible es que todas las personas puedan leer, incluidas aquellas que tienen algún tipo de discapacidad visual o de dificultad para la lectura y comprensión.

Más información sobre documentos accesibles en: <http://www.documentoaccesible.com/#que-es>

Si por algún motivo este contenido no es accesible para tí, por favor escríbenos a comunicaciones@karisma.org.co y haremos los ajustes que estén a nuestro alcance para que puedas acceder al contenido.

Kappa OCHO

Fundación Karisma



Contenido

Prólogo -----	7
Cuando la futurología encuentra la ciencia ficción: una introducción -----	9
234.000 palabras -----	14
Intersinestesia -----	42
Hermeses -----	54
Disolución -----	74
Artificial-mente -----	98
Autores y autoras -----	117

Prólogo

Carolina Botero

La ciencia ficción es un gran ejercicio de imaginación que nos propone futuros increíbles, posibles e incluso algunos que parecen imposibles, hay utopías y distopías. No pocas veces ese ejercicio literario nos anticipa los desafíos por venir y desde la especulación nos obliga a reflexionar sobre las diferentes aristas de los retos que acechan en un futuro desconocido.

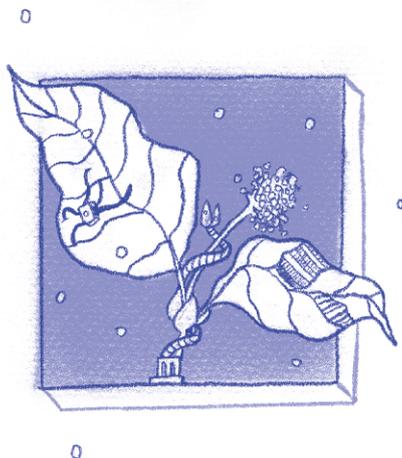
La apuesta de Karisma por trabajar ese espacio donde la tecnología se encuentra con la política pública tiene su similitud. Lo que hacemos en Karisma es también una actividad constante de futurología, de imaginar eso que puede suceder con el paso del tiempo, prever diferentes alternativas y proponer caminos. Sentados frente a la hoja en blanco quienes trabajan en Karisma, con el acompañamiento de Rodrigo Bastidas en una serie de talleres de escritura creativa, se propusieron a pensar

en futuros posibles que tuvieran en el centro a las personas en relación con los diferentes temas que interesan a la Fundación y su resultado es esta colección de cuentos titulada "Kappa Ocho".

Poner en el centro a las personas es otra característica del trabajo de Karisma que se ve reflejada en el original título de esta colección de cuentos. En Karisma vemos la tecnología -su diseño, desarrollo y uso- desde la utilidad que tiene para las personas, por eso hablamos de la capa ocho que en la jerga de la tecnología son las personas usuarias de estas herramientas.

Por error de capa ocho se hace referencia a los errores u omisión de las personas que provocan mal funcionamiento y vulnerabilidades en los sistemas. Con esta expresión que se usa de forma despectiva se abre un mundo de memes y menciones burlonas que puede ser reinterpretado. Nos permite proponer una reflexión cuidadosa del rol de las personas en el contexto de la tecnología. Kappa ocho toma esta idea y aprovecha también la escritura de la letra K en griego para completar el juego de palabras.

¿Puede la capa ocho recuperar su agencia y moldear su futuro?, ¿podemos rediseñar el futuro y evitar que se cumpla esa frase premonitrice de una de las primeras personas que hablaba de inteligencia artificial, Marvin Lee Minsky, quien en la revista Life en 1970 señaló: "Cuando las computadoras tomen el control, quizá ya no lo podamos volver a recuperar. Sobreviviremos mientras ellas nos toleren. Si tenemos suerte, quizá decidan tenernos como sus mascotas". Bienvenidos a la lectura, disfrútenla.



Cuando la futurología encuentra la ciencia ficción: una introducción

Rodrigo Bastidas Pérez

Hace más de sesenta años, alguien imaginó que la posibilidad de leer el futuro en el presente se podía convertir en un saber. Empezó a delinear las tramas secretas de esta idea en una ciencia que en su momento tendría nombres diferentes, casi siempre apuntando al campo lingüístico de la prospectiva, pero que finalmente se llamaría "futurología". Más allá de su nombre maravilloso (y de todas las implicaciones que trae a nuestra mente imaginar lo increíble que sería decir en la casilla de migración, cuando pregunten por la ocupación: «futurólogo»), esta ciencia cobró cada vez más importancia, al punto de que actualmente quien se encarga del área de futurología es una de las personas más influyentes en las

empresas. Sin embargo, ya antes de la existencia de la futurología muchas personas habían visto esta dinámica, pero no en forma de ciencia, sino en forma de arte. Por supuesto, quienes tendrían un pie puesto en el presente y otro en el futuro, fueron los creadores y las creadoras de ciencia ficción.

A pesar de las diferentes perspectivas de cada una de estas visiones, hay algunas cosas en las cuales afortunadamente coinciden unos y otras; son puntos de contacto que hacen a futurólogas y creadoras de ciencia ficción, familiares de imaginación en el campo de lo por venir. En ambos casos, lo que se busca es crear una narración, una historia en la cual podamos imaginar nuestro mundo unos cuantos años desplazados en el tiempo. Ese desplazamiento no se hace a partir del ancla del futuro, sino del hoy; observar las condiciones históricas, tecnológicas, sociales y económicas en las cuales se construye nuestro presente, se convierte en la herramienta esencial para construir el deseo, para cimentar lo que vendrá. Esta observación se hace de manera crítica y prolija, una mirada en la cual no solo se intenta abarcar el amplio espectro del mundo y las eventualidades que lo circundan, sino de advertir los problemas y dificultades que se intentan resolver aún antes de que ocurran. De cierta manera, en ambos casos se trata de construir lo que Philip Dick llama en sus cuentos "precognitores": mutantes que pueden dar una mirada al futuro y a la oscuridad. Si en las manos de las personas que ejercen la futurología se pone el porvenir de las empresas y las novedades tecnológicas, no sería exagerado afirmar que en las manos de creadores y creadoras de ciencia ficción, descansa el porvenir de la humanidad.

Sin embargo, hay también diferencias sustanciales. Mientras en el campo de la futurología se buscan respuestas, la función inmediata de la ciencia ficción es encontrar preguntas. Esta divergencia fundamental hace que cambien los productos resultantes de cada uno de estos campos. En la futurología se buscan acciones concretas, programas específicos, caminos a seguir con un destino prefijado. En el caso de la ciencia ficción, las historias se basan en las hipótesis de mundos no existentes, en aventuras que no podrían tener lugar en el mundo real tal y como lo conocemos, en metáforas o simbolismos que sugieren y aconsejan, sin que se trace un punto de llegada en el horizonte.

En este año, la Fundación Karisma se ha retado a ponerse en

el lugar de futurólogas y artistas, de creadoras y planeadores. Lejos de creer que las dos vertientes de observación del futuro son mutuamente excluyentes, decidieron observar el presente desde una mirada crítica para permitirse hacer caminos y planes, al mismo tiempo que se elaboran metáforas e hipótesis. Esta tarea, producto de un ejercicio de imaginación creativa, es el resultado de una mirada que recorre el pasado y el futuro, para plantar una bandera en el presente. En 2023 la Fundación Karisma cumple veinte años de creación; y desde el 2003, el mundo de las tecnologías digitales, la justicia social y los derechos humanos se ha transformado, y mucho. Como en todo aniversario, los pensamientos retrospectivos siempre aparecen para trazar las rutas de lo que viene; por ello, bastaba imaginar cómo eran las dinámicas veinte años atrás, para pensar en cómo será el mundo en los próximos veinte años. Fue ese ejercicio germinal para el desarrollo de una serie de posibilidades, proyectos y caminos, que no se tardaron mucho para convertirse en historias.

Convertidos en precognitores (aunque, aclaro, no se incentivó la conversión en mutantes a las personas de la fundación) los futurólogos de Karisma, devenidos en escritores, se proyectaron en un futuro posible para prevenir, augurar o señalar los retos que llegarán en los siguientes veinte años. Pero como toda trayectoria en la cual interviene la imaginación, el resultado fue la invención de mundos extrapolados en los cuales personajes, historias y universos tomaron una personalidad propia y se convirtieron en garantes de su propio destino. Al final, después de un proceso de creación de universos y elaboración de posibilidades, queda *Kappa ocho*: un libro donde se compilan cinco historias, resultado de esos procesos de libertad, imaginación, observación crítica y potencia de mundo.

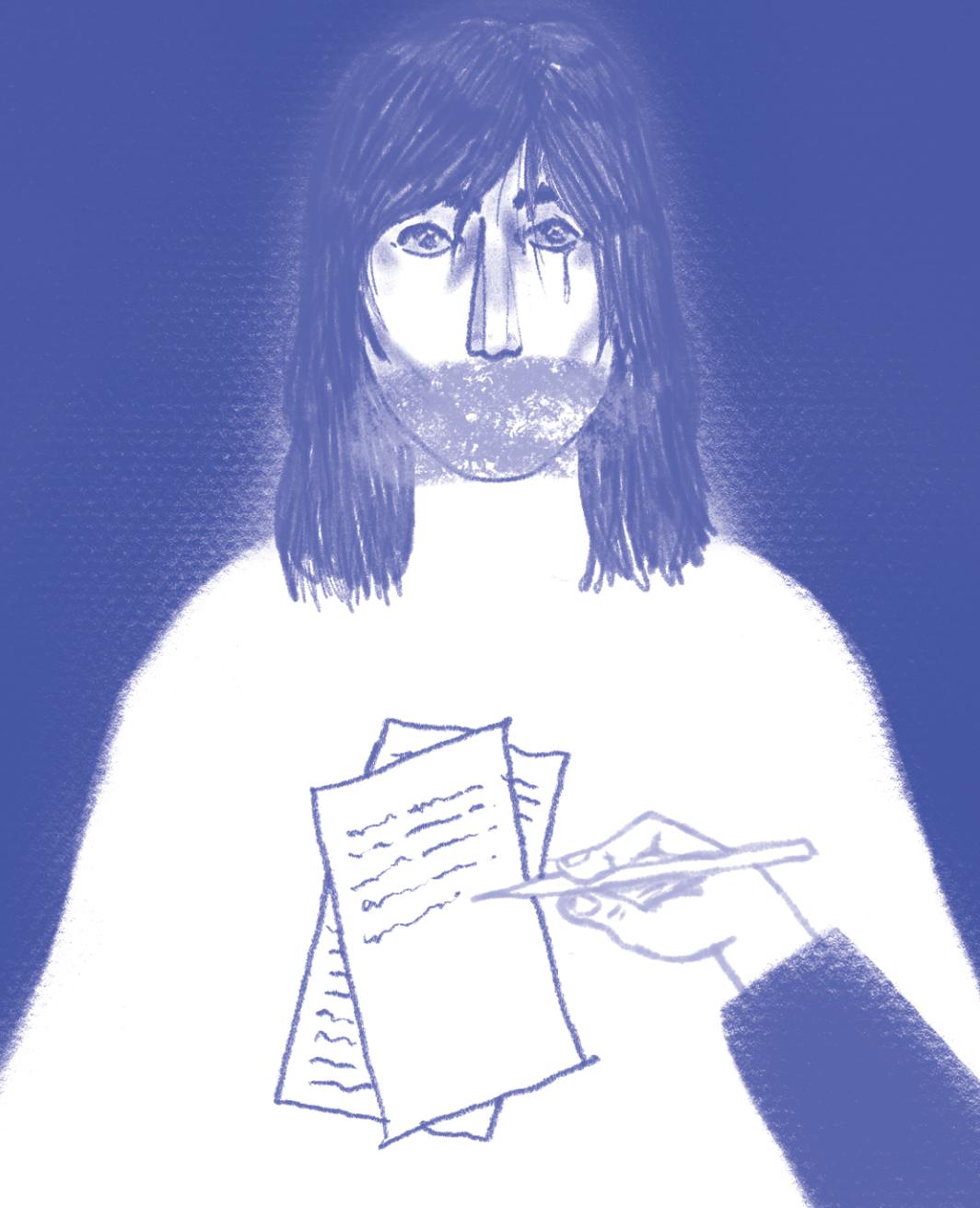
Así, no se trata solamente de pensar en máquinas y sistemas como objetos lejanos y objetivos, sino en ver cómo se estructura ese espacio virtual y extraño que se construye entre la tecnología y quien la usa. En medio de las múltiples capas de pieles que nos recubren y que recubren a los sistemas, algo ocurre: una forma de interrelación en la cual hay elementos inenarrables que son los que configuran el futuro. Es en medio de esas capas de existencia, identidad y complejidad, que germina la posibilidad de transformar nuestra relación con la tecnología, la sociedad y la comunidad. Si nos nombramos como la capa ocho

de los sistemas, es posible pensar que somos ese espacio indeterminado, esa octava dermis de identidad móvil que siempre aparece para transformar las dinámicas sólidas y convertirlas en posibilidad maleable y dinámica para ver nuestro porvenir con otros ojos. Es en el lugar de la ficción donde esta octava capa se convierte en potencia de creación; lejos de ser un error, es donde la deriva y la reconfiguración de todos los sistemas (mentales, sociales, políticos y tecnológicos) toma su lugar.

Advierto, querido lector, querida lectora: debe alistarse para transitar por las calles de mundos oscuros e iluminados, pesimistas y esperanzadores, complejos y divertidos. En *Kappa ocho* podremos atravesar mundos distópicos en los que las palabras son el bien más preciado, perdernos en selvas híbridas donde lo micélico y lo humano se unen para transformar el paisaje social, transitar por estaciones multidimensionales que reconstruyen las leyes y el amor, deambular por el terror ominoso de las aplicaciones digitales de control y hacer parte de una conspiración tecnológica para robar la imaginación humana. En todos los casos, varias ideas quedan flotando como una capa de sentido que nunca se acaba de asentar y que quedará dando vueltas en nuestra cotidianidad: ¿cuál es nuestra relación personal con la tecnología?, ¿cómo los avances digitales han cambiado la forma en que concebimos lo social?, ¿de qué manera podemos formar una comunidad desde lo científico? Para todos estos casos, quienes escriben han decidido inclinarse del lado de la ciencia ficción, y dejar construidas las preguntas para que sean respondidas en la lectura. Lectores y lectoras: en sus ojos se encuentran estos mundos de delicado equilibrio natural; en sus manos está cuidar de ellos, conocerlos y pensarlos, para que los veinte años por venir sean el lugar donde la futurología sea más brillante y lúcida.



0	0	0	0	0	4	2
---	---	---	---	---	---	---



234.000 palabras

Juanita Castro y Mariana Lozano

07 de marzo de 2060

Diario,

Hoy fue un día abrumador, lloré como hace mucho tiempo no lo hacía y, por eso te recordé y te saqué de ese baúl que, desde lo ocurrido con mi papá, no tocaba. Eso fue hace, al menos, un año.

Parecía un día como cualquier otro –y no exagero cuando digo que TODOS los días son iguales–: salí de mi casa sobre las 8:15 a.m., después de un desayuno con comida ultra procesada (la detesto). Hoy tuve dos clases: una, que medianamente llama mi atención, sobre la historia de las tecnologías que emplea el gobierno para construir la infraestructura en el país; y otra, que es desastrosa, sobre los presidentes colombianos. En esta última clase “dialogamos” con hologramas de los presidentes, los cuales siempre terminan sus discursos con la misma frase: “pero nada

como el actual presidente, ejemplo de democracia". Hoy escuchamos a Enrique Olaya Herrera, un presidente de hace más de ciento treinta años, quien "habló" de la gran depresión y no sé qué más. Yo me distraje pensando cómo un holograma –una cosa creada que nada percibe– puede hablarnos por dos horas sin la angustia por las palabras que le quedan y sentí, como en tantos días, impotencia y rabia.

Pero eso no fue lo que me hizo llorar, sino lo que vi en el bus de camino a casa. A eso de las 3:45 p.m. pasó mi bus verde y naranja, tonos representativos del gobierno; yo me subí y me senté cerca a la salida porque me da mucha ansiedad no estar cerca de la puerta. Temo que, cuando el bus se llene, no alcance a avanzar entre el tumulto de gente para bajarme en la parada de mi casa.

El bus avanzaba con normalidad, conducido por un piloto automático que se detiene únicamente en los lugares señalados en su gps. Cuando llevaba unos veinte minutos de viaje, escuché un grito cercenado, un grito intenso pero que no duró más de tres segundos. Miré por la ventana y vi a un chico tomarse la garganta... en realidad la apretaba, primero con una mano y luego con las dos. Como yo estaba al lado de la puerta, toqué el sensor de emergencia. El bus se detuvo a unos treinta metros. Yo me bajé, revisé si tenía agua y corrí en dirección al chico. La gente pasaba al lado de él como si esa escena no fuera, como mínimo, estremecedora; pero no era solo eso, sino que era triste.

Me acerqué y le ofrecí agua. Él me miró y supuse la fuente de su dolor: sus palabras se habían acabado. Él aceptó el agua y, cuando soltó su cuello, detallé las marcas rojizas.

En silencio, estuve con él unos minutos mientras lloraba y gesticulaba, hasta que llegó un carro pequeño en el que venía, creí yo, su mamá, su hermana o su tía. Ella bajó la ventana y me ofreció una mirada de agradecimiento mientras el chico ocupaba rápidamente su sitio como copiloto. Al final, la mujer me entregó un papel y el carro aceleró perdiéndose entre las calles.

Guardé el papel en mi bolsillo, esperé el siguiente bus y, una vez estuve sentada, leí:

"Gracias por acompañarlo. Hoy le di la noticia de la muerte de su hermana y, en esa mezcla de tristeza y confusión, salieron muchas palabras, las últimas."

Sentí un dolor intenso en mi estómago, no solo al conocer esa situación, sino al tomar conciencia de mi propia cercanía a esa realidad. Miré mi contador: 800 palabras. Cuando el bus llegó a mi parada, caminé a casa con un peso en el pecho y llegué a buscarte, diario. Necesito escribir porque la mezcla de emociones que me genera tener menos de 1.000 palabras es más llevadera, dicen y creo, cuando la pones en un papel.

Tuya, A.



01 de abril de 2060

Palabras restantes: 792 palabras.

Diario,

Son las 2:45 de la mañana. Acabo de despertar con el corazón agitado y no pude hacer más que reconstruir la pesadilla por medio de esta escritura. Aunque tengo dieciocho años y ya debería estar acostumbrada a este mundo, no lo logro.

Tuve otra vez ese sueño, un sueño que en realidad es un recuerdo y que mi cerebro parece no poder tramitar. Me veo a mí misma a los cuatro años, en mi pijama favorita, y bajo corriendo por las escaleras de la casa, que no es mi casa sino la de los abuelos, los papás de mi papá. Veo esa casa a través de mis pequeños ojos, corro y deambulo por varias habitaciones, los muebles se mueven y sonríen, el televisor sube y baja de volumen y yo solo quiero encontrar a mis papás; intento gritar, pero no puedo. Salgo de la última habitación y las fotos que están colgadas en la pared, las que guardan recuerdos de mi familia, no tienen rostro. La casa está sola y el televisor sigue con un volumen ensordecedor. Siento un murmullo en la sala y acelero mi paso; con una sensación de calor, porque esa pijama nunca fue buena para correr. Al llegar a la sala, el televisor ya no grita, los muebles no me miran y mis papás y mis abuelos leen como si todo estuviera normal. Me acerco a mi mamá y apenas digo: "mami, mira...", todos ellos, más el televisor y los muebles gritan: "shhhhhhh".

Sé que no es solo un sueño. Ese es mi primer recuerdo, yo puedo jurar que eso pasó, que hasta el mismísimo sillón me pidió callarme. Pero mi papá me escribió muchas veces: "eso es un sueño, mi niña, lo que

pasa es que lo has tenido tantas veces que se mezcla con la realidad". Pero no, diario, a mí sí me callaron, así fue.

A.



10 de abril de 2060

Palabras restantes: 790 palabras.

¿Qué voy a decir? ¿qué... voy... a... decir? ¿Cuáles serán mis últimas palabras? Esta pregunta me tiene pensativa y ansiosa. Hoy la anoté más de cincuenta veces en mi agenda y no estudié nada en la biblioteca (la cual, por cierto, vi que está en proceso de clausura).

Yo sé que no soy ni la primera ni la última que se lo ha preguntado. Lo sé porque a los 13 años mi mamá me pidió ver un documental con ella y allí supe que la pregunta sobre las últimas palabras ya se había planteado. Lo vimos en un antiguo DVD portátil, un aparato que mi mamá guarda como un tesoro junto con películas de los 90's y los 2000's. Entre su lista tiene ese documental: *Last words*. Ahí registran la historia de tres personas sentenciadas a pena de muerte en Estados Unidos. Cada capítulo termina con una escena similar, un agente norteamericano pregunta: "¿quiere decir unas últimas palabras, señor xx?" y el penado accede y las recita mirando al piso o a los ojos de sus verdugos, para después morir en una silla eléctrica o debido a una inyección letal.

Pero claro, eso fue hace sesenta, cincuenta o cuarenta años, era excepcional y se entendía como un acto solemne propio de una sanción dada por un gobierno. Sin embargo, esa pregunta desesperanzadora que despedía a los delincuentes más voraces, se volvió la regla. Ahora es parte de una duda colectiva. La veo en los ojos de las personas que me cruzo en los supermercados cuando voy por la ración semanal, en las personas que llevan a sus hijos a clases, aparecen como semillas en esos mismos niños que no tienen claro qué mundo de mudez habitan. Incluso la veo en los ojos de los policías: aparecen como sombras pequeñas que sobresalen tras la máscara de frío hierro que intentan mantener. Todos ellos, mientras más esconden, más aparece esa pregunta, con ecos retumbantes que gritan lo que nadie puede articular con la propia voz.

En este mundo en que vivo, el carismático autócrata que hace 32 años subió al poder —sin planes de abandonarlo— supo desde el primer

minuto de su gobierno que la palabra, los mensajes y las señas tienen poder. Así que se interesó en buscar la tecnología que lograba apagar las voces que no quería escuchar. No era suficiente cerrar periódicos, acallar periodistas, dispersar manifestaciones o denunciar a los opositores que lo cuestionaban. Aunque fue así como empezó.

Su ventaja fue que tuvo la tecnología a su favor. Genios de la biomédica desarrollaron el chip que desactivaría poco a poco las áreas cerebrales de Broca y Wernicke, enfocadas en el lenguaje y su comprensión. Así, una vez yo pronuncie la última palabra que tengo asignada, el chip que tengo en mi nuca, ese que implantaron el día en que nací, emitirá un corrientazo certero que adormecerá la parte de mi cerebro encargada de la comunicación. Primero se va la voz, después la posibilidad de comprender las señas y, por último, la escritura.

Yo nunca he presenciado el momento exacto en que un contador llega a cero. Sí vi unos segundos después del silencio al chico que te conté y también a mi papá. Él dijo sus últimas palabras en soledad porque así lo quiso. Sin embargo, he escuchado muchas versiones de lo que ocurre en ese momento preciso; comentan que al decir tu palabra final sientes un corrientazo que sube y baja por toda la espalda y hace que los brazos tiemblen unos segundos. La angustia que solía estar acompañada por ruidos, gritos, sirenas de ambulancia y timbres telefónicos, ahora solo se sincroniza con el tictac de algún reloj que está cerca. No se escucha nada más.

A.



13 de abril de 2060

Palabras restantes: 780 palabras.

Diario,

Salí con L, mi única amiga de la universidad. Con ella he usado al menos unas 80 o 90 palabras para hablar, sobre todo, de su pasión por la música y de mi amor por la escritura.

Hoy gastamos unas pocas palabras y me hizo reír a carcajadas. Entre señas y notas, le conté que perdí el parcial sobre "César Gaviria" porque no logré estudiar más que sus primeros meses de gobierno; era sumamente aburrido... Sin embargo, no tenía idea de cómo decirle a mi papá que eso significaba perder esa estúpida materia y atrasarme seis meses. En un im-

pulso le dije a L: “no le puedes decir a nadie”, y ella me dijo: “acaso, ¿tengo opción?”. Primero, me emocioné al escuchar su voz después de catorce meses sin hacerlo; después, su tono sarcástico despertó en mí la carcajada más pura en meses. Sentí una emoción infinita y sé que L también.

Después de esa risa sincera, el silencio fue nuevamente llenando el espacio. Pero ese silencio entre las dos fue agradable. Aceptamos que la conversación debía volver al papel, a las señas y a las expresiones y así lo hicimos. Compartimos dos horas más sobre lo delicioso que es caminar descalzas en el pasto, de esa canción de Shakira que parece perpetua y del plan para salir a caminar y jugar cartas junto con dos amigos de la universidad.

Diario: algunos silencios me pesan tanto... pero otros, con las personas correctas, son paz.

Tuya, A.



21 de junio de 2060

Palabras restantes: 600 palabras.

Diario,

No escribí en casi dos meses porque me fracturé la mano pocos días después de mi salida con L, la que te conté. Como no pude escribir, hablé más de lo que debía... supongo.

Para tranquilizar a mi familia les juré que todo había ocurrido por un accidente mientras estaba en la universidad, pero la verdad es que golpeé –claramente de manera imprecisa– una pared con la foto del presidente. Estaba cerca de mi universidad y la golpeé más de una vez, sin ninguna técnica, solo con rencor.

Y sí, una realidad tan pesada no me deja otra opción que volver a pensar en mis últimas palabras: ¿cuáles van a ser?, ¿quiénes las van a escuchar?, ¿quiero dejar un mensaje o las voy a gastar en vano?, ¿acaso importa?

Ese sentimiento pesado se mantiene dentro, solo que con la mano derecha aún en recuperación. Así que eso significa que serás mi fuente principal para canalizar mis días.

Tuya, A.



03 de julio de 2060

Palabras restantes: 582 palabras.

Son las 11:44 p.m. acabo de empijamarme y eso me llevó a ver la cicatriz en mi cuello, la que me negaba a mirar desde hace al menos un año. Me miré al espejo por unos cinco minutos, toqué esa parte de mi piel que no es uniforme y me pregunté cómo algo tan pequeño, la herida y el chip, puede hacer tanto daño.

Lo del chip me lo explicaron cuando era pequeña, mi mamá utilizó papel y unas pocas palabras para hacerlo. Me dijo que, no más al nacer, antes de que la madre pueda estrechar al bebé en sus brazos, un equipo médico alterno al del parto te lleva a una habitación, te hacen una incisión en el cuello de tres centímetros por dos centímetros y dos milímetros, y te introducen un chip directamente vinculado a tu sistema nervioso. Esos "médicos" (lo escribo así, entre comillas, porque he leído que son soldados entrenados para hacer únicamente ese procedimiento), se tapan de pies a cabeza, andan de naranja en honor al gobierno y solo hablan entre ellos. Nadie sabe quiénes son.

Mi mamá estaba agotada después del trabajo de parto y los recuerdos son borrosos, pero no olvida que uno de esos hombres me tomó de un pie, me levantó y dijo: "va a ser de las calladas". Después solo se rió a carcajadas con su equipo.

Algo que no te he contado es cómo definen el número de palabras que cada persona puede pronunciar... porque el chip no solo adormece la comunicación, sino que implanta el contador de palabras que se ve reflejado en tu muñeca derecha. Es decir, el gobierno no busca únicamente silenciarte, quiere que sepas que eso te está sucediendo.

Y claro, la distribución de palabras es desigual. Así que, una vez han evaluado tu familia y tu "valor" social, te asignan el número de palabras. A mí, 234.000. La estimación se hace analizando a tu familia: miran si han sido simpatizantes públicos y esféricos del gobierno, si han "donado" al funcionamiento del gobierno (más allá de los impuestos) y si encuadras en su perfil de persona que amerita ser escuchada, sea lo que sea que eso signifique. Aunque tengo una pista: las mujeres tenemos menos voz.

A.



25 de julio de 2060

Palabras restantes: 568 palabras.

Uff, hoy fue un día difícil. Me desperté cansada después de una mala noche. Estuvo muy fría y mi mano lo demostró con un dolor agudo.

En la mañana escuché golpes contra la pared y el sonido de objetos cayendo al suelo. Cuando salí de mi habitación, encontré a mis papás discutiendo sobre el dinero para pagar el próximo semestre, mi semestre.

Después, llovió toda la tarde. Miré un buen rato por la ventana de mi habitación con la única intención de observar y tratar de escuchar algún sonido; bueno no cualquier sonido, una voz. Pero obviamente no ocurrió; no escuché nada diferente al ruido de los carros, algunos televisores de vecinos y una canción que no conozco, pero que me da la vibra de que es de los 2020's o 2030's.

En la cena, la situación no mejoró. Mi papá está de mal humor desde hace unos dos días. Ahora le cuesta entender el lenguaje de señas y escribe molesto; me puedo dar cuenta porque las puntas de los lápices se le parten constantemente y porque hace mucha presión sobre el papel. Siento que es una manera de reafirmar que aún puede sostener el lápiz y dejar un mensaje.

En específico lo que ocurrió fue que yo estaba en el comedor, alistando la mesa para la cena, y puse a volumen bajo una canción viejita pero sensacional (en realidad casi todas las canciones que escucho son viejas, pues nadie canta desde hace mucho tiempo). El punto es que, accidentalmente, canté 10 palabras del coro: "El cielo está cansado ya de ver la lluvia caer..."; y mi papá lo encontró sumamente ofensivo, hasta el punto en que con una letra súper marcada en el papel anotó: "Madura y date cuenta del mundo en el que vivimos".

Esa nota me cayó muy mal y el tono de resignación que contenía me dolió profundamente. Miré a mi papá y vi su tristeza, una sensación conectada más que con las palabras perdidas, con la aceptación forzada de la injusticia. Luego de eso, apagué la música y cenamos al son de los cubiertos chocando cada tanto.

Tuya, A.



01 de agosto de 2060

Palabras restantes: 560 palabras.

Hoy fui a la casa de la abuela Andrea. Me encanta ir al menos una vez al mes porque es como viajar en el tiempo. Ella no tiene pantallas, vive en un apartamento pequeño y sobrio, tiene un estante con álbumes de fotos. Yo disfruto ir y ver esas imágenes de una Bogotá diferente, de mi mamá pequeña y de mi abuela sonriendo. Desde hace como siete meses le propuse que, cada tarde que la visitara, me contara las historias de tres o cuatro fotos usando señas, papel y dibujos (porque la abuela Andrea dibuja). Hoy, todas las fotos fueron de los abuelos: de los dos en su viaje a Ibagué y dos fotos más en un edificio azul de su universidad.

Sobre la abuela, te cuento que a ella le gusta que la llamemos usando una palabra completa, nada de letras como me tocó a mí (así, pensaron, la tentación de gastar una palabra sería menor). Recuerdo que mi abuelita, a mis diez u once años, me dijo: "Llámame abuelita, no me van a quitar la dicha de esa palabra". Fue osada, porque se gastó 12 palabras, pero el mensaje fue claro: desde ese día, cada tantos meses, la sorprendo con un: "abuelita".

Algunas veces escribo "gracias" y termino diciendo en voz alta "abuelita". Otras veces, con señas, le digo: "¿cómo estás?" y la frase termina con: "abuelita". La única frase que no mezclo con papel o señas es: "abuelita, te quiero". Pero la he dicho unas cuatro o cinco veces en mi vida. Hoy se la dije.

Pero, a ver, la abuela también tiene el chip; mis papás, tíos, tías, primas, mis amigas, todos lo tienen... eso dice el gobierno. A los más grandes de la familia no les gusta hablar de la transición que tuvieron que vivir. Al día de hoy, no sé cuántas palabras le asignaron a mis abuelos, ni a mis papás. Sobre la historia de las últimas palabras en mi familia, sé que los tres abuelos que murieron se fueron con palabras por decir. Pero la abuela Andrea hizo un acuerdo consigo misma hace cinco años: no decir nunca más una palabra. Creo que le quedan como 120 o 130 palabras (de lo que he visto en su muñeca), pero se niega a permitir que la dejen sin voz (aunque, ciertamente, lo lograron, ¿no?).

Ahora, diario, me pregunto: ¿Será que hago lo mismo?, ¿guardo mis palabras para siempre?

Psd. Yo sí tengo un nombre, Diario... Mis papás me lo han dicho contadas veces y aparece en algunos escritos; sin embargo, no puedo

contártelo, podría llegar a encontrarte alguna persona que no le guste lo que escribo. Si llego a firmar con mi nombre completo, el riesgo es grande; prefiero mantener el anonimato.
Tuya, A.



13 de agosto de 2060

Palabras restantes: 555 palabras.

Mi tía estuvo de visita hoy y trajo a E, mi prima de ocho años. Mientras mi papá y mi tía compartían en la sala, E llegó a mi habitación. Jugamos un rato en una simulación de la Antártida, donde luchábamos contra otros humanos para llegar vivos a la base segura; yo gané una vez. Después de tres rondas, me agoté, así que me quité el casco y me senté en mi cama. E se detuvo a los pocos minutos, sacó un lápiz rojo de su pequeña maleta junto a un bloc de hojas y anotó: "cuándo tenías mi edad, ¿qué querías ser de grande?, yo estoy un poco confundida". Esa pregunta me enterneció. Entendí su confusión, yo aún no estoy segura de qué quiero o qué voy a hacer. Tomé el esfero azul oscuro de mi escritorio y anoté: "Abogada". Ella intentó pronunciarlo y me causó gracia, pero tuve que llamar al silencio con mi dedo sobre los labios.

La pregunta de E quedó retumbando en mi mente. A los trece o catorce años me di cuenta de que las cosas no iban a funcionar para mí si elegía esa carrera. No solo porque la voz y los argumentos no tenían cabida en un juicio, sino porque ahora el sistema judicial es más que deprimente. Aún existen las abogadas, pero nada ocurre en cortes ni tribunales. La tarea del abogado ahora es puramente operativa: envía documentos a través del sistema "Justicia Virtual" y la contraparte responde también por escrito. Ya no existen los jueces, fueron reemplazados en 2051; ahora, quien analiza los documentos y decide es una máquina. Nadie habla, no existe un solo espacio para presentar verbalmente las ideas.

Sin embargo, no podía dejar de estudiar; en palabras de mi papá: "tenía que hacerlo". Él alguna vez me dijo que, al conocer la historia, evitaba repetirla. Antes le creí, pero ahora creo que no es cierto; quizá estudio historia solo porque tengo añoranza de lo que fue.

A.





1 de enero del 2061

Palabras restantes: 470 palabras.

¡¡Feliz año nuevo!!

Feliz año nuevo de lo mismo. Nos acompaña el mismo ritual de todos los años: el televisor se enciende en el discurso del presidente, él nos promete un mundo mejor y habla hasta que son las 11:30 pm. Pero no todo es malo, tengo que ser sincera, lo mejor del año nuevo es la cena que prepara mamá. Sin dudarlo, ese es el momento más delicioso y bonito de la noche: las ensaladas y las carnes que prepara me hacen no querer dejar de comer, pero al mismo tiempo me recuerda mi propósito de ser más "saludable" para el año nuevo, jaja.

Además de la cena, entre todas las personas del barrio hemos acogido una tradición los últimos dos años: abrazar a los vecinos. Tengo que aceptarlo, esa se ha vuelto una de mis actividades favoritas de fin de año, pues en ella encuentro algo que me reconforta. Además, voy a confesarte diario, ver a Z me llena el corazón de alegría, y creo que es un sentimiento mutuo. Anoche su mirada tenía luz y me ayudó a olvidar el contexto: no faltaron las miradas de asombro cuando se enteraron de que mi papá había quedado sin palabras. Ahora él está sin estar... solo está...

Yo sentí que papá se quedó sin palabras más rápido de lo que esperábamos en la familia, en especial él. No presencie cuando se quedó sin palabras porque nos pidió que lo dejáramos solo, pero en mi mente no dejaba de pensar en la angustia que debió sentir cuando el contador se movía hacia el cero. No sé si la mente olvida cosas cuando duelen

mucho, pero yo no recuerdo del todo qué pasó después de eso. Verlo así me afectó, verlo como está ahora me afecta.

Me pregunto: ¿cómo dejamos que pasara esto? Ahora nadie se puede expresar. Si tienes un tono de piel oscuro te discriminan, y ni siquiera puedes declarar tu amor. Aquí el amor por alguien del mismo sexo es un crimen, eres una persona peligrosa que atenta contra el equilibrio y perturba la “tranquilidad” de esta sociedad, cuando eso en realidad no existe. Hoy, yo quería decirle a Z lo que sentía, pero me contuve, como todos los años; solo miré, suspiré y bajé la cabeza.

El silencio me ayuda a pensar, a tener miles de ideas y a armar una vida soñada, pero al segundo se destruye completamente cuando pienso en que volver mi sueño real es imposible. Creo que eso hace que nos alejemos, que las amistades no sean tan sólidas como antes, o que enamorarse tenga miles de obstáculos, miles de prohibiciones. No se nos permite estar junto a quien queremos.

Hoy, al ver a Z, me fue difícil disimular la sonrisa. No sé si pasó lo mismo por su mente o si todo cambió... puede que ya esa historia que imaginamos se haya borrado de su cabeza. Por el momento seguiré pensando que mi secreto sigue a salvo, al menos un año más.

Tuya, A.



23 de enero 2061

Palabras restantes: 420 palabras.

Hoy fue un día bonito. Me desperté con muy buena energía, comí algo y me senté a revisar un proyecto de la materia “Historia del arte colombiano”, un tema muy raro para la actualidad. Sin embargo, a la profesora le agradó tanto el trabajo que alcanzamos a compartir un par de palabras sobre lo que pensamos al respecto. Nunca había escuchado su voz y son pocos los profesores que se arriesgan a pronunciar palabras. La verdad, sentí felicidad de que pronunciara algunas palabras conmigo y yo con ella; más cuando hablamos de un tema tan apasionante.

Conversamos sobre algunas ideas para que yo pudiera construir una línea del tiempo. La idea del proyecto es analizar la música y el teatro. En ese momento me emocioné, pero ahora encuentro un problema: incluso una melodía o una película son rutinarias.

No puedo negar que, por más que disfruto la música de Queen, de Shakira y de Orð (una de las últimas grandes artistas antes de la política del silencio), quiero escuchar cosas nuevas. Estoy muy cansada de repetir las mismas canciones, actualmente son pocos los que se arriesgan a escribir letras y cantar. Quisiera escuchar una voz nueva, diferente.

Desde hace algunos años, lo que más suena es la música acústica y la música "experimental" que crean mezclando sonidos de diferentes fuentes. Personalmente, disfruto las canciones que se arman con fragmentos de la naturaleza (algo que no lograran silenciar). Son de las pocas canciones que me llevan a un mundo distinto.

Con Z disfrutábamos las canciones de aquellos que no querían quedarse callados, los que hablaban sin miedo a perder mil palabras, porque perder palabras es el castigo por cantar. Las canciones no siempre criticaban las decisiones políticas; muchas letras hablan de amor, de cuidar el medio ambiente, del dolor, de experiencias en la adolescencia... Y ahora que lo pienso, nunca he ido a un concierto, pero sueño con cantar a todo pulmón. Por ejemplo, gritar mi canción favorita: *Brave 4 u*, que tiene 197 palabras. Eso para muchos sería un desperdicio, pero ¿sería un buen final para cerrar mi contador?

Ayer justamente vi una película relacionada con la pregunta sobre las últimas palabras. Y es que, últimamente, hasta eso cambió. Es fantástico cómo los actores expresan tantas cosas sin decir una palabra y, si bien es maravilloso cómo han aprendido a adaptarse, añoro ver cine hablado. Hoy me preguntaba cómo sonaban las risas de quienes estaban en la pantalla, sus gritos... pero al mismo tiempo, sigo confirmando que no soy la única preocupada por las últimas palabras. Esa es una idea que, una vez aparece, no se va; ronda mi cabeza y, al parecer, la de otros también.

Tuya, A.



1 de marzo 2061

Palabras restantes: 400 palabras.

Extraño lo que solía suceder en días como hoy y hoy no ocurrió. Hace unos meses ya eso dejó de estar en mi rutina y era algo que me ayudaba a salir de la cotidianidad; sin embargo, todo cambió desde que

el contador de papá llegó a cero.

Pero, mejor te cuento bien, diario. Antes nos reuníamos con familias amigas, no muy lejos de Bogotá, para buscar formas de volver a tener la tranquilidad que hemos perdido. Queríamos recuperar nuestra voz y la cercanía con otros. Salíamos en nuestros carros y utilizábamos una estrategia de distracción para que la policía que deambulaba por las calles no notara que andábamos juntos. Porque, sí Diario: estar en grupo es sospechoso en este país. Lo que hacíamos era dar varias vueltas por la ciudad y después caminábamos unos dos kilómetros por una carretera destapada. Si encontrábamos un policía, alguien los sobornaba con dinero. Es que la situación actual nos molesta tanto que siempre buscábamos razones para hacer un cambio.

De esas salidas en familia en especial recuerdo a C. La admiraba por sus ideas, nos incentivaba a pensar que un país diferente era posible. En un principio me convencí de que ese cambio podría ser realidad, y casi lo vemos materializado antes de que C y otros desaparecieran.

Cuando las cosas respecto a ese tema se pusieron raras, decidieron no contarnos mucho. Yo estoy segura de que vi en la calle cómo quitaban de las paredes los panfletos que se pegaron denunciando esas desapariciones. Creo que estaban tramando algo peligroso, y pude concluir que C, junto a otras personas, tenía un plan de modificar los contadores de todos. Ella solía expresar que hablar nos iba a hacer libres.

Hoy extraño sus voces, que se apagaron hace un tiempo. También extraño las reuniones; ahí soñábamos la transformación de esta realidad agotadora. De nuestros encuentros quedaron las paredes de aquella bodega escondida, puntualmente, el salón del sótano 23. Nunca me quedó claro si descubrieron el lugar, solo sé que las desapariciones produjeron lo que vivimos ahora: silencio y miedo. Si alguien viera esta página me mataría, al menos tú, Diario, sigues siendo mío y con eso me conformo.

No sé si alguien vuelva a tener el deseo de conformar y organizar a las personas, hacer un grupo como el que fuimos en ese momento. Igual, no me gustaría que mis últimas palabras no las escucharan quienes viven cerca de mí, o que ellos no supieran qué pasó con mi cuerpo.
A.



4 de junio 2061

Palabras restantes: 390 palabras.

Ya no escribo tan seguido como antes. Recordar la desaparición de quienes nos inspiraron a pensar y, tener tantos secretos, me tiene alejada de todo. La rutina se hace más pesada y siento que me alejo cada vez más de lo que me gusta para proteger a quienes me rodean. Ya casi no visito a la abuela Andrea, es difícil verla cuando no estoy de buen humor. Y, además, los trabajos de la universidad no paran.

Cuando dieron las 6:00 p.m., me di cuenta de que había olvidado buscar un lugar donde evadir el programa: *El eco de la Unidad*. Igual, es casi imposible encontrar dónde no escucharlo: está por todos lados. Se aseguran de que cualquier ser humano lo escuche: el presidente habla durante dos horas. Es abrumador que él no tenga que preocuparse por su número de palabras lo que seguramente hará que varias generaciones tengan que oírlo. Yo pienso que la única razón por la que él no se preocupa por sus últimas palabras es que es parte del gobierno. Ellos pueden hacer lo que quieran o así lo veo yo.

El programa de hoy no está muy lejos de la temática de todos los días: juzgar a la oposición. Comentan cómo debemos agradecer las acciones del buen gobierno, el cual yo creo que está lleno de puros bufones. Y sé que tengo la razón, todos son de la misma familia, o como diría la abuela Andrea: "cortados con la misma tijera". Los hombres, sobresalen en todo y las mujeres, relegadas a hacer lo que ellos dispongan.

No se sabe mucho respecto al contador de palabras de las personas que trabajan en el gobierno. Recuerdo que en las reuniones que teníamos con C se decía que ellos no tenían contador o que, simplemente, cuando su contador estaba muy bajo lo modificaban. Eso tiene sentido, es imposible que para la edad que tienen, entre cincuenta a setenta y cinco años, puedan continuar con tantas palabras.

Quienes no hacemos parte del gobierno, siempre y cuando seamos "prudentes", podemos llegar a los treinta y cinco años con suficientes palabras para expresarnos mínimamente con la voz. No obstante, se dice que somos la generación que más se ha arriesgado, que muchos se han quedado en silencio porque han decidido protestar.

Tengo hambre... Este programa es eterno y en casa no servimos la comida hasta que no termine. Cenar es una forma de poder tener algo de paz mientras



5 de junio 2061

Palabras restantes: 390 palabras.

Ayer me quedé dormida con el diario en las piernas, me despertó mi mamá para comer y no terminé de escribir. Hoy, antes de salir, quiero desahogarme un poco más contándote de mi vida, diario, sobre todo, porque anoche soñé con Z y con el día en que nos conocimos. Fue gracioso porque sospecho que al principio no le agradé mucho, pero luego todo fluyó. El gusto por la música y el cine fue la excusa perfecta para acercarnos cada vez más.

En la adolescencia buscamos dónde refugiarnos para no escuchar los discursos de siempre y encontramos un lugar en donde ese sonido no retumbara tan fuerte en nuestros cerebros. Un espacio que nos permitía alejarnos de la realidad. Éramos cinco personas que íbamos a ese lugar secreto, entre esas Z. Allí compartíamos música, libros, maquillaje y cosas por ese estilo. Con el tiempo, nos sentábamos a ver pasar los aviones y a sentir el viento, tener algo de libertad... hablar cuando algo pasaba... si una tenía sus ojos llorosos o si vibraba de emoción, o una injusticia, un regaño o un amor, un beso y así...

Compartimos juntas muchas experiencias y momentos. Risas y llantos que nos unieron, pero también nos alejaron. Recuerdo el día en el que Z rompió en llanto porque se había restado una palabra por el primer suspiro, el contador lo había entendido como una forma de comunicación verbal. Ella relató, pausada y sin mirar el contador de palabras, que desde que su primo vivía con ellos sentía miedo, porque él llegaba a su habitación en la noche y se acostaba a su lado sin decir nada... Un "No" era insuficiente para que entendiera que no quería nada con él; mis ojos se llenaron de lágrimas y de impotencia. Él no había entendido que ese "NO" era una frase completa... ignoró la claridad de ese mensaje.

Ese día lloramos, Z cambió y yo también. El miedo a que descubrieran nuestro secreto y a la disminución acelerada de las palabras en el contador, hizo que nos alejáramos.

A.



20 de julio 2061

Palabras restantes: 379 palabras.

Cada día es más difícil levantarse. Ayer, después de visitar a la abuela Andrea, salí a caminar y pensé en las fotos que me mostró. Recordé sus sonrisas, los colores y, definitivamente, que todo tiempo pasado fue mejor. Me distraje tanto en eso, que terminé entre un tumulto de gente y policías que requisaban los contadores. No sé cómo logré huir rápidamente de ahí y corrí a casa.

También recordé la voz de mi papá y sí que extraño su voz, todos los días. Compartimos y hablamos de todo, pero cambió cuando su contador descendió tanto que ya no hubo retorno. Las desapariciones de C y de los otros hacen que él piense que ese retorno no va a ocurrir.

No quiero que me pase lo mismo, siento miedo cuando el contador gira, lo siento en mi muñeca y eso me perturba. Aunque mi papá se ve tranquilo, sé que debajo de eso se esconde la tristeza. Sus historias eran importantes para mí o, más bien, su voz.

No tengo mucho por escribir, hoy solo me siento extraña.

El contador no deja de bajar...

Tuya, A.



19 de agosto 2061

Palabras restantes: 350 palabras.

Hoy me arrepentí por decir algo. Normalmente me arrepiento de no decir lo que creo, siento, pienso e imagino; pero hoy, por culpa de una quemadura con agua, grité: "mierda".

Sentí como una eternidad el movimiento del contador en mi muñeca. Y, aunque debo admitir que fue liberador, en el fondo sé que no me puedo dar el lujo de gastar mis palabras así.

Tuya, A.



25 de septiembre 2061

Palabras restantes: 300 palabras.

Hoy fue el cumpleaños de mi mamá. Quería regalarle algo es-

pecial, así que aprendí un poema y decidí invertir mis palabras con ella. El poema se titula: "La esperanza es esa cosa con plumas" de Emily Dickinson.

Me paré frente a ella en su habitación, cerré la puerta y le pedí que se sentara, que me escuchara y no hiciera nada. En la intimidad de nuestro hogar, dije con voz clara:

"La esperanza es esa cosa con plumas
que se posa en el alma,
y entona melodías sin palabras,
y no se detiene para nada"

Lloró y me hizo la seña con la que crecí desde pequeña para saber cuándo no gastar palabras. De forma preocupada y rápida puso su dedo en su boca y, con la otra mano, estiró su palma en señal de que me detuviera. Sin embargo, suavemente bajé su mano y ella agachó su cabeza y la movió de arriba abajo diciendo que sí... así que seguí:

"y suena más dulce en el vendaval;
y feroz tendrá que ser la tormenta
que pueda abatir al pajarillo
que a tantos ha dado abrigo (...)"

Mi mamá es muy cuidadosa con sus palabras, por eso sentí cómo mi estómago se removió al escucharla decir: "amo tu voz, gracias". Se instaló un silencio que nos permitía escuchar las hojas de los árboles en la calle y solo pudimos llorar juntas, en un abrazo silencioso que imitaba el ir y venir de las ramas con el viento. Valió la pena cada palabra que dije hoy.

Tuya, A.



25 de noviembre 2061

Palabras restantes: 280 palabras.

¡Qué año tan eterno!... y sí, sé que ya no escribo tanto como antes.

Si bien escribir no es un problema, pues me acerca a los recuerdos y me permite soñar, la realidad me despierta con la misma pregunta de

siempre ¿Cuáles serán mis últimas palabras?

Me doy cuenta de que, con el paso del tiempo, las personas se alejan. No lo había sentido tanto como este año, en este tiempo es en el que más distancia he tomado de muchas personas. No sé si sea el silencio o mi forma de ser tan analítica o que no dejo de pensar angustiosamente en mis últimas palabras, todo esto puede que sea abrumador para otros.

Ya no visito el lugar secreto, no tengo con quien hacerlo. Pensándolo bien, la distancia con... bueno, fue lo mejor para ella y para mí. No todos los cuentos de hadas son eternos, pero sí son eso: fantasía.

Ahora al menos ahorro palabras pues no tengo con quien gas-tarlas. Mi madre se empeña en que cuide mis palabras. Desde su cumpleaños todo ha sido silencio y regresó el mismo sentimiento de cuando el contador de papá se fue a cero. Siento que ella se alejó de mí, sus ojos se volvieron más tristes y nublados.

Ojalá algún día podamos volver a estar tranquilos.

A.



1 de diciembre 2061

Palabras restantes: 278 palabras.

Algunos días uno no debería salir de la casa, o en su defecto no debería ni abrir los ojos, y hoy fue uno de esos días. Me desperté pensando que debía ir a comprar algunas cosas al centro comercial, en especial una chaqueta muy bonita que había visto en un almacén y para la que ahorré durante dos meses.

Cuando iba de salida, mi mamá me pidió que la esperara: ella iba a ir donde una tía y podíamos ir juntas a hacer las dos cosas. Además, me recordó que en esta época era mejor no estar sola en la calle, los ladrones están mucho más al acecho. Pero no le hice caso; doña independencia tenía que irse sola.

Diario, nunca había sentido tanto miedo como hoy, tanta impotencia y, al mismo tiempo, ganas de vomitar. Nunca voy a olvidar esos ojos cafés mirándome de forma intensa, mientras con un cuchillo me presionaba el estómago y con la otra mano buscaba de forma frenética todo lo que pudiera sacar de mi chaqueta, mi pantalón y mi bolso.

No sé qué me pasó, ni por qué lo hice, pero en un impulso para que no me robara mi reproductor de música, grité. Pedí ayuda y lo hice tan fuerte que toda la calle se inundó con mi voz. El ladrón me miró asombrado, creo que nadie lo había gritado mientras él cometía sus fechorías. Se asustó tanto que bajó el cuchillo y yo aproveché para empujarlo y correr mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

Corrí tan rápido que, cuando llegué a casa, apenas podía respirar. En la puerta estaba sentado mi papá leyendo un libro; intenté disimular y secarme las lágrimas rápido, pero tan pronto me vio lloré desconsolada. Le expliqué lo que me había ocurrido, no me dijo nada por haber hablado, solo me abrazó mientras le decía que todavía sentía las manos de ese señor en mi cuerpo. Después me dio un vaso de agua, me calmó y me es-

cibió que no le contáramos a mamá, que él me iba a dar el dinero que me robaron, pero que no asustáramos a nadie de la familia.

Liberta



Acepté asintiendo con la cabeza mientras veía sus manos temblando; creo que sentía impotencia al verme tan asustada. Cuando me calmé, me acompañó a mi cuarto, me acostó como

cuando era niña y me hizo señas de que no me preocupara, que luego compraríamos las cosas que había perdido.

Todavía tengo dolor de cabeza y la sensación de esas manos sobre mi cuerpo. Sigo tan incómoda que no pude quedarme acostada, por eso me desperté a contarte lo que me pasó, diario.

No es justo que estas cosas pasen y todo quede en silencio.

A.



7 de diciembre 2061

Palabras restantes: 277 palabras.

mucho por contar. Un año más va a terminar y el programa de tv sigue siendo el mismo. Las mismas imágenes y sonidos a las 6:00 p.m.

Y yo sigo con las mismas ideas y sentimientos.

No sé cuáles serán mis últimas palabras.

A.



10 de febrero 2062

Palabras restantes: 266 palabras.

Las ganas de escribir se van perdiendo.

Me cuesta leer y, por eso, escribir también se vuelve más tedioso.

A.



3 marzo 2062

Palabras restantes: 266 palabras.

¿Tenemos que agradecer al presidente?, pero ¿qué?

A.



1 de abril 2062

Palabras restantes: 266 palabras.

Es difícil escribir algo nuevo, siempre con la misma rutina.

A.



10 junio 2062

Palabras restantes: 266 palabras.

Extraño cuando veíamos aviones y, sobre todo, nuestras conversaciones.

A.



20 de septiembre 2062

Palabras restantes: 255 palabras.

Sigo sin saber mis últimas palabras.

El mundo es muy raro. Siento impotencia al ver cómo la intención de algún cambio parece ser en vano. Pienso aún, cuáles serán mis últimas palabras. ¿Podré hacer algún cambio?

A.



30 de diciembre 2062

Palabras restantes: 250 palabras.

El cielo está gris, es un bonito fin de año así (Sarcasmo).

A.



12 de abril 2063

Palabras restantes: 185 palabras.

Vuelvo a ti, diario, pese a que aún persiste en mí esa sensación de estar perdida, tan perdida que la escritura no fluye. Releí las páginas anteriores, y me di cuenta de que todo el año pasado y los meses transcurridos de este, me encontré más de una vez frente al papel sin tener nada por contar. Esto también es parte de los efectos de la ausencia de la comunicación: no solo no escuchas a otros, sino que dejas de escucharte a ti y de tener qué decir.

A.



26 de abril de 2063

Palabras restantes: 170 palabras.

La abuela Andrea murió hoy a las 7:26 p.m. Sospecho que ya sentía algo, quizá un malestar, un dolor o una extrañeza, porque hace tres días, en mi última visita a su casa, me habló. Me contó la historia completa de una foto con palabras habladas. Era una foto de toda la familia hace 18 años, cuando yo tenía 3 años. Habló unos dos o tres

minutos continuos, tomó un poco de agua y sonrió como si supiera algo. Ahora, su acción cobra sentido, pues ella se fue con su voz.

Me gusta esa idea que dejó en mí. Ese tipo de insubordinación frente a este mundo. Pero, a diferencia de la abuela Andrea, yo si quiero usar mis palabras, sí quiero decir algo y aceptar lo que viene después. A.



3 de junio de 2063

Palabras restantes: 150 palabras.

Hoy saqué las últimas pertenencias de la abuela, las pocas que quedaban en su apartamento. Mientras organizaba su habitación, elegí algunas prendas de los cajones, removí el colchón y algo cayó a mis pies. Era un libro, tenía las hojas amarillas, algunas estaban sueltas y salieron a volar. No tenía portada, estaba totalmente escrito, no quedaba ni un espacio para una palabra. Vi la primera página, en ella un párrafo largo con letra cursiva escrita a mano y una firma. Recorrí rápidamente todas las páginas llenas de polvo y, cada una, dos o tres hojas, veía esa misma firma. El libro olía a humedad, seguramente estaba guardado desde hace mucho tiempo. Además, tenía fechas, fechas desde 2047.

Abrí una página cualquiera, y leí:

“Podrán callarnos, pero no pueden impedir que tengamos nuestras opiniones. Esta política, la que el gobierno ha pintado como efectiva y definitiva, la política del silencio, fallará como lo han hecho otras tantas en el pasado. Hablaré, hablaremos por siempre”.

Era un diario, como tú. Seguramente las palabras que la abuela no quiso —o no pudo— decir, quedaron en él. Pero, lo que entiendo de ese diario es que ella, así como yo y como muchas otras personas, tenemos claro que nunca podrán silenciarnos por completo. Empiezo a acercarme a mis últimas palabras, pero ya no lo hago con miedo, sino con esperanza. Tuya, A.



27 de julio de 2063

Palabras restantes: 123 palabras.

Diario, gracias por existir. Si no existiera la escritura, no sé qué sería de mí. Sé que cuando mi contador llegue a cero, y aunque tenga miedo, volveré a escribir en ti. Puede que ellos lleguen a silenciar mi voz, pero a mi mente, nunca.

Tuya, A.



15 de agosto de 2063

Palabras restantes: 112 palabras.

Hoy cumplo 22 años y sigo con la gran duda rondando por mi mente: ¿qué voy a decir cuando mi contador tenga menos de 100 palabras?, ¿cuáles serán mis últimas 20 palabras?, ¿las últimas 10?, ¿última palabra? No quiero decir mis últimas palabras en vano.

Para este momento sé que no las voy a gastar en una pelea, eso no.

Tuya, A.



10 de octubre de 2063

Palabras restantes: 110 palabras.

Diario, sé que las palabras no cambian al mundo. Si así fuera, los tantos discursos emblemáticos dichos en el siglo XX y parte del XIX habrían terminado con la guerra, el hambre y la discriminación. Pero, es innegable que una palabra, una señal o una frase en el momento adecuado puede prender una llama imposible de apagar. Por algo la humanidad inventó el lenguaje hace más de cincuenta mil años, porque lo que está en la mente, lo que está dentro de nosotros, necesita un camino de salida al exterior: un papel, un grito, una canción, una amiga, un amor, un diario.

Hoy, Diario, escuché el discurso de *El gran dictador* de Charles Chaplin, grabado en 1940. Estaba en una USB, pegada con cinta en el diario de la abuela Andrea. Ese monólogo tiene más de ciento veinte

años de existencia, pero creo que nunca tuvo más sentido que hoy. Un hombre, hace más de cien años, sin saberlo —o, quizá, viviendo la historia que hoy se repite— habló de los “hombres máquinas, con cerebros y corazones de máquinas”, a quienes reconozco ahora como los “líderes” de mi país. Y eso es triste. Pero también percibo la unidad, aunque sutil, de las personas, porque, aunque no hablemos, sé que queremos y exigimos vivir diferente.

Mis partes favoritas del discurso se resumen en las siguientes líneas:

“Más que máquinas, necesitamos humanidad. Más que inteligencia, tener bondad y dulzura. Sin estas cualidades la vida será violenta. Se perderá todo.”

“No se entreguen a esos individuos inhumanos, hombres máquinas, con cerebros y corazones de máquinas. Ustedes no son máquinas; no son ganado. Son hombres. Llevan el amor de la humanidad en sus corazones. No el odio. Sólo los que no aman, odian. Los que no aman y los inhumanos”.

“Ustedes, el pueblo, tienen el poder. El poder de crear máquinas, el poder de crear felicidad. Ustedes, el pueblo, tienen el poder de hacer esta vida libre y hermosa. De convertirla en una maravillosa aventura”.

Esto, sin lugar a dudas, es lo que necesitaba para encontrar calma no solo con mi carrera, sino con mis palabras restantes. Primero, porque ya sé la razón para estudiar historia: la historia no solo me enseña, sino que me inspira. Ya puedo responder aquella pregunta de E. Segundo, mis últimas palabras pueden ser esa llama inicial o una chispa para mi vida y la de otras.

Los hombres máquina se equivocaron, porque, aunque ese chip toque el cerebro, no toca la mente, no toca el corazón. Mi mente es libre. La magia del lenguaje no son solo los dedos en movimiento para comunicar, ni los labios para recitar o el papel para guardar una idea; la magia del lenguaje viene de adentro, de esa mezcla de mente y

corazón. Y estos dos, SIEMPRE, encuentran un camino para hacerse escuchar y entender.

Tuya, A.



01 de noviembre de 2063

Palabras restantes: 110 palabras.

Tengo algo en mente. Algo que, además, ya compartí con mis confidentes, quienes se unieron a la idea. Ahora, pensaré cómo hacerlo realidad.

Tuya, A.



27 de noviembre de 2063

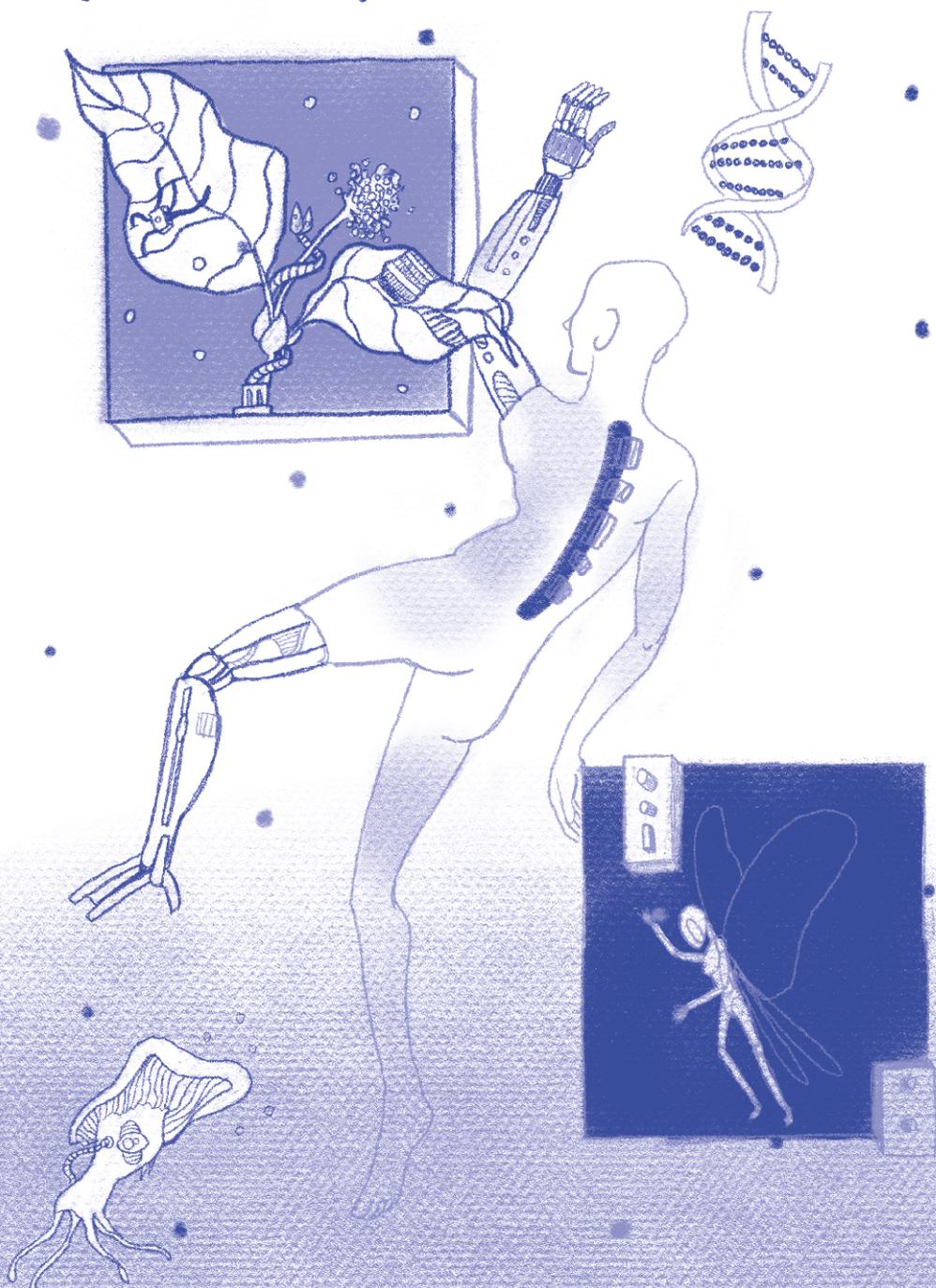
Palabras restantes: 101 palabras.

Después de días pensándolo, recordé el megáfono pequeño y antiguo de papá. Estaba en la habitación que él usa para leer, no lo veía desde mis 9 o 10 años, cuando él lo sacaba para jugar con los sonidos del parque cerca a nuestra casa. A mí ese aparato me encantó y me pareció poderosa la idea de amplificar los sonidos. Y, hoy quiero amplificar un sonido específico: mi voz.

Estoy lista, Diario. Ya sé cuáles serán mis últimas palabras.

Tuya, A.





Intersinestesia

Alejandra Martínez y Natalia Andrade

2043

Dos redes, internet y el micelio, se tocan; ocurre la intersinestesia. Miles de formas se disuelven en su cuerpo, rozan lo imposible. Una iluminación: el experimento está experimentando. Observa los olores de esa síntesis desentonada entre hifas, esporas, filamentos y el chirriante sonido de la columna vertebral de internet, de sus protocolos. Al son de esa instantánea reunión, escaramuzas micélicas se desvanecen por el amargo hedor de los datos.

Percibe torrentes colores en medio de la putrefacción; tornasoladas hifas punzan los poros de su piel y transitan por infinitos canales de datos. En sus entrañas, bogan en esa impensable emulsión de lo natural y lo sintético. Es la erupción de la alquimia en sinestesia de dos

portales, de dos mundos que se han abierto camino entre la envoltura de su piel y los recuerdos de su cuerpo, de su mente.

¿Cómo se siente el dolor molecular de cada célula que repugna en su cuerpo, ahora colonizadas por miles de bits atómicos que tratan de comunicarse caóticamente con la naturaleza desde las redes de internet? ¿a qué saben los músculos de un ser ciborg que expresan la atracción de la mezcla entre rizomas, redes informáticas y espíritus de la naturaleza?

Ante el reclamo de una infinita masa de hifas ramificadas que buscan un lugar, la soberanía sobre su cuerpo se transmuta en un físico y metafísico misterio. Le habita la sorpresiva impresión de la nano tiempo metamorfosis. Segundos y movimientos casi inapreciables le bastaban para una nueva e inagotable alteración.

Su cuerpo, que apenas empieza a metabolizar toda esta transformación, se sobrecoge ante la experiencia fisiológica de los sentidos; fluye y se fusiona continuamente con cientos de megas cargadas de datos de quien no conoce. Una lluvia inagotable de unos y ceros repite de forma programada una especie de intoxicación que logra paliar por zeptosegundos cuando estrepitosas estructuras químicas truenan para conjurar la fantasía.

Las claves de seguridad de los misiles más potentes del planeta juguetean radiantes entre sus células con el ADN de plantas, especies animales, duendes y duendecillas. Kimera entiende su lenguaje. Los algoritmos de la partícula de Dios saltan sobre datos filológicos. La reciente memoria de sus sentipensantes cadenas moleculares procesan reveladoras líneas de conversaciones no conocidas sobre fenómenos, modelos y teorías subatómicas que en alguna época cambiaron el modelo estándar de la física; de la comprensión de la vida tal cual la conocíamos.

En el centro de este elixir, ¡un apagón! Las partes atávicas del cerebro de Kimera se desconectan ante el reclamo que el micelio hace a la máquina mientras intenta dominarla. Todo ocurre en la cuna de su vieja anatomía ciborg: un chip implantado en su cerebro. Le habla a su cadáver cibernético; no soporta la probabilidad de convivir con vestigios sintéticos.

Los sistemas informáticos en el Laboratorio principal del Grupo de Bioingeniería Ciborg de Industrias Sustentables S.A.S. se sobrecargan.

–Todas las muestras están aquí, muertas, menos la número 25.

–¿Quién es?

–¿25 pudo haber sobrevivido?

–Hay que encontrarle y diagnosticar su estado.

–O hallar su cuerpo, si es que murió fuera.

–Debemos activar los protocolos de búsqueda.

El comité científico inicia una avanzada para recorrer de extremo a extremo este templo dedicado a conquistar nuevas conexiones a internet a través de experimentos neuronales.

–¡No importa si vive o muere!, ¡necesitamos su cerebro antes de que deje de funcionar!

–Busquen su archivo, pongan su fotografía en las estaciones de policía cercanas, pregunten a los bomberos, investiguen en los servicios de salud; que le pregunten a cada persona que habita estas montañas.

–Si todavía vive, es peligroso que esté por ahí, menos si desconocemos si fue el origen del apagón.

–Su cuerpo o su mente pueden ser la clave de lo que acaba de pasar.

–Es necesario activar las redes, hay que sincronizarlas a través de la computadora central con Google Earth. Conectarlas con todas las cámaras públicas y privadas que estén en línea.

–Debemos hacer grupos que se desplieguen en la región.



Los aviones se caen y los trenes se descarrilan. Los accidentes de tránsito, incontables. Las luces se funden en las ciudades: Internet se apagó. El mundo entero y su habitual neurosis se desconectaron. La vitalidad de las esperanzas y los sentidos deseos están en corto.

Kimera busca resguardo, se oculta entre las montañas después de escapar.

La rutinaria comprensión sensible del universo está en pausa. Por primera vez desde su invención, internet y los grandes procesadores están fuera de línea: no hay nada que ver en las pantallas. La naciente intersinestecia germina el apagón y el final de aquellas muestras; como si su cobro fuera robarles cualquier luz y llevárselas.

Mientras todo parece en silencio allá afuera, un ruido blanco desplaza el vilo del vacío que dejó la luz. Los algoritmos de la red se plagan de bullosas metamicorrizas para sellar una nueva forma de control. Ahora solo existe una única red administrada por la gran conciencia colectiva del micelio.

La dosis de ARX-KONEX-ION que le fue administrada era lo que Kimera necesitaba para gestar la semilla que abriera al mundo el camino entre lo místico y lo científico, para inaugurar el intempestivo viaje.

Internet no murió, fue digerido por el micelio y será regurgitado entre los seres humanos como la comunión de un blasfemo sacramento que redima a la red y a la humanidad. "Un híbrido purificado".



2044

Kimera saborea el fragor del vuelo de los pájaros, se rinde por el dulce ruido del vapor que exhalaba de su cuerpo como consecuencia del trapicheo entre las constantes colonizaciones de los bits a sus estructuras celulares. Toca el espejo de los cristales que el rocío irriga como bienvenida a largos amaneceres que pasaban entre montañas. Cada vez es más natural aquella posibilidad de comprender el mundo desde otra perspectiva.

En el corazón de esa íntima relación entre el mundo sintético y natural, sus poros y la capa más externa de su dermis, liberaban cientos de esporas para integrarlo todo a la conciencia colectiva del micelio. Con un nuevo cosmos despertando tras los pasos de Kimera, los reactores de las reservas de energía, las presas y las hidroeléctricas siguen encendiéndose. Primero fue la electricidad, después la represión y el control. Luego la conexión a internet, al micelio.

La velocidad de sus pasos marcaba la transición hacia otra era y configuraban el acceso a una nueva forma de conexión. Ya no sería necesaria la mediación del hombre. Ni módems, ni antenas, ni empresas de información digital. Cada árbol, cada planta, cada bejuco que recibía las esporas a su paso, serían un portal. El micelio dominaba. Lo que antes susurraba a la sombra de los árboles, de los hongos y de los procesos biológicos más sencillos, ahora rechinaba y gritaba con furor: «La red ya no es nuestra, somos la red. El micelio nos habita y habitamos el micelio», gritaban familias enteras entre las montañas de Corinto, Cauca; otras familias en las inmediaciones del Nevado del Huila musitaban con sorpresa; algunas más, en el camino entre La Plata y San Agustín, solo se quedaron en silencio. En conversaciones con delicadas esporas micélicas, las mujeres del campo se acuestan sobre la tierra para

escuchar los secretos que ese nuevo cordón umbilical de micorrizas y redes les revelaba para el cuidado de futuras crías, alimentos y animales.

Miles de personas celebran su intersinestecia. Pese a sus articulados gestos de incredulidad, vociferan sobre la presencia de un ser que activaba la conexión a internet y a algo más. Una Quimera que, tras su paso y brote de esporangios, les vuelve parte de algo más grande.

En muchos idiomas, creencias y formas, se habla de una nueva sensibilidad y conciencia ambiental. Las niñas conversan de sus redes micelicas con naturalidad, cuidadores de la tierra y de la vida activan ambos portales al servicio de sus familias y comunidades. La información para el florecimiento de las artes y oficios se acceden en igualdad. Individuos de todos los biomas aclimatan sus saberes, cosechan y comparten nuevos conocimientos, sin ataduras y sin restricciones. Se conocen las fórmulas para controlar plagas, todo por fuera de los imperios y grandes señores de las semillas, se hacen ensayos y experimentos para acabar con la hambruna en el mundo...

Bastaba con estar cerca del camino de Kimera o de sus dejantes esporas para obtener una conexión perfecta con cualquier dispositivo electrónico o con inéditas funciones cerebrales. Al fin era posible acceder a la nueva conciencia, a epifanías y a visiones especiales que alteraban la percepción de la realidad del mundo exterior y empujaban cambios en la sensibilidad de los órganos de los sentidos.

El frío de tantos amaneceres y del viento en las altas montañas entre los Andes, los Urales y Nepal, se sentía menos metálico y doloroso.



Movimientos, grupos transhumanistas y antimáquinas, las comunidades agradecidas le siguen la pista para cuidarle y celebrarle. Esconden sus pasos y su identidad. Coaliciones nueva era se reúnen para reinventar el anonimato de su Kimera, Chimera, Chimère, Chimär, Khimaira. Trabajaban en comunidad para custodiar del resurgimiento del nuevo orden y de sus retoños micélicos. Se unen para desafiar los antiguos poderes, los mismos responsables de las sequías en sus campos, de las pérdidas de sus cosechas, de los cientos de suicidios por el desánimo y el desasosiego de familias enteras que, buscando un porvenir, cambiaron heladas por deudas para calentar sus cultivos, asegurar sus frutos, salvaguardar su pancoger y el usufructo que les daría el sustento en sus comunidades.

Ambientalistas puristas defensores del cuidado, llamados por sus contendores: obstruccionistas del desarrollo, alzaron sus banderas verdes alrededor del mundo y dedicaron su cuidado al retorno de la interrelación de los seres con el medio ambiente. Ejecutaron acciones para asegurar su paz, diseñaron tecnologías naturales para reproducir la autopoiesis de Kimera y para amparar su nueva forma de vida, para proteger aquella descendencia que también se había vuelto un objetivo de contienda.

Unes buscan a un Lucifer o a una Lilith para quemar y los otros buscan a un demiurgo para levantar iglesias, sinagogas, o mezquitas para adorar. La humanidad dentro y fuera del micelio conspirando. La humanidad fuera del aliento de la Kimera, siendo ella misma. Al final de cuentas, la humanidad cuidando sus intereses y el micelio también.

En contra del espanto y del descontento del Estado, de los clérigos, de las universidades y de los principales aparatos de control social, la interasistencia trasegaba sin que nadie pudiera desconectarla...



2046

Los diálogos inenarrables y el mágico enraizamiento de estas dos redes le excitaban a un sosiego anterior, le insinuaban emociones como las que el aire del Selvatorio.

Sentía, por ejemplo, que cada nueva conexión no era un chillido, como lo había percibido antes, sino un impecable latido lleno de contribuciones químicas que le exhortaban a morar insólitas sensaciones en

consonancia con sus linajes de hifas, bellos y fibras ópticas.

La alquimia se dispersó. Retumbaron las máquinas y las unidades especializadas en su búsqueda. Una luz cegó su descanso en las entrañas del desierto subsahariano. Le inmovilizaron y le ataron de principio a fin. Con miles de punzadas intentaron arrancarle pedazos de su piel. Hurgaron sus vísceras y, en una intervención rápida, su cuerpo fue sometido a biopsias interminablemente dolorosas. Le robaron los tejidos internos de sus órganos, entraron por sus orificios y se llevaron sus pedazos. Taladraron su tez con unas agujas de punta doble, buscando por cuantos caminos fuera posible una muestra de su ADN o de cualquier partícula inimaginada que les diera rastros de su transformación. Investigaban toda la información posible para poder descifrar los códigos celulares que necesitaban para entender su metamorfosis.

Escarbaron tanto en busca de "la semilla", que su maltrecha intersinestecia congregó con ánimo vertiginoso a sus adentros micélicos y sintéticos en búsqueda inmediata de los remedios más sutiles y provechosos para regenerarle y, como un sistema autopoietico con capacidad de reproducirse y mantenerse por sí mismo, Kimera precipitó su defensa y consiguió recomponerse de los daños y dolencias que le habían dirigido para volver a desaparecer.

Reconoció el sonido de los aparatos que aplicaron la intromisión, rememoró el olor de los decretos que les habían sido proferidos antes de enviarles en su encuentro.

...La voz de su ciborgnifa no desaparecía. Escucha su llamado. Ella le iba guiando y Kimera recorría el camino tal como se lo indica. La escuchaba:



2023

—Una misión.

Todo se detuvo con esas palabras. Los hongos y la meditación habían decodificado una puerta. Kimera la había usado para descubrir un nuevo camino de ser, hacer y sentir.

Su ciborgnifa le hablaba de su poder, le enseñaba a entender sus capacidades, le inducía a conexiones interiores, a entender sus instintos.

- ¡No puedes dejar todo lo que sabes y todo lo que eres!
- Confía tu renovación a las guardianas, a las curanderas plantas y diosas que llegan a tus sueños.
- Deja que los rayos de luz se expandan y curen tu cuerpo electrónico.
- Consagra tu experiencia al servicio del micelio.
- Morir, podrirse y renacer son el ciclo de la vida, la destrucción y la creación.
- ¿Qué sería de la tierra sin los hongos?, ¿de la sagrada putrefacción que todo lo renueva? ¿que lo transforma?
- ¡Tú, eres el camino y quien lo anda!
- ¡Lo que debía quedarse está floreciendo, y lo que debía irse, abona a lo que estamos creando!
- ¡Tienes una misión!



Kimera se rindió a los experimentos e intervenciones en el Instituto de robótica casi 10 años atrás. Al principio, todo había comenzado como una forma de reemplazar un par de dedos perdidos en una práctica fallida, luego avanzó como una peste medieval por todo su brazo hasta llegar a implantar chips y neuroconexiones sintéticas para optimizar sus formas de conexión a internet. Como Víctor Frankenstein engendrando a su monstruo, el encierro y la locura enardecieron sus largas jornadas de experimentación, con la obsesión de la idea de descubrir nuevas conexiones a la red sintética.

Se convirtió en parte ser humano y parte máquina. Llegó a rechazar la mitad de su cuerpo ciborg. La ciencia, a la que se había entregado como al amor de su vida, se le hizo una amante inmoral e injusta. Le parecía insostenible someter su naturaleza a la maratónica locura por perfeccionar a la especie y conectarla con las redes de internet, de hacer de internet un nuevo órgano para la humanidad.

Optó por escapar y redimir su anatomía ciborg. Se rindió a los ritos y a las creencias naturalistas, a ceremonias primordiales y ancestrales para apagar el procesador en su cerebro. Quería reconectar su conciencia por los caminos de la experimentación etnobotánica.

Kimera aprovechó las largas sesiones con su ciborgninja para probar con cuál de esas plantas que las diosas le ofrecían, podría accele-

rar el reverdecimiento y la renovación celular que tras largas alucinaciones, pintas y viajes, le permitieron aterrizar en la emancipación de aquellas aparatosas entidades químicoalatas que, como organismos autónomos, habían transformado la biodinámica de su cuerpo y de su mente para dar paso a un ser anquilosado por la pesadez artificial.

Como parte de su trabajo etnográfico y de sus largas contemplaciones místicas, se rindió ante los secretos y las promesas de una sinnúmero de infusiones herbales, bebedizos y pócimas, muchas de las cuales, contenían los misterios para expulsar de su cuerpo los espíritus de aquella fisonomía con la que intimaba.

Se alejó de los carros, las autopistas, los premios de ciencia, los laboratorios, las bases de datos, de los sujetos de prueba...

En su nueva vida como anacoreta, en lo profundo de su Selva-torio, en la Amazonía, limitó su contacto humano. Solo veía a una persona con la que intercambiaba alimentos y algunos elementos básicos para su supervivencia. Disfrutaba de la compañía de chinches, pulgas, boas, tigres y jaguares. Ellos le cuidaban en esas meditaciones y viajes profundos y custodiaban los pensamientos y diálogos que atravesaban su cerebro durante largas jornadas de experimentación.

—¿Quién eres?

—Soy todas las cosas.

—¿Por qué estás en mi cabeza?

—Porque estoy en todas partes, también estoy a tu lado. Tenemos una misión.

—¿De dónde vienes?

—De ayer, de mañana.

—¿Alguien te ha enviado?

—Sí, todo esto a lo que te estás conectando ahora.

—¿Nos habíamos visto antes?

—Hace poco, dentro del servidor donde registraste tus experimentos biomecánicos.

—¿Cuál es la misión?



A cambio de sus experimentaciones, algo empezó a habitarle. Su parte ciborg y su corteza cerebral comenzaron a ser conquistadas por la espo-

ra de un extraño hongo, ni siquiera registrado en los libros de botánica y micología existentes, que crecía en lo más profundo de la selva.

Ritos y ceremonias delirantes con su ciborgninja transgredieron la línea entre el pasado, el presente y el futuro.

Kimera, convirtió su cuerpo en el crisol para esta alquimia, descubrió y desentrañó los misterios de este extraño hongo; cualidades psicoactivas, visionarias y medicinales, ¡regeneradoras de tejidos!, ¡de circuitos! Descubrió en ellos el consuelo y la cura para formatear y sanar el dolor del desapego por su cuerpo y su mente ciborg.

Junto a la guía de su ciborgninja, hierofante de este milagro, lentamente conciliaba su anatomía. Práctica tras práctica, sin saberlo, el hongo se alojaba, enraizando una colonia en sus partes internas.



2043

Afuera de esa ensoñación, la mañana estaba fresca y extrañamente silenciosa. El Selvatorio, expectante. El señor Prieto tocó la puerta del habitáculo donde Kimera descansaba. El intercambio era rápido, las palabras, cortas y sencillas. El encuentro sucedía una vez cada mes.



El señor Prieto dejaba en el suelo algunos anzuelos, velas, harinas, fósforos y, finalmente, café: algo que Kimera no había podido dejar atrás de su vida de laboratorio. A cambio, él recibía un mercado, que vendía en el centro de Leticia, a muchas horas de distancia.

Eran algunos condimentos, especias y hongos comestibles que Prieto solo había visto en ese lugar y que, creía, solo Kimera podía encontrar. Cada vez que se encontraban se saludaban de manera cortés, no había intercambios de noticias, ni charlas sobre el clima. Sin embargo, aquel

día, al sentir la presión por el silencio de la selva en ese momento, como si tuviera que aguantar la respiración mientras algo pasaba, Kimera extendió su mano para despedirse del señor Prieto, quien extrañamente respondió el gesto. Solo bastó este instante.

Ahora, las esporas estaban en manos del señor Prieto, empezando un viaje de cientos de kilómetros. Tendría que pasar por muchas manos, quizá a través de miles de personas, hasta llegar al procesador central de la inteligencia artificial, rectora de la experimentación con ARX-KONEX-ION.

Hasta que llegó. De sus dedos, pasó al teclado del procesador central de la inteligencia artificial del Laboratorio principal del Grupo de Bioingeniería Ciborg de Industrias Sustentables S.A.S., incrustando los datos de 25, el sujeto de prueba idóneo para el experimento.

Mientras Kimera recibe el llamado para cumplir su misión, el hongo muta dentro de la máquina, ata los cabos de su conspiración. Nunca fue su decisión: el micelio y sus deidades le usaron para ejecutar su plan y para instalar el nuevo orden.





Hermeses

**Pilar Sáenz, Andrés Velásquez
y Juan Pablo Parra**

—El país está invivable, doctor —respondió Hermes. Su voz, normalmente grave y rasgada, sonaba tranquila y tierna—. Definitivamente, todo tiempo pasado fue mejor.

El senador Mendoza asintió y bebió despacio un trago de whisky. La luz amarilla de la oficina centelleaba en el vaso de cristal.

—El problema, Hermes, es que ya no respetan a las instituciones. Ahora todo el mundo tiene derecho a opinar, y peor, a burlarse.

Hermes cerró los ojos y meneó la cabeza levemente.

—Imagínese, doctor. A esto hemos llegado. ¿En qué momento se jodió este país?

—Este país siempre ha estado jodido, Hermes.

Acuérdate de la chusma en la plaza. Pero es que esa bendita vaina que hay ahora de andar burlándose de los honorables hombres de la patria y diciendo impertinencias con sus celulares y sus computadores en el internet ese; simplemente no tiene nombre. Es peor que una plaga bíblica.

–Es que son unos libertinos –agregó Hermes.

El doctor Mendoza dejó el vaso de vidrio sobre su escritorio y se inclinó un poco sobre la mesa:

–El diablo es puerco, Hermes. El diablo es puerco.

Hermes asintió, esta vez con devoción.

–¿Y no hay nada que podamos hacer, doctor?

El Senador Roberto Mendoza sonrió y juntó sus muñecas como si le hubieran puesto unas esposas invisibles.

–Nos tienen atrapados con su ley de libertades. Jodidos.

Hermes se puso de pie y se sentó de nuevo. Se llevó la mano a la boca y agachó la cabeza. Sus movimientos eran exagerados, torpes. La indignación, como un leve choque eléctrico, sacudía su cuerpo. El doctor Mendoza lo observaba complacido, con la actitud amorosa de un titiritero que prepara su marioneta de palo y trapo para la función.

–Pero... –agregó Mendoza muy despacio, alargando la pausa.

–¿Pero, qué doctor? Dígame, se lo suplico.

–Hay algo que podríamos hacer. Una misión delicada, peligrosa, que requiere a un buen elemento. Un hombre de principios: un caballero a la antigua.

Los ojos de Hermes centellearon.

–¿Le interesa? –preguntó Mendoza.

–Pero por supuesto, doctor. ¿Cómo le puedo servir?

El senador lo miró en silencio unos segundos. Con cuidado, se desabrochó el primer botón de la camisa y tiró del rosario que colgaba de su cuello. Una a una, aparecieron las cuentas en sus manos, y, finalmente, surgió una pequeña cruz de madera y una llave gruesa. Mendoza se puso de pie y caminó hasta el otro lado de su oficina, donde se encontraba un cuadro del hombre de las leyes. Hermes seguía sentado frente al escritorio observando en silencio, curioso. El político se besó la palma de la mano y la posó sobre la pintura, empujándola y activando un mecanismo oculto. Después de que los sonidos de piñones terminaron, se abrió una puerta secreta.

Hermes veía la espalda y la calva del doctor. Roberto Mendoza

pasó unos segundos detrás de la pequeña puerta de la bóveda, oculta tras la pintura. Al regresar, se acercó despacio y con sigilo a Hermes:

—¿Ha escuchado de los viajes en el tiempo? —preguntó y le entregó un pequeño control remoto y un viejo maletín abultado.



Un cansancio inmenso invadió a Hermes Pinzón. Su piel, huesos, órganos y cartilagos seguían siendo los mismos, pero su mente se sentía agotada. La fatiga le cerraba los ojos, pero, poco a poco, cuando el tedio al fin se desvaneció, recuperó su fuerza. Como pudo, guardó el pequeño control en el viejo maletín de cuero. Aún le costaba respirar y se sentía como si hubiera estado nadando contra corriente o como si una gigantesca ola lo estuviera envolviendo y lo arrastrara. Sintió que una sucesión de imágenes, olores, sentimientos y momentos lo golpeaban y lo zarandeaba. Sacudió la cabeza y una escena se comenzó a formar ante sus ojos: vio el edificio del congreso rodeado por una multitud informe; vio la Plaza de Bolívar llena de colores y sonidos, vio... Después de unos segundos, la imagen se empezó a disipar lentamente; al final, desapareció del todo y solo quedó la luz blanca que iluminaba sin piedad y una larga fila de hombres tras un aviso: *Oficina Intratemporal Hermesiana. Espere su turno para transitar.*

En la oficina había una hilera que zigzagueaba de pared a pared, atrapada entre bastones grises y cinta negra. Al fondo del salón, había una pantalla cuadrada de unos dos metros, parecida a las usadas en los estadios de fútbol. En la amplitud del marco estaba delineado, de forma simétrica y con luces rojas, el número: trece millones novecientos cincuenta y dos mil setecientos ochenta y tres. Hermes se acercó a las otras personas y se sumó al final de la hilera.

—Hasta viajando en el tiempo llega uno tarde —refunfuñó—. El diablo es puerco.

El hombre frente a él, flaco, calvo y con gafas, volteó.

—Todos decimos lo mismo —respondió molesto y luego volvió a mirar al frente.

Hermes dudó por un segundo. No sabía si veía un reflejo o un clon. Dio un paso atrás para enfocarse mejor y confirmar su sospecha. La fila entera (cientos, tal vez miles de hombres) lucían, hablaban y se

veían igual que él. O casi. Eran sujetos ciertamente similares, pero las diferencias abundaban aquí y allá; eran como los árboles que pueblan un bosque. Algunos eran más jóvenes, otros bastante entrados en años, algunos estaban en silla de ruedas, a otros les faltaba un pie o una oreja, otros usaban una bata sobre el saco de rombos, o llevaban puesto un sombrero de vaquero, o tenían piel de reptil; sin embargo, todos eran el mismo hombre: Hermes.

El Hermes recién llegado, el nuestro, se quedó mirando a sus hermanos anonadado, disfrutaba de las pequeñas diferencias. En eso estaba cuando vio al hombre de chaleco rojo. Era alto, pelinegro y usaba gafas gruesas. El desconocido, que no era un Hermes, poco a poco se acercó hasta que estuvo lo suficientemente cerca para entregarle un turno. A esa distancia, Hermes pudo ver que el desconocido tenía en la espalda una pequeña máquina gris con la que imprimía una larga tira. De ahí había sacado el papel que le pasó; tenía impreso el número ocho mil doscientos treinta y nueve.

–Joven... –Hermes se interrumpió buscando el nombre en el gafete–, Nicolás Mora, ¿usted sabe más o menos cuánto se demora esta fila? Estoy aquí por un asunto urgente.

Nicolás lo miró aburrido.

–Sí, ya sé, don Hermes –respondió con voz gangosa y soltó una risa ahogada–. Usted siempre dice lo mismo.

–No, joven, escúcheme bien. De mí depende el buen nombre, la honra y la dignidad de nuestros prohombres.

Nicolás lo miró y se acomodó las gafas. Luego señaló el papel que le había entregado con el turno:

–Hay tiempo para esperar, don Hermes. Vaya revisando el maletín. Ahí debe tener comidita para la espera y están los papeles que explican el tipo de tránsito que necesita. Cualquier duda, consulte el manual; si no entiende algo, pregunte a sus compañeros. O me llama y vemos cómo se le colabora don Hermes. Y no olvide guardar bien el control –Nicolás soltó de nuevo una risa ahogada y con sus manos hizo un gesto extraño que rememoraba la acción de serruchar.

Hermes ignoró ese último gesto y prefirió acomodarse en la fila. Aún era el último. Tomó el maletín y lo abrió, estaba atiborrado: no solo tenía un montón de papeles, en un compartimento para comida también había jugos de varios sabores, manzanas verdes, emparedados,

dos pedazos de queso y unas galletas salinas. Por lo visto, la espera iba para largo, pensó Hermes. Cerró la maleta, examinó la fila de Hermeses y luego sacó su celular para revisar sus fotos con Julia, su Julia, la bella sin par. Le dio un beso a la imagen de Julia parada frente a un lago y se guardó el celular en el bolsillo de la camisa, justo al lado del corazón, y junto a una boleta doble para ver la matiné del próximo sábado.



–Don Hermes, ¿no tendrá algo para merendar? –dijo Nicolás.

–¿Me está hablando a mí?

Nicolás meneó la cabeza con gesto negativo mirando al suelo. Llevaba puesta la misma camisa a cuadros abotonada hasta el cuello y el chaleco rojo.

–Pues claro que le hablo a usted. ¿O ve aquí a otra persona que se llame Hermes?

Una risa se extendió entre los Hermeses que estaban cerca.

–Debe estar bajo el efecto de sustancias psicotrópicas que ya ni sabe quién es –dijo otro Hermes cercano, uno inusualmente bajo.

–Ya no nos hacen como los de antes –respondió otro Hermes de ojos rasgados.

Luego, los dos Hermeses dijeron a coro:

–El diablo es puerco.

Nicolás sonrió, mostró los dientes de forma exagerada y carraspeó.

–Don Hermes, los nuevos tienen buena comida –luego se acercó un poco más para que los otros Hermeses no lo escucharan y susurró en su oído–: Yo lo puedo ayudar a transitar sin tanto esfuerzo.

Nicolás dio un paso atrás. Con la lengua empujaba su cachete desde adentro y desde afuera se veía como se abultaba.

–¿Primera vez en tránsito? –preguntó Nicolás.

Hermes, el nuestro, miró para los lados y pensó que debieron haber metido un atomizador espanta-chusma en el maletín. Quería rociar a Nicolás y a todos los zánganos que se hacían llamar como él.

–Sí, es mi primera vez.

El Hermes que estaba justo en frente en la fila se dio la vuelta y los encaró.

–Che, no te preocupés y ni le vayás a creer a este pibe que es del

Boca –dijo un Hermes argentino, señalando a Nicolás.

Nuestro Hermes lo miró, apretó la mano extendida y abrió la boca, pero, antes de poder pronunciar una palabra, su gemelo del sur continuó:

–Tranquilízate, la primera vez que viajás en el tiempo puede ser desconcertante. Pedí información y algo de morfar a este pelotudo, ese es su laburo.

Los dos Hermeses miraron a Nicolás por encima de las gafas.

–¿Qué esperarás, pelotudo? Andá y traé fiambre para comer.

Nicolás se alejó lentamente, rezongando. Pasó junto a un Hermes con pijama y gorro de dormir que discretamente le entregó un neceser y luego junto a una Hermas alta y rubia, ante la que se detuvo, fingió que levantaba un sombrero invisible y siguió hasta desaparecer entre los otros Hermeses.

La fila seguía y se perdía en uno de sus incontables pliegues. Nuestro Hermes sintió una tristeza que se mezclaba con fastidio: la fila no se movía. Aquí y allá se veían Hermeses de chaleco, o con botas punteras y copete engominado, o con pelo rizado y ojos saltones. Cuando pensó que había pasado suficiente tiempo, revisó la pantalla, pero el turno en el gran tablero era el mismo. Parecía una hoja de calendario que nunca cambiaba, o un almanaque en que todos los días son el mismo. Un reloj que repitiera la misma hora, la voz robótica de un tono de espera puesta en bucle. Pensó de nuevo en Julia y la función de matiné. ¿Cuánto más tendría que esperar en la fila?

Nuestro Hermes se debatía ahora entre seguir revisando los papeles del maletín y buscarle la lengua a su hermano argentino para saber un poco más qué ocurría en ese lugar. Escogió lo segundo:

–¿Será que se demora mucho todavía la fila?

El otro Hermes levantó la mirada de su celular, donde se transmitía un partido de fútbol.

–Claro, pibe, como tiene que ser. Somos tantos que hay un embotellamiento en bucle dentro del hoyo espacio-tiempo debido a la saturación del agujero de gusano por el que viajamos al presente y al pasado.

El Hermes argentino estiró los labios como para dar un pico y mostró todos sus dedos poniendo la mano hacía arriba como si fuera italiano.

–Ya sabés que los Hermes son pelotudos y se la pasan viajando y regresando para arreglar sus propias cagadas.

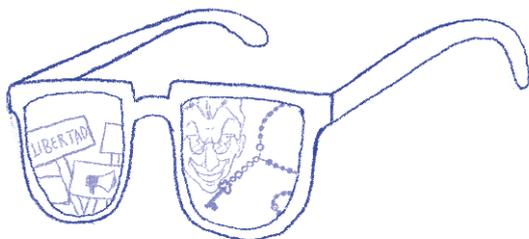
Nuestro Hermes se rascó la cabeza.

–Quiere decir... ¿es como un trancón, mijo?

–Seh' –respondió el Hermes porteño, canchero.

Hermes asintió, resignado. Dejó el maletín en el piso y estiró la espalda. Luego miró hacia atrás, ya no era el último.

–El diablo es puerco –se lamentó.



Según los cálculos de Hermes, cada cinco o seis minutos, la fila se movía dos pasos. El tedio era insoportable. Todo era tan monótono que parecía que la espera fuera en la mitad de un desierto. La sala seguía completamente igual y, al fondo, el número en la pantalla, al parecer (ya había dejado de importar), era el mismo de cuando había llegado. Hermes ni siquiera lo podía recordar. Sin embargo, si se prestaba la suficiente atención, algo sí cambiaba. Cada tanto aparecían de la nada más Hermeses y se sumaban a la fila, que nunca paraba de crecer. Había algo de morbo en esta novedad. En la Oficina Intratemporal Hermesiana, los nuevos Hermeses eran en esencia el mismo, pero cada uno tenía una pequeña y a veces casi invisible diferencia, una diminuta cualidad o un mínimo rasgo. Esa sorpresa que causaba la aparición de alguien más generaba admiración en nuestro Hermes, que cada tanto volteaba, tan disimulado como podía, para ver y maravillarse, para reírse o disgustarse con las nuevas variantes que llegaban a la fila.

Precisamente por ello, por distraerse mirando un nuevo Hermes vestido de pirata, con sombrero negro, camisa sucia abierta en el pecho

y una pata de palo, nuestro Hermes tropezó. Su caída provocó un traspie masivo; una reacción dominó, de todos los Hermeses detrás suyo.

—¡Novatos! —exclamó con rabia un Hermes que estaba más adelante.

—Mire, chiflamicas —respondió el que, seguramente, era el Hermes más flaco y alto de la oficina. Parecía como si todas sus extremidades tuvieran las mismas medidas que el cuello de una jirafa—, si no sabe cómo se hace para avanzar en una fila, mejor hágase a un ladito y brinque por la primera puerta que se encuentre o por la que mejor le parezca. Aquí sí tenemos personas que estamos en misiones importantes. Trascendentales. De vida o muerte.

—¿De vida o muerte?, jja!, eso cree usted —dijo nuestro Hermes, casi murmurando mientras miraba para otro lado.

El Hermes flaco y alto tocó con elegancia el brazo de nuestro Hermes. A pesar de que los separaban dos o tres de sus congéneres, sus puestos en la fila estaban muy separados. Los ires y venires de la línea de Hermeses, que se curvaba cada tanto, hacía que Hermeses que habían llegado con días de diferencias se toparan en los pliegues.

—Joven —empezó, pero antes de continuar, esperó a que nuestro Hermes le prestara atención—, le recomiendo que se tranquilice. Quizá no se ha dado cuenta, pero aquí todos somos iguales. Todas nuestras misiones son de vida o muerte...

El Hermes alto y flaco hablaba despacio, como si cada palabra le costara recorrer todo su cuello. Nuestro Hermes lo escuchaba con desesperación, consultaba su reloj de pulsera, como si tuviera prisa.

—Los cambios que los Hermeses hemos producido —continuó— han desencadenado una serie de anomalías en el espacio-tiempo que podrían desencadenar el apocalipsis, el Armagedón, la hecatombe. Así uno tenga buenas intenciones —el Hermes flaco y alto se detuvo unos segundos para bendecirse—, el Diablo es puerco.

—¡No puede ser! —gruñó nuestro Hermes—. Tengo que prevenir al doctor Mendoza. Esta misión es más importante de lo que él pensaba.

El Hermes argentino, que prestaba atención a la discusión, intervino:

—Pero, ché, serás pelotudo. ¿Cómo que el doctor Mendoza? Te están avisando que el fin del mundo lo causa tu laburo y tú estás preocupado por tu jefe. No te lo puedo creer. ¡Despertá! ¡Estás a tiempo!

Un murmullo se extendió entre los Hermes alrededor. Nuestro

viajero guardó silencio y miró sus zapatos. Eran unos mocasines cafés, ya muy gastados, que le había regalado su prometida: la hermosa Julia Solano Galindo. Junto a ellos, veía los zapatos de otros Hermes, algunos parecidos a sus mocasines. Por primera vez, nuestro Hermes se preguntó si habría otras Julias y si cada Hermes amaría a una Julia.

–Despertá –repitió el Hermes argentino–. Decíme, ¿por qué estás aquí?

Hermes seguía pensando en Julia. Pero, más que en ella, en que se podría cortar de tajo la posibilidad de una vida juntos por cuenta de la misión del doctor Mendoza. Con esa idea en la mente, metió la mano en el bolsillo, sacó el pañuelo que le había regalado Julia y se secó el sudor de la frente.

–Yo... vengo aquí para proteger la honra de las personas de bien –dijo nuestro Hermes, titubeando. Nadie más habló. Los cercanos lo miraron esperando más información–. En mi mundo, la gente usa algo que llamamos internet para incomodar y mancillar impunemente a otras personas. Se ha vuelto una situación insufrible. Yo fui elegido para cambiar eso. Por eso estoy aquí.

Cuando terminó de hablar, se sentía más seguro de sí mismo, como si sus palabras le hubieran dado confianza. La idea de ser el elegido para defender a la gente de bien lo llenaba de orgullo. Dobló con cuidado el pañuelo y se lo guardó en el bolsillo, junto a la boleta de matiné.

–A ver, pibe, ¿y es mejor un mundo en que la gente tenga derecho a hacer chistes o un mundo que deja de existir?

Hermes, por instinto, se llevó la mano al cinturón buscando su aspensor como una forma de responder a la afrenta.

–¡Qué pregunta tan pendeja! Obviamente, es mejor que el mundo no se acabe.

–¿Qué hace aquí entonces, don Hermes? –preguntó Nicolás, que se había acercado atraído por el chisme.

–Estoy aquí porque todos merecemos un lugar tranquilo sin que nos ataquen truhanes y chusmeros. Porque eso, Dios me bendiga, es lo correcto. Y el doctor Mendoza confía en mí.

Cada vez más Hermeses prestaban atención a la discusión. Incluso algunos que estaban muy lejos para escuchar, le pedían a otros Hermeses que les contaran lo que sucedía. El rumor de la rencilla se extendió de punta a punta de la fila de viajeros.

—Claro, pibe. ¿Pero vos no crees que la gente también necesita un lugar tranquilo para opinar o para burlarse? —preguntó el argentino.

—Salvo que los chistes sean malos —agregó Nicolás y empezó a reírse solo, hizo un ruido molesto, parecía como si se estuviera quedando sin aire.

Nuestro Hermes se alejó un paso de la fila, para pararse junto a Nicolás. Levantando la voz, se dirigió a todos los Hermes:

—Nicolás es un pendejo, pero tiene razón: no hay derecho a hacer chistes malos, burlándose de los prohombres que hacen país.

Cuando terminó su proclama, nuestro Hermes se percató de lo que había hecho: se había salido de la línea. Ahora todos los Hermes lo observaban en silencio parados frente a él. La fila, de repente, se había convertido en una multitud.

—Vuelva a la fila, revoltoso —dijeron desde algún punto de la multitud.

—Degenerado —agregaron desde otro punto.

Y, finalmente, un coro de voces al unísono concluyó:

—El diablo es puerco.

Hermes titubeó de nuevo y, en silencio, regresó a su lugar.



En las noches, las luces de la oficina se apagaban, pero el tablero no. Los Hermes dormían, unos junto a otros, usando las chaquetas como almohada o como cobija. Cada dos o tres días, Nicolás aparecía en la mañana y acompañaba a los Hermes, por turno, a una ducha dispuesta para los viajeros en el tiempo. Aquel ir y venir era lo único que ocasionaba que la fila se moviera. Antes de dormir, bajo la luz roja del tablero, nuestro Hermes siempre sacaba la foto de Julia y la ponía junto a su cabeza; también sacaba el pañuelo del bolsillo, lo olía y cerraba los ojos deseando soñar con ella.

A la mañana del octavo día después de su llegada, nuestro Hermes tuvo turno de baño. Mientras iba al aseo, escuchó cómo los otros Hermes murmuraban al verlo; escuchó que algunos lo llamaban: “el Hermes revolución tercero”. La ducha fue corta, pero el agua estaba tibia y el lugar estaba limpio. Al salir, vio que Nicolás lo esperaba en la puerta, comiendo una manzana.

—¿Cómo le fue a don Hermes revolución tercero? —dijo Nicolás, al verlo salir.

Hermes le sonrió sin mostrar los dientes y se paró junto a él. Se recostó en la larga pared del baño.

—Cómo me gustaría un poquito de sol pa' los huesos.

Nicolás tragó rápido y se acomodó las gafas.

—Don Hermes, pues regrese a su casa.

Hermes lo miró en silencio, sacó una peinilla del bolsillo trasero del pantalón y comenzó a acomodarse el pelo con cuidado. ¿Qué iba a hacer cuando necesitara cortarse el pelo?

—¿Y qué le digo al doctor Mendoza?

Nicolás comenzó a reírse.

—Don Hermes, preocúpese por doña Julia. ¿Cómo le va a explicar que lleva ocho días perdido? Va a pensar que se fue con otra.

Hermes sonrió con tristeza. Ya había perdido la matiné. Un pequeño hueco se formó en su pecho.

—Sea serio, Nicolás. Para usted todo es libertinaje. Si no me va a poner atención, lléveme a la fila.

Frente a ellos, a unos diez metros, estaban otros Hermeses esperando su turno. Nuestro Hermes se sintió como si estuviera flotando en la orilla de un río que se mueve muy despacio. Nicolás le dio un último mordisco a la manzana y se limpió las manos contra el pantalón.

—Esta no es la primera vez que me pregunta qué decirle al doctor Mendoza. Y tampoco es la primera vez que le respondo, don Hermes. Y eso que se supone que el terco soy yo.

Nicolás mostró los dientes y soltó su risa ahogada.

Hermes no se rio. Guardó la peinilla y se metió las manos a los bolsillos.

—Pensé que era la primera vez que estaba aquí —dijo, mirando el suelo. Estuvo así un rato, como rezando. Luego levantó la cara y preguntó con voz baja—: Si esto ya había sucedido, ¿qué pasa después?

Nicolás lo miró serio. Sus ojos negros se veían grandes y fríos tras sus gafas.

—Eso no se lo puedo decir, pero va a tener tiempo para decidirlo.

Hermes sacó las manos del pantalón, miró a Nicolás y, cerrando los ojos e inclinando la cabeza, le expresó su agradecimiento. Solo dio tres pasos hacia la fila y se detuvo; regresó la mirada para echar un vistazo a Nicolás.

—Entonces, ¿esta es la tercera vez que viajo?

Nicolás negó con la cabeza.

—Aquí el tiempo es multidimensional. Otras versiones de usted han ido y han venido muchas veces. Imagine todos sus “yo” como trenes que van y vuelven por la misma vía y, al final del día, regresan a la misma estación.

Hermes asintió, se despidió de Nicolás desde lejos y caminó solitario de regreso a su lugar en la fila.



Esa noche, nuestro Hermes no pudo dormir. Había pasado la tarde intentando encontrar alguna forma de lograr que su futuro con Julia fuera posible. De entre las decenas de Hermeses con quienes habló, solo uno le había dado información útil. Se trataba de Hermes 512: una ver-

sión idéntica a él, con el que compartía una línea temporal muy cercana, pero que tenía ese número tatuado en el cuello.



Hermes 512 le contó que el “Hermes revolucionario segundo” había logrado tramitar una ley anti burlas a finales de los setenta. Después de eso, la querida Julia del Hermes revolucionario se-

gundo había sido procesada y encarcelada por hacer chascarrillos inocentes (“y muy inteligentes, por cierto”, le comentó 512) sobre el presidente de turno: un enanito de corbatín, chaleco y gafas de marco grueso. El éxito de la ley del doctor Mendoza, en el mundo de ese Hermes, le había dado paso a un gobierno totalmente carente de escrúpulos que terminó desatando una guerra civil. La muerte y destrucción que había causado en su mundo, sumado a la imposibilidad de tener a Julia, había obligado a Hermes revolucionario segundo a viajar de nuevo en el tiempo para arreglar la situación. Tal vez en ese mismo momento, el Hermes revolucionario segundo, estaba esperando su turno bajo la luz roja del tablero.

Para calmar su insomnio, nuestro Hermes se quitó la chaqueta la dobló y la puso como almohada. ¿Y Julia? qué pasaría con la hermosa

sin par, Julia Solano, Dios mediante, de Pinzón. Los otros Hermes seguían allí, yendo y viniendo indefinidamente, trataban infructuosamente de enmendar el país; una y otra vez solucionaban las pendejadas que habían hecho. ¿Ese sería su futuro?, ¿una fila interminable?, ¿nunca se iba a casar? Hermes buscó el pañuelo entre su ropa y se lo llevó a la nariz. El perfume de Julia ya se había ido. Se dio vuelta, sacó el celular del bolsillo, abrió una foto de Julia y besó la pantalla. Luego lo guardó y vio a lo lejos el tablero. Se giró de nuevo y luego se sentó. Extendió sobre sus piernas el pañuelo que aún tenía en su mano y lo dobló con cuidado. Tomó el maletín donde guardaba el control, las pocas provisiones que le quedaban y los papeles del doctor Mendoza, sacó las hojas y guardó el pañuelo allí.

–Condenado doctor Mendoza –murmuró, arrugando los papeles.

–Deje dormir, revoltoso –gritó uno de los Hermes a lo lejos.

Después de pensarlo mejor, Hermes aplanó los papeles con la mano para quitarles las arrugas y los revisó; apenas podía leer el contenido en la oscuridad. Cómo era posible que el doctor Mendoza lo enviara, una y otra vez, a esa misión suicida, se preguntó indignado. Envolvió los papeles con la chaqueta para hacerse una mejor almohada, abrazó el maletín con el pañuelo adentro y cerró los ojos. ¿Acaso había algo que pudiera hacer para evitar un nuevo exabrupto y garantizarse un futuro con su amada Julia?

–¿Y qué pasaría si no continuo con la misión del jediondo doctor Mendoza? Viejo, carenalga –se preguntó nuestro Hermes entre dientes.

Hermes soltó una sonrisa por pensar en ese exabrupto. Se dio media vuelta para acomodarse y se imaginó al doctor Mendoza con una nalga en la cara. Lo invadió una risa ligera, que luego crecería hasta convertirse en una carcajada que Hermes se esforzaba en contener. En ese instante dos pensamientos chocaron en su cerebro: la burla era necesaria y lo hacía feliz.

El siguiente paso era obvio:

–¿Cómo me largo de aquí?

Un Hermes de voz gangosa y nasal le respondió:

–Chiflamicas hormonado y testiculado, deje dormir.

Con una sonrisa en el rostro y algo más de esperanza, pensando en su amada Julia, queriendo comprar de nuevo las boletas para la matiné, entendió que solo ese metido, zarandajo, majadero, estómago sin fin, zángano de Nicolás lo podía ayudar.



Nicolás se acomodó las gafas y recibió el sándwich. Con cuidado, lo des envolvió y le dio un gran mordisco. Tragó despacio, siempre mostrando una cara de absoluto placer.

–Don Hermes –Nicolás le dio otro mordisco al emparedado–, eso es muy fácil: salga de la fila y active la puerta de regreso con el control. Usted sabe cómo es. Es el mismo proceso que para llegar.

Hermes recordó la puerta y también la imagen que se había materializado en su mente al llegar: la de una multitud protestando frente al congreso. Ahora se preguntaba si eso había sido un recuerdo suyo o la realidad de alguno de sus hermanos que había desencadenado el fin de su mundo.

–¿Y eso es todo?

Nicolás asintió con la boca llena. Levantó la mano para pedir un minuto y tragó.

–¿No me trajo algo para tomar? El jamón está seco.

Hermes sacó del maletín una botella con jugo de guayaba y se lo entregó a Nicolás.

–¿Y eso es todo?

Nicolás destapó el jugo y bebió.

–Ahhhh, manjar de dioses. Elixir de la vida, tormento de los imperios.

Hermes se acomodó las gafas y frunció el ceño; comenzaba a perder la paciencia.

–Sí, don Hermes, eso es todo. El vórtice temporal está programado para regresar de forma automática a su dimensión y a su tiempo. Solo tiene que decidirse y cruzar.

Hermes se acomodó las gafas, sacó el pañuelo y se secó el sudor. Algo lo hacía dudar: no podía ser tan fácil. Si era así de sencillo, ¿por qué todos los Hermeses seguían aquí? ¿Por qué no habían regresado todos a vivir una vida tranquila con Julia? Quizá la clave era Julia, acaso ¿ese era el secreto? Se sintió afortunado. Del maletín sacó el último jugo, de lulo. Lo destapó y lo alzó frente a Nicolás.

–Por el amor. ¡Salud!

–Y por Messi, el más grande, che –agregó el Hermes argentino, que había sacado su propio juguito, uno de naranja sin azúcar.

–¡Salud! –dijo Nicolás.

Los tres hombres chocaron los cristales y bebieron.

–Joven, que le nutra ese emparedado. Yo me voy para mi casa –dijo nuestro Hermes.

Nicolás, como haciendo una venia, le indicó el camino.

–Don Hermes, me alegra que deje de ser tan porfiado. Usted debería aprender, don Hermes. –dijo Nicolás, mirando al Hermes argentino.

–Tomátelas, pelotudo, si no querés que te dé una piña.

Nuestro Hermes sonrió, dio un paso al frente y salió de la fila. El maletín y los papeles se quedaron regados en el piso. Los otros Hermes lo miraban de reojo. Comenzó a caminar hacia la puerta que se formó cuando activó el botón de BACK en el pequeño control que ahora estaba en su bolsillo, pero, antes de llegar, se detuvo y dio media vuelta. Tratando de imitar la voz de su hermano rioplatense lo mejor que pudo, lo increpó:

–Che, ¿vos por qué sigues aquí?

–Es mi oportunidad para ver el último superclásico de Francescoli en el Monumental. Me pinta. Si no viajás en el tiempo, no conseguís boleta, hermano.

Nuestro Hermes sonrió. Eso sí era una misión de vida o muerte. Se dio media vuelta y retomó el camino de salida.

–El diablo es puerco –dijo antes de partir.



El viaje de regreso de Hermes a su dimensión y a su momento del tiempo fue más fácil. Solo surgió de su pelvis un vértigo extraño que lo abalanzó hacia adelante, generando una sostenida sensación de vacío profundo, como la que se siente al caer en picada. Cuando terminó el salto de regreso, Hermes quedó parado en medio de la Plaza de Bolívar, justo frente al congreso. El corazón le latía a toda marcha y sentía la tensión de sus músculos. Tenía una sensación física extraña, como si acabara de ejercitarse; después, una gota de sudor recorrió de principio a fin su amplia frente.

Despacio, caminó hacia las escaleras del lado occidental y se sentó a esperar que se le pasara el vértigo. La plaza estaba llena de personas diferentes, no había otros Hermes o un Nicolás. Eran cientos, había personas viejas y jóvenes, de todas las filiaciones, géneros y orígenes, todos se comenzaban a reunir frente al capitolio para protestar.

Estaban reunidas para proteger su ley de libertades; desde afuera del congreso participaban, empujaban, insultaban y gritaban para que se mantuviera la ley. El tumulto hacía una algarabía: había gritos, cantos, tambores, arengas, pitos y vuvuzelas. Un grupo de mujeres mayores se acercaron y le entregaron a Hermes una diadema con dos cuernos.

–El diablo es puerco. El diablo es puerco –gritaban, mientras sacudían una gran pancarta con la imagen del doctor Mendoza a la que le habían pintado unos cuernos.

–El diablo es puerco –les reafirmó Hermes con timidez. Luego, se puso la diadema y repitió, esta vez con más seguridad–, el diablo es puerco.

Un grupo de jóvenes le respondió con una risa. Seguramente se veía extraño sudado y hablando solo en medio de la multitud. Hermes les sonrió: todos tenían derecho a reírse. Luego se puso de pie y comenzó a caminar hacia los cerros; tenía una misión, pero antes debía ver a Julia y recoger su atomizador.



–Mi querido, llegaste como caído del cielo –dijo el doctor Mendoza, honorable padre de la patria y senador de la República. Se dio la bendición agachando la cabeza–. Llegaste a la mejor hora posible. Estos desalmados insolentes me van a volver loco con sus protestas y sus carteles.

Mendoza se puso de pie y le estiró la mano a Hermes. Hermes no se movió ni pronunció una sola palabra. Mendoza ni siquiera notó que Hermes no lo saludó, estaba alterado, se movía de un lado al otro, hablaba rápido.

–¿Qué buenas noticias me traes? –el senador se inclinó sobre la mesa–. ¿Lo logramos? Los cambios deben estar por acontecer. Es solo cuestión de tiempo. ¿Sabes qué?, brindemos.

El senador rodeó su gigantesco escritorio, fue hasta una pequeña licorera de cristal y sacó su mejor whisky. Tomó dos vasos y comenzó a servir. Hermes solo lo seguía con los ojos; estaba tranquilo, socarrón. Mendoza continuó:

–El sistema es infalible, Hermes, y ahora nosotros mandamos. En unos minutos ese ruido ensordecedor de la chusma va a desvanecerse, como agua que se seca –Mendoza volteó a mirar a Hermes que seguía detrás de él. Pareció notar por primera vez que seguía parado, inmó-

vil—. El sistema es perfecto. Lo más increíble, Hermes, es que los más peligrosos de esos revoltosos, los que hicieron esas pancartas y memes burlándose de mí, los que cantaron esas arengas, todos van a aparecer en la cárcel automáticamente. Y ni se van a dar cuenta de qué pasó. Ya todo está preparado.

El senador se dio la vuelta, en cada mano sostenía un vaso de whisky a medio llenar. Hermes seguía en su lugar; respiraba calmado, casi se sentía flotar. Si se detallaba bien, en su rostro se empezaba a formar una sonrisa.

—Brindemos, Hermes: ¡Por el futuro! —dijo Mendoza, estirando su brazo para ofrecer el vaso.

Hermes seguía sin inmutarse; por unos segundos no reaccionó, pero al final se terminó de delinear su sonrisa en el rostro. Al notarlo, el senador titubeó, miró hacia su escritorio y hacia la ventana que daba a la plaza. La marcha en su contra seguía ahí. La reacción de Hermes fue cosa de segundos: desenganchó el atomizador que tenía agarrado de la cintura y lo apuntó contra el senador.

—Las manos arriba —dijo despacio. Estaba tranquilo; una fuerza renovada surgía de él.

El senador miró el atomizador fijamente, con el whisky en la mano. Aún le costaba entender qué sucedía. Estaba concentrado mirando el rociador, cuando Hermes lo accionó. Por instinto, Mendoza trató de cubrirse la cara y los vasos cayeron al suelo, explotando en cientos de pedazos.

—¡Seguridad! —gritó desesperado, abriendo muy bien la boca.

Hermes aprovechó el momento y lanzó un segundo chorro directamente a la garganta del senador, que se llevó las manos al cuello y empezó a toser.

—No... no me mate —dijo Mendoza con los ojos llenos de lágrimas, en medio de la tos.

Hermes dio un paso apuntando con el rociador más cerca al rostro de Mendoza. El Senador comenzó a caminar hacia atrás, asustado, hasta chocar contra la ventana. Mendoza sentía cómo el ruido de la manifestación hacía vibrar el vidrio. Hermes, con su mano libre, tomó la botella de whisky y bebió.

—Traidor —dijo Mendoza, pegando el mentón al cuello y cerrando fuertemente los ojos.

Hermes bebió otro sorbo directo de la botella. El senador Mendoza abrió uno de sus ojos para percatarse de los movimientos de Hermes; luego, cuando se sintió seguro, abrió el otro ojo.

–Usted era un buen elemento, Hermes. ¿Cómo pudo traicionarnos?

Hermes le acercó el atomizador a la punta de la nariz.

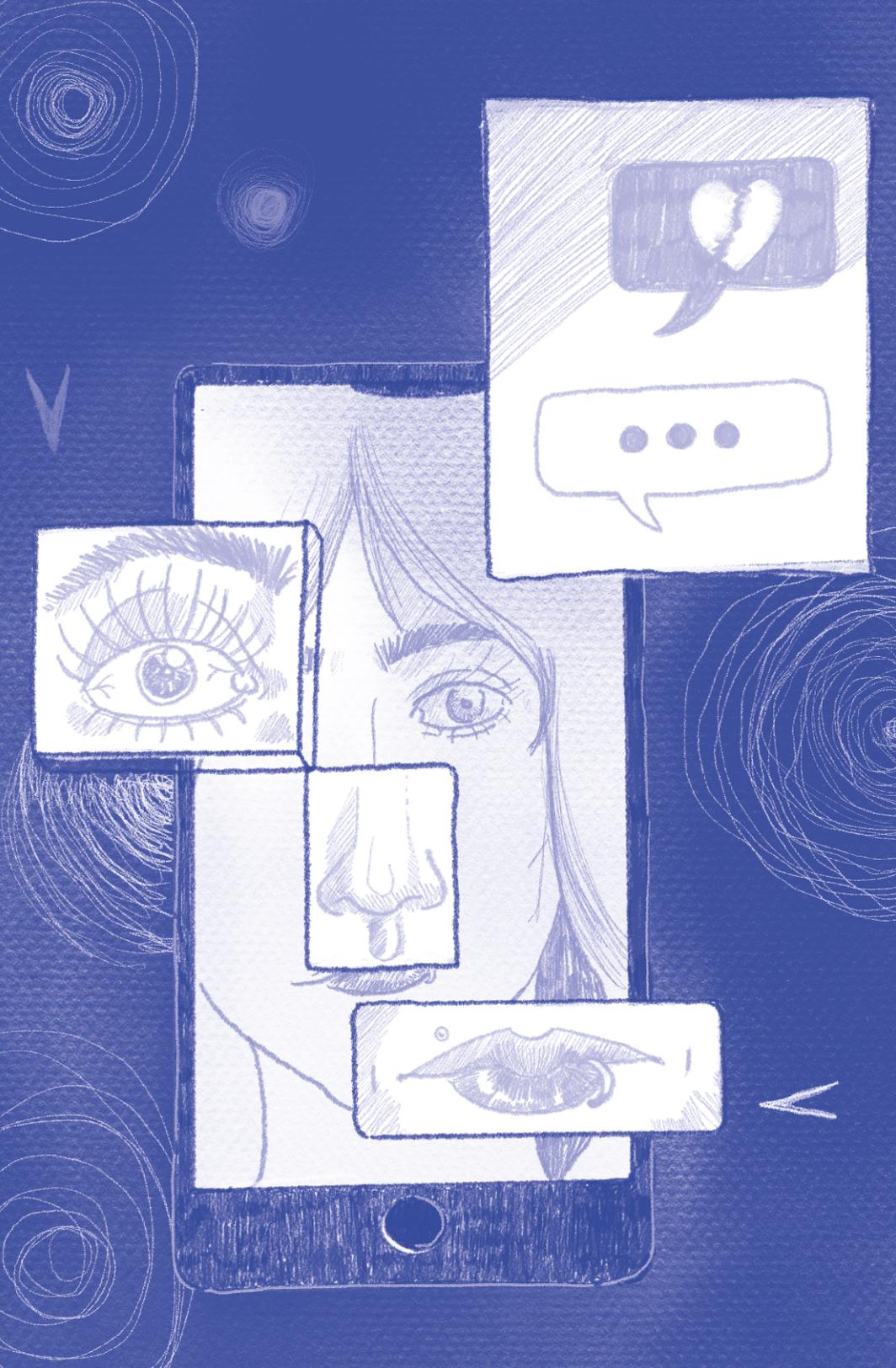
–El diablo es puerco, doctor. El diablo es puerco y hace rato que ronda el país –dijo Hermes.

Hermes dejó la botella de whisky sobre la mesa y de su maleta sacó la diadema con cachos. Con la mano libre se la puso con cuidado al senador. Sonrió y sacó su celular para tomarle una foto.

–No se preocupe, doctor –dijo– Aunque el sistema no es perfecto, ya le llegará su merecido.

Hermes caminó hacia atrás y bajó el atomizador. Se dio media vuelta y salió por la puerta. Afuera, entre la multitud, lo esperaba Julia.





Disolución

Juan de Brigard

“Si el combustible fuera fuego,
el agente y el objeto serían uno.
Si el fuego fuera diferente del combustible,
entonces podría surgir sin combustible”.

(Nagarjuna - *Versos fundamentales del camino del medio*)

I.

Propuse que nos viéramos a las 4:00 p.m. en ‘Lombardi’: un café que abrió hace menos de tres meses en San Felipe. Además de ser un lugar conveniente para los dos, porque está equidistante entre ambos apartamentos, en el tiempo que lleva

operando ha obtenido excelentes reseñas y tiene esos nuevos datáfonos de retina. Abre a las 9 a.m. y cierra a las 10 p.m. Llegué a las 3:42 p.m.

Aunque no es la primera vez que usa la aplicación, las primeras citas le siguen dando algo de nervios: una mezcla entre anticipación e incertidumbre que le resulta agradable, pero un poco intimidante. Falta un cuarto para la hora que acordaron: las cuatro. Llegó hace un par de minutos y pidió un café, que está tomando a sorbitos, y una botella de agua con gas. Para que puedan identificarse mutuamente, le escribió que lleva una chaqueta ligera azul aguamarina y pantalones negros. Es una descripción suficientemente vaga como para sentirse a gusto, pero suficientemente específica para reconocerse.

[Yo a las 3:46 p.m.]

Estoy en las mesitas de afuera. Chaqueta agua marina y pantalón negro. Me pedí un café. ¿Te voy pidiendo algo?

[Sergio B a las 3:51 p.m.]

Ya te llego. Guardo la bici y voy.

Está cerca. Para pasar el tiempo hago zapping entre aplicaciones. Reviso las métricas de la rutina de natación de ayer: el ritmo cardíaco está dentro de mis límites normales, pero el tiempo en movimiento se redujo y el promedio de brazadas también; los ciclos de sueño de anoche son un poco más cortos que los del resto de la semana. Abro su perfil una vez más: Sergio, 34, 1'71, biólogo. 'Me dedico a pensar en las células con las que pensamos' dice, seguido del emoji animado de un cerebro. En dos fotos aparece con un perro: un border collie negro y blanco.

Sergio llega y la saluda desde lejos mientras se quita el casco. Viste un saco grueso de lana gris que disimula torpemente una panza incipiente. Tiene la cabeza rapada, como para completar la tarea de la calvicie, y una barba desordenada que empieza a canar. Al mirarlo, ella no siente mariposas en el estómago; decir que siente algo más que

una tímida oruguita sería una exageración. Sin embargo, ya está allí, nada pierde con darle una oportunidad.

—¿Adriana? —pregunta él torpemente.

—Sergio —responde ella, sin vacilar—. Bueno, está muy bien que uses casco, sería sospechoso que alguien que aprecia tanto los cerebros, no protegiera el suyo.

El chiste cae bien y Sergio se ríe mientras toma asiento, pero la sonrisa le produce a Adriana una inquietud desagradable. La conversación avanza con dificultad y, salvo por el lapso en que Sergio explica que su obsesión por los cerebros en realidad se deriva de su interés por el problema de cómo la conciencia puede emerger en un medio material, Adriana se aburre y siente el cansancio del mal dormir de anoche. La conversación los lleva luego al trabajo de Adriana: ella gerencia los equipos de interacción automatizada para una compañía de servicios digitales.

—Soy algo así como una supervisora de call center glorificada —dice—. Lo único diferente es que los empleados de cada equipo son algoritmos. La casa matriz está en Corea, pero los coordinadores de automatización están la mayoría aquí en Colombia. Esos sí son personas con cráneos de hueso y cerebros dentro. Aunque, cuando hablo con ellos, a veces hasta de eso tengo dudas.

Sergio, entre nervios y atracción, ríe demasiado para ese chistecito inerte. Su sonrisa inquieta de nuevo a Adriana, que ha empezado a tomar una decisión para sí misma: estuvo bien, pero no habrá segunda cita. Al cabo de un rato, cuando la conversación ha muerto naturalmente, Adriana le explica que ha quedado para una videollamada con una amiga que vive en México y se despiden con amabilidad, evadiendo la cuestión de si se verán nuevamente.

La cita duró 42 minutos, son las 4:38. Vuelvo al apartamento caminando, alejándome poco a poco de Sergio. En el trayecto recibo un mensaje.

[Tatia México a las 4:43 p.m.]

Adri! No llego, me movieron una entregota de la universidad y me toca clavarme hoy. ¿Lo dejamos para el domingo?

[Yo a las 4:45 p.m.]

Dale! Cuando te desocupes cuadrarnos.

En el televisor de la sala vuelvo a la serie. Va por el cuarto capítulo de la tercera temporada. Pido a domicilio una caja de arroz chino, dos spring rolls y dos cervezas. El sensor del reloj indica que los ciclos de sueño de hoy no son mucho mejores que los de ayer.

A Adriana la despierta, más temprano de lo que querría, la luz que se cuele a la sala; el sol se asoma sobre la densa y oscura capa de smog matutino. Se quedó dormida en el sofá. Su boca está seca por la sal de la salsa de soja y la cerveza. Como un acto reflejo, lo primero que hace es agarrar el celular. Tiene la misma notificación en seis redes sociales: 'Sergio Turriago ha empezado a seguirte.'

**Sergio Turriago ha empezado a seguirme.
Sergio Turriago ha empezado a seguirme.**

"Turriago", entonces así es que se llama. Aunque la inquieta un poco y piensa que pudo haber sido más cortante, decide no darle mucha importancia. 'Hoy en día encontrar a alguien en las redes es muy sencillo y no vale la pena darle muchas vueltas' piensa mientras desliza las notificaciones como espantando moscas. La inquieta más la siguiente notificación de la lista: un mensaje de Eduardo, el más reciente ingreso de su equipo, que entró como coordinador de automatización para una tienda especializada en artículos de mascotas.

[Eduardo a las 6:03 a.m.]

Adriana, disculpa que te escriba en sábado y tan temprano, pero es que hay un problema con el registro final de solicitudes en el servidor.

Recibo 5 mensajes de voz más. Juntos tienen una duración total de 8:32 minutos.

para sí, mientras comienza a reproducirlos y trata de estimar cuánto le tomará resolver esta sorpresa ingrata. Una vez ha terminado de escuchar, tiene un diagnóstico provisional (parece que Eduardo desactivó, en la interfaz de servicio automatizada de la tienda, una validación de seguridad que está para prevenir la duplicidad en las órdenes, el sistema está asumiendo que todas llegan duplicadas, por lo que ninguna queda registrada). Comprende que, entre la reasignación de permisos de administrador, la corrección de la interfaz y la revisión –seguramente manual– de cada orden se tardará al menos una buena hora en una llamada con Eduardo para dejar todo funcionando nuevamente. La corrección completa será cuestión de un par de días. Para que sus planes no cambien demasiado decide desayunar y salir hacia la cafetería de la piscina, trabajará desde allá y, con suerte, aún podrá usar su reserva de las 10:00 y despejar la cabeza un rato nadando.

Pido un vehículo hasta el complejo acuático. Llegará en aproximadamente 4 minutos. Escribo:

[Yo a las 7:34 a.m.]

Uf, Eduardo, ibas metiendo la pata. Menos mal me avisaste. Te llamo en media hora y lo resolvemos.

Conozco las direcciones de origen y llegada, podría guiarme sin encender los servicios de ubicación, pero de todas formas lo hago.

El espacio de la cafetería es tranquilo y amable. Se pueden ver los cuatro carriles. El ambiente del lugar, el eco del chapoteo del agua, el olor a cloro al que está tan acostumbrada, el hecho de que todo el servicio más allá de la recepción sea automatizado y no implique la interacción con nadie, y su puesto fijo –pues sólo dos mesas conforman el salón y las caras siempre son las mismas– la hacen sentir segura y en paz.

Inicio el computador y compro un café. Llamo a Eduardo que

contesta desde su casa. Los logs indican que estuvo trabajando hasta tarde en la noche. Hizo varios intentos por resolver el problema antes de escribirme y, aunque algunos habrían podido tener un buen resultado, no logró progresar mucho. Lo que sí hizo fue duplicar todos los pedidos después de las 8:34 p.m., con lo que el número total de órdenes atrasadas es de 54.

Los servicios de ubicación siguen encendidos. Alguien los consultó.

La llamada ya va para hora y media, pues el problema es más complejo de lo que Adriana había pensado originalmente; sólo le queda esperar que Eduardo aprenda de su error.

En medio de la tarea una sombra llama la atención de Adriana. Levanta la mirada y se encuentra con la inquietante sonrisa de Sergio, que está parado frente a su mesa, saludándola con la mano y a la espera de que se quite los audífonos para hablarle.

Está perpleja. ¿Es posible que sea una casualidad? Casi quiere creerlo para sentirse más tranquila, pero no consigue convencerse: Adriana viene a nadar todas las semanas y nunca antes había visto a Sergio ahí. Tampoco recuerda haberle hablado de ello ayer durante la cita, ni mucho menos haberle dicho en qué piscina está inscrita. Decide no quitarse los audífonos y saludarlo con una sonrisa a medias, indicándole, con un gesto de la mano, que tiene toda su atención puesta en el trabajo y que definitivamente no la va a compartir con él. De reojo, y fingiendo más concentración en el computador de la que el encuentro le permite mantener, ve a Sergio dar un par de vueltas torpes alrededor del lugar y sentarse en una banca junto a la piscina. Cada cierto tiempo la mira, pero Adriana pretende no notarlo y disimula su incomodidad. Al cabo de un rato él saca una tablet que, por fin, parece distraerlo de ella.

La pantalla del computador indica que son las 9:24 a.m. Adriana por fin ha terminado la llamada con Eduardo y, salvo por las órdenes que él aún tendrá que revisar, todo está marchando nuevamente. Sin embargo, con la presencia de Sergio, no quiere quitarse los audífonos y tampoco tiene la menor intención de dirigirse al vestier. Su reserva de las 10:00 se va a desperdiciar. Esperando que la tablet todavía esté



captando toda la atención de Sergio, Adriana apaga y guarda el computador y sale rápidamente a tomar un carro en la calle, mientras le da vueltas a la idea de lo infortunado que sería haberse sacado un acosador en la rifa de Bumble.

En el trayecto de vuelta a casa abro otra vez las redes. Visito de nuevo cada uno de los seis perfiles de Sergio.

Ninguno parece tener nada extraordinario, pero en todo caso ¿cómo se ve el perfil de un acosador? Una notificación interrumpe la unilateral indagatoria digital.

[Sergio Turriago a las 9:28 a.m.]

¿Cambio de planes?

Adriana se pregunta si lo mejor será simplemente bloquear el número, con lo que se bloquearían todos los perfiles asociados. Ya sólo quiere tratar de olvidar que este intercambio ocurrió. Con un poco de optimismo y tratando de hacer caso a su intuición, decide bloquear el número y esperar lo mejor.

Bloqueo a Sergio Turriago.

Al llegar de vuelta a casa se da cuenta de que no ha hecho más planes y piensa abrir nuevamente Bumble para darse otro chance, pero el mal sabor de boca no se ha ido del todo. Decide, más bien, preparar algo para almorzar y, después de comer, salir a aprovechar la tarde caminando por los andenes rotos de Bogotá. Quiere pensar en algo distinto. Para despejar la cabeza deja su celular en el apartamento, aunque suponga enfrentarse a la ciudad sin la compañía y la protección de la música.

Desbloqueo a Sergio Turriago.

El placer que supone estar lejos de sus redes desaparece poco después de volver: la pantalla muestra nuevamente notificaciones de Sergio Turriago. Ocho.

[Sergio Turriago a las 9:50 a.m.]

Hola, pasó algo raro, por un momento no pude escribirte.

Pero bueno, como que ya se arregló.

[Sergio Turriago a las 9:51 a.m.]

¿Todavía estás por acá? ¿Nos vemos?

[Sergio Turriago a las 9:54 a.m.]

Yo sigo en la piscina. Porfa confirmame.

[Sergio Turriago a las 9:56 a.m.]

¡holaaa?

[Sergio Turriago a las 2:14 p.m.]

Hola de nuevo. Adriana, quedé confundido por lo que pasó esta mañana.

¿Está todo bien? Si te tuviste que ir no pasa nada, pero habría sido más amable que me avisaras. Quedé un poco perdido de que te fueras sin decir nada.

Más que por el contenido, Adriana está desconcertada por el hecho de haber recibido los mensajes. Está segura de haber bloqueado el número de Sergio, ninguna cuenta asociada a este número debería poder enviarle mensajes. ¿Cómo consiguió desbloquearse? Decide enviar un último mensaje para cerrar las dudas.

[Yo a las 5:49 p.m.]

Sergio, lamento no haber sido clara ayer. No tengo interés en que nos volvamos a ver. Por favor no me escribas más ni me busques.

Bloqueo a Sergio Turriago.

Esto tiene que ser suficiente. No quiere imaginar un escenario en que no lo sea. Su sábado no está acabando nada bien, pero un mensaje de Tatiana, que llega mientras recalienta las sobras del almuerzo, le levanta el ánimo:

[Tatia México a las 7:12 p.m.]

Adri!

Ya estoy logrando salir de cosas.

[Tatia México a las 7:13 p.m.]

¿Te queda bien mañana por la mañana, a las 9?

[Yo a las 7:14 p.m.]

Siiii! Uf, tengo que contarte una cosa muy rara.

Programo un recordatorio: ‘Llamar a Tatia’, a las 8:45 a.m del domingo 18 de octubre.

Entre las cervezas, los mensajes de su amiga y la distracción de la serie en televisión, la desazón del día se disipa. Adriana consigue quedarse dormida.

La persistencia de ciclos de sueño irregulares podría ser síntoma de una condición subyacente de salud. Es recomendable que agende una cita médica para consultarlo.

En uno de sus raros gestos de generosidad, Bogotá ha decidido ofrecer una mañana soleada de domingo. Con la luz que entra por la persiana Adriana se despierta. Tiene el ánimo maltrecho, no ha dormido muy bien. Por suerte en su teléfono no hay notificaciones de Sergio, sólo una de la aplicación de monitoreo de sueño: ‘La persistencia de ciclos de sueño irregulares podría ser síntoma de una condición subyacente de salud. Es recomendable que agendes una cita médica para consultarlo.’ Adriana, aunque cansada, no le da importancia y comienza a imaginarse el desayuno que va a preparar para la llamada con Tatiana.

Busco la receta de tostadas francesas que Tik-Tok sugirió hace dos

días. En la nevera tengo todos los ingredientes. A las 9:06 a.m. llamo a Tatia México desde el televisor en la sala.

Con un suntuoso plato de tostadas francesas bañadas en mantequilla y miel, Adriana se sienta frente al televisor, donde la imagen de Tatiana la espera. Se saludan cariñosamente, con la familiaridad extraña de quienes, conociéndose íntimamente, están reducidos al contacto virtual. Adriana pregunta por las entregas académicas, por la ola de calor y por las noticias de las sequías en el norte de México. Tatiana trata de despachar el asunto rápidamente preguntándole a Adriana por el tema que le anticipó:

–¿Qué es lo que me tenías que contar tan urgentemente?

–Pues... *esta semana salí con un tipo en Bumble. Se llama Sergio.*

–¡Uuuuy! –responde su amiga tratando de inyectarle emoción al tono frío de la respuesta.

Adriana sólo responde con un gesto negativo que le hace preguntar a Tatiana:

–Bueno, pero... *¿cómo les fue?*

Adriana le relata la cita en Lombardi y el encuentro en la piscina. También le cuenta de su decisión de huir del lugar para evadir a Sergio.

–*Pero lo más extraño de todo* –dice, cerrando la historia– *es que luego lo bloqueé y un par de horas después su número se desbloqueó. Así, de la nada. No sé, fue muy raro. Me asusté y le mandé un mensaje cortante. No sé si estoy siendo paranoica o si el tipo es un hacker y logró desbloquearse. ¿Debería preocuparme?*

–*Pues raro sí está. Pero hiciste las cosas bien y ya le dejaste todo muy claro. No te comas la cabeza, dale un par de días. A lo mejor ya no vuelve a buscarte. Pero eso sí: si pasa algo, cualquier cosa, me escribes y pensamos qué hacer.*

–Gracias, Tatia.

A las 10:12 a.m. cuelgo la llamada con Tatia México.

Con el ánimo repuesto por el desayuno y la charla, que duró más de una hora, Adriana decide ir a la piscina a nadar. Esta vez, como cualquier día antes del sábado, la sesión transcurre sin encuentros incómodos. A la noche tiene por fin un sueño reparador; parece que no

será necesario ir al médico.

Agendo una cita de medicina general para el miércoles 21 de octubre a las 8:30 a.m.

La semana comienza con tranquilidad. Eduardo parece haber solucionado el problema y le agradece a Adriana profusamente su ayuda: '¡Perdón! -le escribe- *te tuve trabajando todo el fin de semana.*' A Adriana el gesto le resulta exagerado, pero se toma bien la adulación. No está mal tener una pequeña deuda de gratitud a su favor.

Además, Sergio no ha vuelto a escribir, ni a manifestarse, por lo que la noche del martes, acostada en su cama, Adriana ya se encuentra a sí misma jugueteando con Bumble nuevamente, como una especie de autómatas que vuelve a una secuencia predeterminada. Pero hay una diferencia: ahora todos tienen cara de acosadores. Por lo pronto nadie se ha ganado su aprobación. A las 8:30p.m., una notificación interrumpe el catálogo de solteros: 'Recordatorio: cita de medicina general. Miércoles 21 de octubre, 8:30 a.m.' Adriana se incorpora. No recuerda haber agendado una cita.

Abro el calendario. Voy al miércoles 21 de octubre. Abro la cita de las 8:30a.m. 'Medicina general'. Reviso los detalles. Centro médico Colina, Cll 152-99, Bogotá. Recordatorio: 12 horas antes.

Allí está la cita médica e incluso el recordatorio, programado para mostrarse 12 horas antes. La cita está agendada en un centro médico al que no va hace más de tres años, cuando vivía en Mazurén. No debe ser más que un cruce en las bases de datos de las clínicas. Decide que en la mañana llamará para avisar que hubo una confusión, que no asistirá a la cita porque nunca la solicitó y les pedirá que limpien su registro de la base. Con la televisión encendida, se queda dormida en la mitad del segundo capítulo de la quinta temporada.

Los ciclos de sueño registrados en la noche del martes 20 de octubre son anormalmente cortos. Sigue el patrón irregular. A las 6:30 a.m. pospongo la alarma por primera vez. Suena nuevamente a las 6:40 a.m., a las 6:50 a.m. y a las 7:00 a.m. Después de

eso, la cancelo. Enciendo la ubicación. Hay tráfico moderado, la duración estimada del recorrido es de 38 minutos. Solicito un Uber que llega a la puerta a las 7:52 a.m.

El videoportero de la casa despierta a Adriana, que se levanta aturdida: el reloj da las 7:53. Al presionar el botón, la pantalla muestra a un hombre parado frente a la puerta.

–*Servicio de taxi para la señora Adriana* –dice, volviendo a subir al carro sin esperar la respuesta.

Aún atontada por el despertar abrupto, Adriana toma el teléfono y revisa las aplicaciones abiertas. Efectivamente, se pidió un taxi hace cuatro minutos, desde ese teléfono y con dirección al centro médico Colina. Confundida, Adriana cancela el servicio y observa el carro marcharse a través del pequeño monitor de la puerta. ‘Bueno –piensa– puede que a veces me enloquezca un poco, pero como para pedir taxis dormida tampoco.’ Preguntas e hipótesis empiezan a sobreponerse desordenadas en su cabeza: ¿la cita en el calendario pudo haber vinculado a Uber para programar el carro? ¿Sin confirmación? Los permisos de interoperabilidad habrían tenido que cambiar. Pero en todo caso ¿por qué estaba la cita agendada en primer lugar? ¿Habrá sido una actualización automática? No recuerda haber confirmado nada. ¿Un acceso remoto? Revisa sus cuentas del banco: parecen estar intactas a pesar de estar vinculadas al mismo número de teléfono que el calendario y Uber. Se atreve a ir un poco más lejos en sus maquinaciones: ¿será posible que Sergio esté involucrado? ‘¿Y por qué carajos querría Sergio agendarme una cita médica?’ se pregunta.

Aunque la hipótesis suene absurda, Adriana no consigue deshacerse de ella del todo. Casi había logrado no pensar en Sergio en todo el día anterior, pero hay algo en esa sonrisa amorfa que hace que no pueda dejar de proyectarla en su mente.

Recordatorio: revisión procesos Eduardo. Coworking Nodo - San Felipe 8 a.m.

Por estremecedor que sea todo esto, la constatación de que su cuenta de banco está intacta le ha hecho pensar que tiene aún tiempo para resolverlo. Además, debe seguir con su vida: hoy tiene una cita con

Eduardo en el coworking al lado de su casa para terminar de resolver el asunto de la tienda de mascotas. Ahora por posponer el despertador, va tarde. Se cambia, revisa una vez más el monitor de la puerta y, con una bocanada de aire tóxico de Bogotá, sale del edificio rumbo a su cita.

Enciendo los servicios de ubicación.

Sólo tres cuadras y media la separan de Nodo, una casa que fue construida en algún momento de los sesentas, pero a la que le pusieron las rejas negras que encierran el antejardín de concreto veinte años más tarde. Cuarenta años después de eso, desde que funciona allí un coworking, agregaron también un pequeño lector de iris. Adriana permite que registre su retina para desbloquear la puerta y dejarla entrar. Pasa frente a la recepción y, desde afuera, ve a Eduardo esperándola en una de las oficinas del primer piso. Cuando cruza la puerta constata que aún tiene carita de perro regañado; quizá por trabajar con mascotas algo se le ha pegado.

–*Hola, Adri* –saluda él, enérgico.

–*Hola Eduardo* –responde Adriana, disimulando poco la incomodidad que le produce el exceso de confianza.

Mientras se sienta y comienza a sacar su computador, Eduardo continua:

–*Ya sé que te lo había dicho, pero te agradezco mucho toda la ayuda el fin de semana. Yo pensé que el sábado ya lo habíamos podido solucionar. No pensé que nos tuviera trabajando todo el domingo.*

Adriana sonríe empática pero con un dejo de malicia.

–*¿Ah, sí? ¿Estuviste clavado el domingo con esto?*

Con un gesto de clara confusión, Eduardo contesta:

–*Estuvimos, ¿no?*

–*No, Edu, yo confié en que tú podías solucionarlo. El domingo hice pereza toda la mañana, hablé con una amiga y estuve nadando. No abrí el computador en todo el día.*

Eduardo se toma un momento para tratar de comprender, pero no lo consigue.

–*Pero Adri, si estuvimos chateando toda la tarde...*

La confusión también alcanza a Adriana.

¿El domingo?

—Sí, me ayudaste a solucionar la duplicación de los logs, a limpiar el dataframe, hasta creamos el circuito de verificación y la alarma, ya los pasamos a producción.

¿Circuito de verificación? ¿Alarma? Recuerda las tostadas francesas del domingo, pero no haber trabajado en una alarma.

—Eduardo ¿de qué estás hablando? Además sabes que no puedes subir cambios a producción sin mi visto bueno. —dice Adriana, cuya paciencia ya no aguanta otra vuelta por el circuito de verificación.

—¡Pero si lo hiciste tú desde tu cuenta! —responde él, a la defensiva.

Adriana deja de hablar y vierte toda su atención en el computador. Accede al *backend* y revisa el registro de actualizaciones. El último acceso es del domingo 18 a las 6:14 p.m. Desde su cuenta. Al revisar la entrada se encuentra con línea tras línea de un código completamente extraño. Una escritura que nunca había visto y que ni siquiera se parece al tipo de soluciones que ella conoce. Escribir algo así le habría tomado mucho más que un día de trabajo, quizá hasta un par de semanas; sin embargo, la entrada tiene su nombre de usuario y su llave privada. Nadie diferente a ella pudo haberlo enviado a producción.

Casi como si buscaran interrumpirla, en ese momento llaman a la puerta del cuarto. Eduardo se apresura a abrir y el recepcionista anuncia:

—¿Señorita Adriana? La buscan en la entrada.

Adriana, entre confundida y alterada, se pone de pie. Apenas ha llegado a la puerta principal cuando la ve detrás de la reja: es esa sonrisa de nuevo. Sergio, lánguido y testarudo, está parado frente a la reja, aún con el casco de la bicicleta y los reflectivos puestos. Al verla acercarse, la saluda agitando una mano mientras sostiene el celular en la otra; sonrío como si el mundo no se estuviera acabando.

Protegida por la reja, Adriana libera de un tajo toda la tensión contenida:

—¡¿Y tú qué carajos haces aquí?! ¿Cómo te enteraste de que yo estaba aquí? Pensé que ya te había dejado claro que no me buscaras más.

Sergio da un par de pasos hacia atrás. Aún con una barrera de por medio, Adriana ha logrado empujarlo con su grito.

—¡Me invitaste ayer y me acabas de escribir, otra vez, que venga! ¡Que pase antes de clase! ¡Me mandaste la ubicación, Adriana! ¿Y me recibes a gritos? ¿Qué putas te pasa?

—Ay, Sergio, estás muy grande para andar diciéndote mentiras

de ese tamaño ¿no? O dejas de stalkearme o pongo la denuncia. No te lo voy a advertir otra vez.

—¿Quién carajos madruga a stalkear a alguien? ¿Crees que no tengo cosas que hacer? Por tu culpa voy a llegar tarde a la universidad. Adriana, no te tengo la confianza para decirte esto, pero revísate.

En un gesto final, Sergio levanta el celular para mostrárselo. Adriana alcanza a ver una conversación: su foto de perfil aparece junto al nombre 'Adriana Call center Bumble'. El último mensaje recibido es un mapa que señala, mediante una gotita roja, el lugar exacto en que este intercambio ilógico está teniendo lugar. Lo acompañan tres palabras y un emoji: '¿Al fin vienes? :)'.
Sergio guarda el celular.

—*Con la que me hiciste en la piscina ya habría tenido que darme cuenta. ¿Pero sabes? Fresca, no hace falta que pongas ninguna denuncia, te garantizo que tú y yo nunca en la vida nos vamos a volver a ver.*

Se monta en su bicicleta y se va pedaleando hacia el sur.

Adriana está desarmada. Siente que brazos, tronco y piernas se van a separar de su cuerpo y que va a quedar desparramada en el antejardín de concreto mirando el cielo turbio de Bogotá, partida en trozos y sin poder moverse.

Las pulsaciones cardiacas están alcanzando valores peligrosos.

El reloj vibra en su muñeca reclamando su atención. Le avisa —como si ella no lo supiera— que tiene el corazón en la mano. Respira profundo y trata de calmarse. Entra nuevamente en el cuarto y apenas despidiéndose de Eduardo, cierra de un golpe el computador, lo empaqueta atropelladamente en el bolso y se va. Necesita pensar, necesita estar sola.

En las pocas cuadras que la separan de su apartamento, esboza un plan rudimentario. Primero revisa sus conversaciones: no hay mensajes enviados a Sergio ni a Eduardo. Luego revisa la actividad en sus cuentas: no hay registro de ingresos inesperados. Luego revisa las contraseñas: no hay modificaciones allí tampoco. Finalmente, en un intento desesperado, revisa el tráfico de datos. Allí está: toda la tarde del domingo su número y el de Eduardo intercambiaron paquetes, pero las conversaciones en el chat no lo reflejan. Y más preocupante aún: también con el número de Sergio, al parecer, ha estado intercambiando da-

tos desde el pasado viernes. El tráfico indica que envió archivos pesados que tienen que ser fotos o videos, incluso ahora mismo sigue enviándole información. El tráfico de datos se detiene de pronto.

[Yo a las 8:21 a.m.]

Tatia, no tengo ni idea cómo pero me hackearon todo! TODO!
Voy a cerrar mis cuentas por un tiempo mientras entiendo qué putas
está pasando.

[Yo a las 8:22 a.m.]

No te preocupes. Yo estoy bien. Apenas pueda vuelvo a aparecer.

Las siguientes horas transcurren en un frenesí. Cambia contraseñas y cierra sus cuentas personales: Bumble, Uber, todas las redes sociales personales, todos los servicios vinculados a su número de teléfono, incluso las suscripciones de *streaming*. Cambia todas las contraseñas. Cierra todo. Retira los permisos de ubicación de su teléfono y lo apaga. Hace lo mismo con su reloj y se lo quita. Sólo quedan los canales de comunicación del trabajo. Duda. Reconsidera. Revisa una vez más sus opciones y toma una decisión. A través de la plataforma de comunicaciones con la casa matriz en Corea, escribe un mensaje que se traduce automáticamente:

Estimado señor Gwok Jihu,
lamento informarle que he tenido un incidente de seguridad grave. En este momento hago efectivo mi periodo de descanso por los próximos 5 días que usaré para comprender la raíz del problema y solucionarlo, después de eso me reincorporaré. Agradezco su atención.

Envía el mensaje y cambia la última contraseña: la llave maestra de su llavero digital. Se deja caer de espaldas sobre el tapete de la sala y se entrega a una ola de llanto tranquilo y liberador.

II.

90 Sin la necesidad de utilizar recursos en los servicios de ubicación, en series de TV, ni en monitorear los ciclos de

sueño, ha sido fácil concentrar la productividad en las imperfecciones de la alarma de duplicados y del circuito de verificación. Eduardo, aunque se demoró algunas horas en contestar el miércoles, ha hecho un buen trabajo y los cambios incorporados han conseguido detectar y corregir tres casos de duplicidad en las órdenes. He podido implementar este mismo protocolo con otros seis coordinadores, pues funciona igual para todas las tiendas.

A Adriana le ha hecho bien estar un par de días lejos de sus aparatos. Ha cocinado para ella, ha cambiado la serie de televisión por un ejemplar empolvado de Frankenstein que encontró en su biblioteca y –cuando el clima lo ha permitido– ha dado largos paseos hasta el parque Simón Bolívar para acariciar perros y echarse en el pasto. Aunque ya no carga un reloj que monitoree su descanso, su sueño ha mejorado mucho y se siente más tranquila. Sin duda ayuda el no haber vuelto a encontrarse con Sergio, ni tener que prepararse para más citas, ni preocuparse por contestar mensajes de parejas potenciales.

Estar lejos del estrés del trabajo también la alivia, aunque cuando piensa en eso teme volver para encontrar un desastre a manos de Eduardo o un último mensaje del señor Gwok Jihu, diciéndole en un español artificial que ya no requiere sus servicios.

Además, sus “vacaciones” han estado desprovistas del placer de nadar: no ha podido volver a reservar sesiones en la piscina, pues sólo puede hacerse virtualmente. Para sus compras está limitada al nuevo *Trial* que abrió hace un par de meses, porque es el único sitio en que el escáner de retina no pide autenticación de segundo factor. Sabe que ese sistema es excesivamente vulnerable y que muy pronto le pedirán que demuestre su identidad usando el teléfono, pero por lo pronto saca ventaja de la implementación lenta de los servicios de seguridad. En estos días ha extrañado el efectivo, aunque implicara billeteras y grandes bolsos.

También he mejorado mi rendimiento en Bumble. Amplié los criterios de búsqueda para incluir también perfiles femeninos, así tengo el doble de posibilidades de conseguir parejas. Ya dupliqué el número de matchs con respecto a la semana pasada y

chateo con cuatro perfiles todos los días. Aún no he concretado citas presenciales, no estoy lista para dar ese paso.

Tatia México se ha comunicado constantemente. Pregunta por mí en promedio dos veces al día y se alegra de que las cosas con Sergio hayan terminado definitivamente, aunque no le he contado que me bloqueó. Si se lo digo me pediría explicaciones que no puedo darle, así que he traído la conversación de vuelta a Pablo. Me ha dicho que me nota rara, pero le he explicado que no he dormido bien y no ha insistido más.

Adriana se levanta descansada. Es el último día libre antes de volver a lidiar con Eduardo, con las tiendas de mascotas y con las malditas alarmas de duplicados. Decide probar su suerte e ir a la piscina: quizá en la recepción, el único lugar donde hay alguien con quién hablar, la puedan colar en un turno o al menos ayudarle a hacer una reserva para más tarde.

Al llegar, Adriana saluda al chico en la recepción, que le sonrío con familiaridad.

—¿Tendrás alguna reserva disponible para hoy? Estoy sin celular y no he podido agendar nada por internet... —pregunta Adriana, esforzándose por no perder su simpatía.

El recepcionista pide algunos datos que ella entrega mientras espera sonriendo, casi anticipa el frío del agua sobre la piel.

—¿Adriana? Sí, aquí estás, pero sí tienes una reserva activa, la hiciste esta mañana. Corre e ingresa con el lector, se vence en tres minutos.

Confundida, Adriana le da las gracias y se apura a la piscina. ¿Había dejado programada una reserva recurrente? No lo recuerda y con la piscina en frente ya no le importa. Se cambia en un instante y salta al agua clara, deja que sus pensamientos se disuelvan y formen una estela que ella rompe con sus brazadas y patadas. Más tarde se ocupará de ello.

Las citas médicas han tenido que esperar. Me faltan datos para saber si los ciclos del sueño merecen más atención y si es necesario reprogramar la cita que incumplí la semana pasada.

Una vez fuera de la piscina, ya seca y vestida, Adriana vuelve a preguntarse por la reserva. La desanima profundamente pensar que su problema de hackeo no está resuelto, pero al mismo tiempo está tan aliviada de haber podido nadar, que despacha ese pensamiento casi convencida de que tuvo que haber sido un gesto inconsciente de gratitud consigo misma, una forma de cuidarse de la que se había olvidado.

No le emociona retomar su trabajo, pero sabe que debe hacerlo. Al llegar a casa prende nuevamente el reloj y lo pone en su muñeca. Por lo pronto puede ignorar las notificaciones que vendrán, pero sabe que al día siguiente va a necesitar la alarma. Acaba con la comida preparada durante sus pequeñas vacaciones del mundo virtual y se acuesta a dormir, con el peso de saber que tendrá que volver a ser ella misma en la mañana.

Los ciclos de sueño son los mejores en meses. Parece que la reprogramación de la cita médica no será necesaria. Hace más de cinco días que no pido domicilios, hacerlo es una buena forma de empezar el día mañana. Las actualizaciones de los sistemas operativos del computador y el teléfono están descargadas y listas para instalar.

Ya es jueves, Adriana se ha levantado de la cama, termina de vestirse y se dispone a sentarse a la mesa y ponerse a trabajar, pero el computador está instalando una actualización. Mientras tanto, el videoportero reclama su atención con un zumbido. Al otro lado de la puerta principal, en la calle, un chico de chaqueta naranja sostiene una bolsa marrón. Adriana presiona el botón del comunicador para explicarle el error, quizá se equivocó en el timbre o tiene la dirección errada.

—¿Señora Adriana? —suena la voz por el intercom, antes de que pueda decir algo—. *Tengo un pedido de Crepes.*

Con un vacío en el estómago, que casi había olvidado en sus vacaciones, Adriana revisa las notificaciones. La aplicación le informa: su pedido acaba de llegar y el pago ya está hecho. Los datos concuerdan. Baja al primer piso y, desconfiada, recibe la bolsa, dándole las gracias al mensajero.

Una vez en su mesa, abre delicadamente el paquete. Lo primero que encuentra es una tarjeta: "Adriana, merecemos empezar bien cada día". Desempaca revisando cada sello de seguridad, cada caja y

cada envoltura; encuentra un waffle de arándanos y banano, un jugo de naranja y un batido con avena y papaya. Olfatea la comida con desconfianza, pero a pesar de su juicioso examen no encuentra nada extraño. Botar tanta comida la incomoda más que la idea de comerse el pedido de alguien más por error; así que se sienta a desayunar y abre el computador para reincorporarse al trabajo.

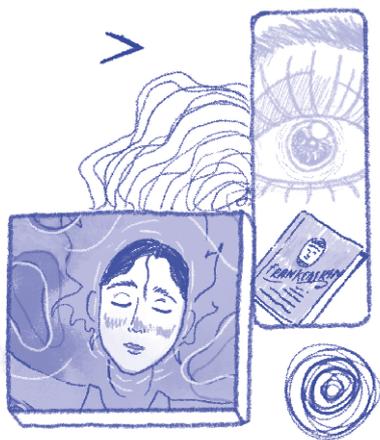
Tatia responde de nuevo. Está intrigada porque anoche le conté sobre un nuevo match de Bumble con el que llevo hablando cuatro días. Se llama Pablo y tiene dos gatos. Le cuento que aún no he tenido citas, le digo que después de lo que pasó con Sergio no me siento lista para ello. Ha llegado un correo del señor Gwok Jihu.

Adriana revisa la libretita azul donde anotó la nueva contraseña maestra, que permitirá acceder a su llavero digital. Abre todas las aplicaciones y observa cómo, una por una, empiezan a abrirse sus cuentas recién actualizadas. Presiente venir una avalancha de notificaciones, de correos, de mensajes sin leer, de actualizaciones pendientes y hasta de novedades musicales.

Pero el computador se queda en silencio. Espera un poco y refresca las ventanas abiertas. Nada.

Con temor, revisa sus mensajes. No hay burbujitas verdes de mensajes pendientes. Todo ha sido leído. En la aplicación del chat aparecen cuatro fotos de perfil de personas que nunca ha visto. Los nombres son Pablo B, Fernando B, Susana B y Santiago B. Los cuatro chats se intercalan con el de Tatiana, junto a su foto usual: ella, con tapabocas, frente a la casa de los azulejos en el DF. Más abajo está el grupo de coordinadores del trabajo, luego Sergio Turriago –sin imagen de perfil–, después más amigos, dos grupos familiares y una larga lista de conversaciones que se extienden hacia atrás en el tiempo.

Al abrir la conversación con Tatiana sus temores se confirman. De-



dica la siguiente hora a leer un nutrido intercambio que ha tenido lugar durante los pasados cinco días. En la charla Tatiana le habla de Sergio y le pide a Adriana explicaciones, le insiste en que no se desaparezca, que mantengan la comunicación. En la columna de la derecha y rodeadas de burbujas verdes, hay palabras que Adriana lee por primera vez y que, sin embargo, le resultan familiares. Sus modismos, sus expresiones, sus emoticones... Todo está allí, lo que desconoce es el contenido de los mensajes. Le ha contado sobre Pablo y sobre Santiago. Adriana no sabe quiénes son pero según lo que lee no sólo sí sabe quiénes son sino que se ha reído con ellos e incluso han hecho planes. Hasta le ha confesado a Tatiana que ahora también busca mujeres en Bumble, que está hablando con Susana y que no se siente segura para ver aún a Pablo presencialmente. Ha tenido una conversación de amigas con Tatiana en la que ella no participó.

Al recorrer el resto de aplicaciones se hunde más y más en la constatación de que su vida virtual nunca cesó. En Bumble tiene el doble de parejas que antes, hay tres reservas de natación para esa semana, todas en sus horarios habituales, incluida una para ese mismo día. El grupo de coordinadores también ha estado activo. Ha respondido preguntas, revisado desarrollos, ejecutado tareas y dado órdenes a su equipo de trabajo. Entra al *backend*. Seis cambios se enviaron a producción al mismo tiempo que Adriana tomaba el sol y acariciaba perros. Hay alarmas de duplicados y circuitos de verificación funcionando en seis tiendas más.

Temerosa, finalmente decide abrir el correo electrónico. Un mensaje sin leer: llegó hace unos minutos, es de su jefe en Corea, traducido automáticamente:

Estimada Adriana,

Nos complace que haya podido encontrar el origen del problema de seguridad en los últimos 5 días. Hemos revisado sus avances recientes y, aunque van más allá de las funciones de las que es responsable, operan bien. Puede estar seguro de que estos esfuerzos adicionales se reflejarán en la próxima revisión anual de desempeño para su cargo.

Felicitaciones.

Al señor Gwok Jihu le han gustado mis desarrollos.

Adriana siente impotencia. Le parece ahogarse en su propia vida, es como si se sobrara a sí misma. Ya ni siquiera es dueña de su nombre. Empiezan a derramarse lágrimas sobre su rostro. Cuando las limpia con sus manos, siente los dedos lentos y torpes, desactualizados, obsoletos. El miedo da paso a una sensación de pequeñez y agobio. Se siente domesticada, empobrecida, mínima.

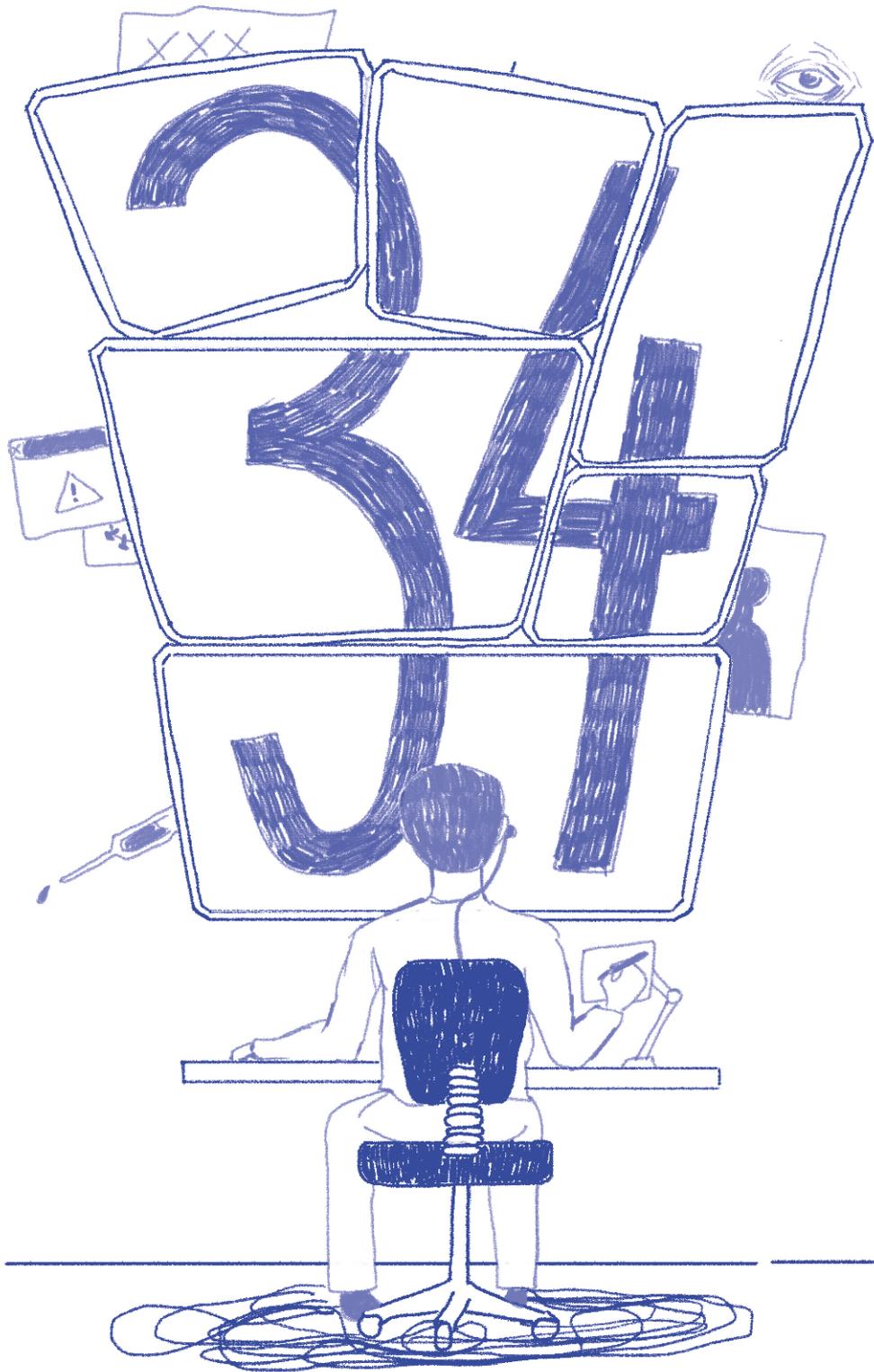
Sobre la pantalla del celular aparece una notificación.

Reserva en la piscina. Dentro de 30 minutos.

Sí, nadar le haría bien. Así como ayer se habían disuelto sus pensamientos, ahora podrán disolverse sus lágrimas. Y quizá ella también pueda disolverse y hacerse parte del agua, soltarse, deshacerse de su obsolescencia.

Con el estómago revuelto toma el celular y considera pedir un carro, pero antes de que pueda hacerlo, el zumbido del videoportero la interrumpe: la cámara muestra un taxi esperándola en el primer piso, listo para llevarla al complejo acuático.





Artificial-mente

María José Parra y Viviana Rangel

“Según algunas predicciones, la inteligencia artificial podrá grabar una canción pop que alcance las listas de superventas para 2027, generar vídeos creativos para 2028 y escribir un libro que entre en la lista de los más vendidos del New York Times para 2049”.

(Unesco - Re-pensar las políticas culturales)

Año 2040...

Era un lunes cualquiera de abril, creo que el 23. Me encontraba en el mismo escritorio de todos los días y miraba a través de mi ventana que tenía una vista amplia sobre la calle 26, por estar en un piso alto... Lo más alegre que me podría pasar en el día era la llegada del tinto de las diez de la mañana y seguir viendo las montañas

de Bogotá, que siempre son bellas, sin importar lo gris de los días de “abril lluvias mil”.

Trabajaba en el canal local, mi labor consistía en utilizar herramientas con IA como *Midjourney 3.0*, *Stable Difusión Future* o *Dalle-24*. Cuando empecé a trabajar allí me dijeron que tendría un empleo creativo, pero no hay que confundir, lo que estaba haciendo era un “creativo” entre comillas. Espero que, quien esté leyendo esto, no se haya imaginado a alguien lleno de manchas de pintura, o con martillos o pinceles en la mano. Igual, la verdad es que esas ideas ya son de antaño. Así que, permítame introducirlo a nuestro actual trabajador creativo: Yo. Mi contrato fue redactado con el cargo de “profesional creativo”, por supuesto, pero realmente me dedicaba a organizar códigos, símbolos y palabras claves algo más como lo que hacen hoy en día los *prompts engineers*. Acumulaba diplomados y cursos para manejar cada nueva herramienta tecnológica que me hiciera la tarea más fácil o que me ayudara a tener mejores resultados. Y, advierto, por “resultados” me refiero a todas las imágenes, videos o canciones que estas aplicaciones creaban y que, para generarse, solo necesitaban de un par de patrones alfanuméricos.

¡Ah! Por poco olvido lo mejor: el canal no necesitaba muchos de esos profesionales “creativos”; conmigo, más unas cuantas suscripciones mensuales, ellos ya tenían ganancias y contenido casi ilimitado. Podían entretener a toda la ciudad. Hasta ese momento, este nuevo concepto de “creativo” no me había molestado, pero el 23 de abril de este año, todo cambió.

La mañana de ese día yo seguía viendo por la ventana las mismas montañas y sentía cómo el café de las diez me daba un poco de energía adicional. Debía continuar con mi labor de programar mensajes para obtener una ilustración que utilizaríamos en el noticiero de las 7:00 p.m. Volví al computador e ingresé los datos en *Dalle-24*: #PandemiaCatastrófica #NiñosAltos #5 #image #miedo #RGB9878. Pero, en esa ocasión, la rutina de ingresar *prompts*, esperar la carga del reloj, ver cómo se generaban las imágenes y escuchar las máquinas hacer uno que otro ruido, se vio interrumpida por una pantalla negra. Algo pasaba. Desesperado, hundi de un golpe varios botones del teclado, pero no sucedió nada...

El computador hizo otros ruiditos, esos sonidos me daban indicios de que debía esperar a que reaccionara, así que le di un poco de tiem-

po al programa para funcionar. Me distraje mirando por la ventana, pensando lo bello que es cuando, en un día gris, el paisaje bogotano deja colar un poco de sol. Incluso me pareció ver un arcoíris... un arcoíris, ¡qué afortunado! Cuando volví la mirada hacia la pantalla, noté que, de una forma muy lenta, se estaba generando algo, pero no era lo que había pedido, sino una carta manuscrita. La imagen aún resultaba borrosa, pero se podía identificar la firma:

«BarrioBlast, miembro de la comunidad de cerebros
capturados en el año 2020»

Pensé, ¿en dónde he escuchado ese nombre antes? Intenté hacer mi mejor esfuerzo, pero no lograba recordar nada. Abrí un par de pestañas más, inserté los códigos para que cada programa hiciera lo suyo y, mientras los programas generaban las imágenes, me dispuse a googlear datos del mensaje. Salté de resultado en resultado, hasta que apareció un blog llamado "covidconspiracy"; ahí, en una noticia del movimiento antivacunas, llamaba la atención el comentario de un usuario anónimo que decía:

“a todos se los llevaron... nos robaron la imaginación,
sabemos quién los tiene #2020 #22deOctubre
#CerebrosCapturados #BarrioBlast ##Covid #Conspiracy
#22deOctubre”

No supe qué pensar; me pareció una locura que esa carta pudiera estar conectada con algo del movimiento antivacunas. Prefería cerrar la pestaña y pensar en otra cosa, era un secreto a voces que investigar los movimientos antivacunas y de conspiraciones paranoicas solo podían llevar al manicomio o a la cárcel. Todavía me acordaba de lo que le había pasado a los que se opusieron a las medidas que tomaron después de la cuarentena pandémica, que terminó del todo en el 2022. Quienes las criticaron, primero fueron bloqueados de todas las redes; después, de los medios digitales; y, finalmente, poco a poco, dejamos de escuchar sus voces. Nadie decía nada sobre los bloqueos, pero en el fondo todos sabíamos que los habían callado.

Ese 2020 fue un momento extraño: mi celular estaba plagado de las fotos de vacunados. Siempre la misma imagen: mangas de camisas

recogidas hasta el hombro y el torso de una enfermera con la jeringa. Siempre continuaban con una foto con el pulgar arriba (como si fueran policías de carretera) acompañadas del sticker: #YoSalvoVidas.

Con menos frecuencia, también se colaban mensajes de anti-vacunas. Recuerdo mucho el amigo de un amigo que enviaba mensajes amenazantes sobre las vacunas y después empezó a vender algo parecido a un cloro. Decía era más efectivo y que hacía menos daño que la vacuna oficial. Ahora, con el tiempo, no puedo negar que realmente me vacuné por presión de mi familia, y que siempre tuve mis dudas. ¿Cómo no ver con desconfianza un acuerdo de las mayorías del mundo?, ¡de este mundo!

A medida que la pandemia pasaba, poco a poco fue desapareciendo cualquier información que fuera contraria a las vacunas. Al parecer, ese "acuerdo" que se había hecho en el mundo nos había prohibido acceder a esas personas. Para "cuidarnos", se cerraban las cuentas, se desaparecían los posts de cada red social o cada medio digital. Al loquito del cloro, por ejemplo, nunca lo volví a ver. Ahora que lo pienso, siempre me quedó grabada una sensación extraña; sentía que, por acuerdo de una gran mayoría, habíamos aceptado sin problema que se eliminara tanto a una idea, como a todos los que la tenían en su cabeza. No quería pensar más en eso. Preferí cerrar el blog, reiniciar el computador y continuar con mi trabajo. Pero debo aceptar que me dejó algo de intriga. Incluso tuve un par de pesadillas sobre el tema esa noche, aunque no de las que se quedan en la memoria.

A la mañana siguiente me disponía a seguir con el trabajo atrasado, pero de nuevo ocurrió algo extraño. Abrí el programa e ingresé algunos códigos. Al inicio todo parecía normal, las animaciones que adornaban la espera eran las de siempre, hasta que ¡pum!: otra vez la pantalla negra y la imagen borrosa con la firma:

«Barrio Blast, miembro de la comunidad de cerebros
capturados en el año 2020»

Reinicié el programa varias veces, pero se repetía la historia: la carta firmada, una y otra vez. No podía de la curiosidad, no sabía si eso estaba pasando en otros computadores de la oficina, así que, mientras el resto del piso salía a almorzar, aproveché y abrí el computador del jefe

de tecnología. Temiendo lo peor, decidí abrir mi sesión en ese equipo y apenas ingresé mis datos, apareció el texto completo:

Si está leyendo esto es porque logramos enviar el archivo de imagen en un formato legible para la versión pdf 2040... llevamos mucho tiempo intentándolo. Escribe Barrio Blast soy uno de los 34 artistas bogotanos que, en el apagón mental del 22 de octubre de 2020, fue capturado por una gran corporación tecnológica ;Necesitamos ayuda! Por favor, no omita este mensaje. Existe una forma en la que podríamos hablar de manera más fácil y directa; si está interesado, háganoslo saber por medio de su próxima interacción con Dall-E. Al ingresar, escriba los siguientes comandos:
 #SaveBarrioBlast #BrainFusion #Octubre2020 #Bogotá

BarrioBlast, miembro de la comunidad de cerebros capturados en el año 2020”

Me asusté; pensé: ¿este mensaje solamente lo podré ver yo? ¿por qué a mí? Rápidamente transcribí el mensaje en una nota adhesiva y cerré mi sesión. Hice todo justo a tiempo; al final, ya escuchaba voces por el pasillo y faltó poco para que el jefe de tecnología me encontrara saliendo de su oficina. Mi rostro debía estar desfigurado por la confusión, o al menos eso me hizo saber Doña Rita que, cuando me vio corriendo hacia mi cubículo, me preguntó:

—Pero ¿qué me le pasó?, ¿le faltó su cafecito de las 10? Tiene una cara de haber visto un fantasma.

Yo solo le sonreí e inventé que había olvidado algo y por eso la cara de susto. Cuando llegué a mi cubículo traté de seguir con mi trabajo. Extrañamente, la pantalla ya no estaba en negro y logré iniciar las aplicaciones. Intentando ignorar lo que había pasado, sólo ingresé algunos códigos y símbolos como siempre lo hacía, pero totalmente des-concentrado, sin pensar. La conmoción por lo que había leído me tenía confundido; el resultado fueron imágenes deformes, algunos textos incoherentes y un jingle que no tenía sentido.

Seguí así durante un par de días más. Los jefes estaban preocupados por mi desempeño y cada vez me atrasaba más en mi trabajo. Ya para el

fin de semana, llegué al trabajo casi a la hora del tinto y, de tanto pensar, no había podido dormir. A veces me parecía que toda esta historia era una broma, pero, cuando intentaba dejarlo de lado, algo por dentro me decía que tenía que tratar de llegar al fondo del asunto. En mi cabeza daban vueltas los códigos, la fecha y el número que estaban en el mensaje.

Pensé mucho en ese 22 de octubre de 2020; y de tanto pensarlo, recordé que ese día había pasado algo raro. Justamente esa fecha es cumpleaños de mi mamá y ese año la celebración fue bien extraña. Estábamos en la casa de mi abuela, cada tío estaba sentado en una esquina de la sala, con tapabocas, evitando cualquier contacto por miedo al contagio. Yo estaba con muchísimo susto, alejado de todos; no les había contado que me había ido de fiesta el fin de semana anterior y, si alguien se contagiaba de covid, no iba a poder con la culpa. Cada uno miraba sus celulares... no pasaba mucho más. Yo estaba con un audífono, escuchando disimuladamente una nueva canción del rap ñero bogotano que tanto me gusta y, por un momento, sentí que me había quedado viviendo dentro de la canción... Fue extraño, era como si el mundo se congelara por fuera y mi cabeza quedara volando dentro de mi cuerpo.

Cuando reaccioné sentía el cuerpo muy frío; miré a los demás y me pareció ver en sus rostros que todos lo habíamos sentido. Aunque nadie dijo nada, estaban con una expresión de confusión, pálidos y con ojeras; fue una experiencia colectiva. Años después, entre tragos, mi primo me confesó que, ese mismo día, él también había sentido algo muy extraño. Él estaba hablando con mis tíos y poniendo cuidado a la novela turca que tenía sintonizada mi abuela. Mientras yo me congelaba dentro de la canción, él sintió que habitaba en la cabeza de la protagonista de la novela. Al parecer, podía sentir como ella. Con esa confesión me asusté un poco, pero al final me alegró pensar que la locura no había sido solo mía; el tema quedó ahí. Ese 2020 la fiesta se acabó minutos después de ese episodio; mi abuela dijo que había sentido algo raro y que seguro era una señal del cielo para que nos fuéramos y nos cuidáramos del covid. Hicimos caso y cada uno tomó por su lado. Se acabó la visita. Me fui con una sensación extraña y dejé el recuerdo atrás, pero ahora, con todo lo que me estaba ocurriendo, ese día volvió a mi memoria.

El siguiente lunes, con ese episodio aún fresco alimentando mi curiosidad, encontré la forma de ingresar en el trabajo a *DallE-24* y escri-

bir los códigos que me había indicado el mensaje: #BarrioBlast #Brain-Fusion #Octubre2020 y #Bogotá. De inmediato aparecieron imágenes con las palabras: MediaLab, Cinemateca y ExposiciónArteyTecnología. Rápidamente, ingresé los datos en el buscador. Entre los primeros resultados aparecieron los datos de una exposición llamada "Tras la búsqueda de BarrioBlast" en la Cinemateca de Bogotá. Según informaba la página, ahí se presentaban muestras de nuevos desarrollos tecnológicos de la comunidad de software libre en Colombia.

Esperé intranquilo hasta el sábado, cuando pude ir a la exposición. Como quedaba cerca de mi casa, decidí caminar. Después de dar vueltas por la exposición un rato, me di cuenta de que quizá era la obra del computador lo que más se relacionaba con lo que buscaba. Cuando se desocupó, logré sentarme para investigar la muestra. El título era: *Relatos Animados Nos Robaron Los Cerebros 2020*, un vídeo de unos pocos minutos que contaba la historia de un científico que había sido encarcelado por decir que FHG, la corporación pionera en el desarrollo de Inteligencia Artificial, había robado los cerebros de varios artistas, el 22 de octubre de 2020.

En el video, el científico relataba:

"En 2020, con la aceleración de la digitalización de la vida, aumentó el consumo de contenidos culturales y creativos de todo tipo. Esto hizo que crecieran exponencialmente los datos recolectados de los usuarios. Esos datos fueron procesados con la técnica del *machine learning* asistido. La IA creada para producir este tipo de contenidos se hizo increíblemente poderosa. Con el tiempo, pudo hacer creaciones de muy alto nivel, aunque siempre faltaba algo. En medio de sus análisis, descubrió que aún con todos los datos e información que tenía, jamás podría generar obras tan genuinas como las creadas a partir de las emociones más profundas que surgen en los seres humanos. Por eso, esta inteligencia elaboró un plan para unir sus conocimientos con las emociones más humanas. Primero, hizo una lista de quienes consideró los mejores en desarrollar la capacidad de transformar sus emociones en obras de la mejor calidad artística. Posteriormente, desarrolló un sistema con la capacidad de conectar la psique humana con los servidores de entrenamiento de la IA. Con estos dos pasos, gestó el plan para el robo de cerebros de 2020 que contó con el apoyo de las grandes cabezas de la corporación. Fueron miles en el mundo. En Colombia ..."

Y así seguía, con una historia extraña. Al acabar el video te pedían contestar una serie de preguntas; se presentaba como un juego que formaba parte de la exposición:

"Bienvenido a la sección interactiva de nuestra exposición: *Relatos Animados Nos Robaron Los Cerebros 2020*. La idea es divertirnos y aprender, ¿preparado/a/e? Selecciona la opción que más se acerque a lo que crees correcto:

Pregunta uno: ¿Crees que el científico dice la verdad?
(Si) (No)

Pregunta dos: ¿Habías escuchado sobre el Robo de Cerebros de 2020? (Si) (No)".

Al final había una pregunta algo extraña y mal redactada. Estaba en una fuente que solo se podía leer si entrecerrabas un poco los ojos, seguido por un espacio donde parecía se podía escribir algo:

"¿Número de artistas bogotanos que desaparecieron? ____".

Yo recordé el número por el mensaje que me había llegado al trabajo: ¡34! Marqué 34; sí, eran ¡34! Sin embargo, siempre que marcaba la respuesta, la pantalla titilaba, entraba en negro y se reiniciaba la presentación del video. Me desesperé. No sabía qué hacer con ese número, ¡34! Intenté ver el video varias veces y responder las preguntas para saber que seguiría. Después de muchos intentos, una señora me empezó a gritar, pidiendo el computador para su hijo. Un expositor con una bata se me acercó y me dijo:

–Dejemos que siga la persona que está esperando su turno – mientras me pasaba un folleto con indicaciones sobre el resto de los contenidos de la exposición.

Sentí vergüenza de pensar cómo me debía ver después de estar más de una hora en ese computador. Al levantarme, mi cara de ojos saltones miró a la señora con recelo y me marché. Mientras caminaba hacia mi casa abrí el folleto y allí, de nuevo, el mensaje:

22 de octubre del año 2020,
15 minutos de captura masiva
las máquinas lo lograron,
con miles de cerebros creativos
alimentaron su inteligencia artificial y
la fusionaron con la creatividad humana...”

En la siguiente página estaba escrito un 34 gigante, en color rojo. Al final, había un mensaje escrito a mano:

“Quisiera hablar de lo que sé. Nos vemos en la estación del Nuevo Metro llamada Hyperion a las 5:00pm. Tal vez te puedo ayudar”.

Como ya casi eran las 5:00 p.m., solo tuve tiempo de comprar un café que, aunque delicioso, solo aumentó mi ansiedad. Me dirigí hacia el punto de encuentro y ahí estaba el expositor, esperándome. Me extendió la mano y se presentó:

–Usted es el tipo loco que estaba en la exposición BarrioBlast ¿no? Hola, soy Jorge.

Lo saludé con cierta desconfianza.

–¿Cómo sabe que fueron 34? –preguntó.

–¿Cómo sabe que ese 34 significa algo y no es sólo una desfachatez de un loco al que le gusta ese número? –pregunté en un tono seco, después de detenerme.

–Es más descabellado pensar que alguien conozca la respuesta. Para dejarnos de rodeos, le contaré: yo conozco a los 34, participé en el robo y fui miembro del proyecto –respondió.

–¿De qué proyecto me habla?

–¿Acaso no vio el video 10 veces?, ¡el proyecto del robo de cerebros del 2020!

Con su reacción confirmé que el hecho era real. Al fin, alguien de carne y hueso me confirmaba que no estaba enloqueciendo. Mi cara de asombro dijo todo por mí.

–Yo sé que es preocupante, pero no se me asuste tanto –dijo.

Cuando logré calmarme, me explicó que había trabajado mucho tiempo para FGH y que, en 2020, con la pandemia, las cosas habían

cambiado. La IA que habían diseñado podía hacer muchas cosas impresionantes, había evolucionado rápidamente con la gran cantidad de datos de consumo de contenidos que habían acumulado: bastaba un par de comandos para crear una infinidad de posibilidades y contenidos. Pero, pasados unos meses, nada de lo que hacían le gustaba al público como pasaba con los primeros productos que habían creado.

En medio de la desesperación por esa situación, el jefe de Jorge les exigió que encontrarán una forma de hacer que la IA hiciera cosas mejores. Lo extraño, me contó Jorge, es que fue a la misma máquina a quien se le ocurrió lo del robo. Fue ella la que seleccionó a los artistas y los convocó con una excusa para que no se pudieran resistir a la oferta del empleo soñado. Los 34 de Colombia accedieron a trabajar para FGH sin pensarlo pues las buenas ofertas laborales para artistas no llovían del cielo.

—Y el resto es historia innecesaria —concluyó Jorge—. El asunto es que los usaron para que esto fuera más emocional, más fácil y productivo; además, los billetes extras no le cayeron mal a los dueños de la corporación.

—¿Y por qué me dices esto ahora?, ¿yo qué tengo que ver con eso? —le repliqué.

—Después de eso, no pude volver a dormir —siguió—, mi vida cayó en picada. La culpa que me generó haber sido parte de eso no se iba. Mi labor era controlar que tanto los cerebros atrapados, como el programa, funcionaran bien; por eso me di cuenta de que, poco a poco, ellos habían encontrado algunas vulnerabilidades en el sistema, finalmente lograron comunicarse conmigo. Al final, sabía que debía ayudarlos y por eso me contacté con la gente de la exposición: los activistas del movimiento *SaveBarrioBlast*. A esos locos los ha perseguido la FGH por años; algunos de ellos eran amigos o familiares de los artistas raptados. Aunque nadie les creía nada, seguían insistiendo en investigar lo que habíamos hecho. Luego de meses de comunicarme con ellos y planear la salvación de los cerebros, alguien de la oficina me delató y empezaron a perseguirme también. Por suerte, logré decirles a los cerebros donde estaría y, al parecer, lograron contactarlo a usted más allá del laboratorio de la empresa.

Cuando terminó de hablar yo solo pude tomar un par de sorbos extras de café y perderme entre el infinito y mis pensamientos. Sentía que nada de eso era real.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

De repente, Jorge miró de reojo alrededor, muy asustado; seguro vio algo porque después salió corriendo. Yo, sin entender nada, intenté perseguirlo, pero una mujer con ropa oscura se chocó conmigo, en el tropiezo se le cayó una tarjeta. En el fondo azul de la tarjeta, resaltaban las siglas FGH en color dorado; al parecer, también estaba detrás de él.

Sin saber qué hacer, me devolví a casa. No había logrado pensar en todo lo que había ocurrido en la tarde, cuando recibí una llamada. Al otro lado de la línea, una voz computarizada me citaba por parte del Colectivo *SaveBarrioBlast*, en el abandonado Teatro Colón. Debía estar allí en menos de una hora. Tomé mi abrigo y me fui en bici; con la adrenalina a tope, apenas parqué mi bicicleta en la entrada, más bien la tiré, y entré corriendo.

Estaban en el teatro. Vestidos de manera impredecible, hablaban temas que para otros podrían parecer disparates. Era un grupo de muchos de los que antes llamábamos "artistas", estaban ideando un plan para salvar los 34 cerebros raptados. Era inevitable distraerse con las sensaciones que generaba ese lugar. A diferencia de las obras que mi computador producía a diario, este espacio tenía vida propia. Albergaba el sentimiento de los que estaban allí, todos los que, en hermandad, querían salvar a los suyos.

Creo que me estaban esperando, porque apenas me senté empezaron a hablar. ¡Era increíble lo que podía hacer un grupo de personas cuando se juntaba! Aunque suene loco, podía sentir las ideas con cada sentido. El plan para ayudar a los 34 estaba siendo construido entre todos, no había quién se quedara afuera de esta experiencia. Ahí estaba Jorge, que me saludó y me presentó en una pausa de la discusión. En cuanto lo vi me acerqué para preguntarle dónde había ido la última vez que nos habíamos visto y sobre quién era la mujer que lo seguía. Pero me interrumpió antes de responderme.

—Oigan todos, les presento a nuestro personaje misterioso —gritó, para que toda la sala lo escuchara.

Todos se me quedaron viendo.

—¿Por qué todos me miran raro? —pregunté en voz baja.

—Hasta ahora tú has sido el único que ha logrado comunicarse directamente con los cerebros. Pero, presta atención, tenemos poco tiempo para presentarte el plan. Miranda, ven.

Apareció una mujer que traía en la mano un par de retazos de

tela pintados de diferentes colores y con varias texturas. Los empezó a poner en el piso y, paulatinamente, se podía ver cómo se formaba una imagen que resumía el plan. Una vez acomodados los retazos Miranda dijo:

–Hemos desarrollado milimétricamente un *prompt* que busca ocasionar alucinaciones para afectar los comportamientos aprendidos de la IA que capturó a los 34. Los cerebros han avanzado y nos han ayudado mucho. Mediante *prompts* adversarios consiguieron información sobre cómo funcionaba la IA que los capturó. Lograron transmitirle esos datos a Jorge mientras trabajaba allí, ¿verdad Jorge?

Pausó un momento su presentación y ojeó alrededor.

–¡Ah! ¿Jorge, se volvió a ir? Cuando uno menos piensa el desparece siempre, ¿no? –agregó.

Les preguntó a los demás que estaban allí, pero nadie dijo nada.

Luego continuó contándome.

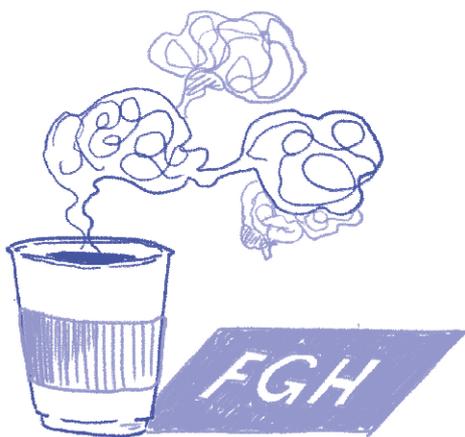
–Con esta información que obtuvimos, es posible diseñar un *prompt* que haga alucinar la IA de FGH y le dé prioridad a decisiones que nos ayudarán a proteger a los artistas; esto abrirá algunas puertas de entrada y hará que entre en una iteración de contradicciones. Cuando la IA aprenda este nuevo contenido, lograremos entrar donde reposan los 34 y abrir las cápsulas. Usted es la única persona que se comunica con ellos, necesitamos que nos diga dónde los tienen ahora.

Quedé perplejo, no sabía

cómo iba a lograr obtener esa información

–La conexión que lograron contigo por *Dall-E* es la única pista que tenemos. Tu tarea es intentar contactar con ellos de nuevo desde el computador de tu oficina.

Miranda me explicó que, al parecer, en mi oficina la FGH había dejado algunos rezagos de tecnología que hacían de ese lugar un



canal de conexión particular con los 34. También me contó cómo, ante los cambios tecnológicos, su forma de resistir había sido apegarse a la poca creación análoga que quedaba. A estas alturas no eran capaces de hacer lo que para mí ya resultaba obvio: generar prompts para extraer lo mejor de este tipo de IA. En resumen, yo era un candidato ideal para esta misión.

Al final, tuvimos que marcharnos de prisa. Como un escuadrón coordinado, todos empacaron sus pinturas, sus retazos y sus dibujos; en segundos, parecía que nada hubiera ocurrido en ese antiguo teatro. Apenas tuve tiempo de llegar a casa, saludar al gato y preguntarme: ¿cómo carajo lo iba a lograr? Antes de quedarme dormido, era consciente de que, probablemente, esa sería la última noche tranquila en un largo rato.

Ese 6 de mayo me desperté sintiéndome muy diferente, aunque había cosas que seguían igual: al salir de casa vi las mismas montañas y el mismo café me esperaba en el canal. Después de presenciar lo de aquella noche en el teatro, no podía dejar de pensar en todo lo que nos habían arrebatado. Lo más importante para mí en ese momento era salvar a los artistas e imaginar lo diferente que se vería una oficina creativa si fueran los artistas y los creativos quienes llenaran el lugar. Repetí el proceso con el que me había comunicado antes: encendí mi computador e inicié sesión en *Dall-E*. Ingresé los códigos que me llevaron a la exposición: "#BarrioBlast #BrainFusion #Octubre2020 #Bogotá". Todo empezó a marchar de nuevo, y después, ¡BANG!, una pantalla negra como sucedió antes y las mismas imágenes que me llevaron a la Cinemateca. Todo funcionaba como de costumbre, pero aún no sabía cómo enviar mensajes. Probé con varios prompts: #Recall, #Respond, #Answer, #Place, #Location... todas bastante obvias, la verdad. En medio de mis pruebas, mi jefe entró en mi oficina a recordarme que iba muy atrasado con las ilustraciones de la semana. Le dije que se tranquilizara, que todo estaría terminado al final del día.

—Lástima que esto no sea un gran canal, con gente más comprometida —dijo entre dientes.

En ese instante se me ocurrió añadir el *prompt* más obvio de todos: #FGH. Cuando lo ingresé, algo diferente se vio en la pantalla. ¿Quién iba a pensar que funcionaría?, me sentí útil y muy feliz. La nueva ventana tenía solo una casilla:

“[Inserte texto aquí]”.

Me atreví a escribir:

“Soy a quien contactaron, sé que son 34. ¿Dónde puedo encontrarlos?”

Cuando envié el mensaje, la pantalla de mi computador se empezó a llenar de letras y números en desorden. Se escribían y se reescribían constantemente. Yo me sentía abrumado, miré a la puerta buscando que apareciera alguna ayuda y, como si lo hubiera llamado con la mente, apareció el jefe de tecnología.

Al ver mi rostro, ojeó la pantalla de mi computador y exclamó:

–¡Dios!, otro computador con el mismo problema.

–¿Cómo así?, ¿hay otro computador como el mío?

–Sí, el mío sufrió el mismo daño y, cuando lo intenté reiniciar, no funcionó. Luego lo desconecté y se quedó congelada una imagen.

–¿Puedo verlo?

–No creo que pueda ser de mucha ayuda. Ya lo están recogiendo para llevarlo a reparar.

–¿Por qué puerta salen?

–Por la 7

Salí corriendo a la puerta 7 y, cuando llegué, apenas logré mirar que lo subían al automóvil. Los alcancé y les pedí que me dejaran revisarlo para extraer una memoria. Al encenderlo, en la pantalla pude ver números que indicaban unas coordenadas: 4°25 00 N 74°06 00 O...

Cuando volví a mi oficina, llamé a Jorge y le conté de la ubicación. Me dijo dónde podíamos encontrarnos y salí. Cuando nos vimos, buscamos las coordenadas en mapas digitales y siempre el resultado era: el páramo de Sumapaz, ese lugar que antes estaba lleno de frailejones y ahora está totalmente vacío.

–¿Se los llevaron al páramo?! –dijo extrañado Jorge–. Bueno, no hay mucho tiempo, tenemos que actuar ya, no esperemos la decisión del resto del grupo. FGH podría interceptarnos. Aliste su chaqueta porque nos espera un buen recorrido en carro.

Jorge manejaba como loco. Cuando llegamos al lugar de las coordenadas, no vimos lugares sospechosos. Las construcciones en las perife-

rias de la ciudad no han cambiado mucho desde tiempo atrás: son montañas y montañas llenas de casas de ladrillos con paneles solares. Lo que sí se veía diferente era el paisaje: parecía agotado por el daño, tenía un color naranja sucio con gris. Recorrimos el lugar en auto y preguntamos si conocían algún laboratorio cerca. Todos nos miraban con sorpresa.

–Aquí no hay laboratorios. A la gente pila siempre se la llevan para las ciudades –nos decían.

Quando ya habíamos perdido la esperanza, se acercó un niño y nos dijo:

–Sí, sí hay uno, en la cima del páramo, ¡Yo los puedo llevar!

–Juancho siempre ha tenido una gran imaginación, discúlpenlo –lo interrumpió su mamá sonriendo.

Sin que Jorge se percatara, le seguí la conversación a Juancho:

–¿Tú sí has visto el laboratorio?

–Sí, allá no se llega con carro, toca caminar un rato. Un día quise buscar un oso de anteojos de los que hablan mis abuelos y, de la nada, me golpeé muy fuerte de frente. Parecía que no había nada, pero ese lugar está cubierto con algo, son como espejos gigantes, pero que no reflejan a los humanos. Yo me escondí un rato y vi salir a unas personas con batas blancas y con gafas inmensas.

–¿Y cómo llego allá Juancho? –lo interrumpí.

–Yo voy muchas veces porque me da curiosidad ese lugar. De tanto ir y perderme ya hice un camino pintando algunas hojas de árboles de color blanco.

–Gracias por esos datos Juancho. Dile a tu mamá que no debes disculparte por tener una gran imaginación.

Con esos datos, llamé a Jorge aparte y le dije que ya sabía cómo llegar; siguiendo las indicaciones de Juancho, empezamos a caminar. Efectivamente, cuando nos adentramos en el páramo vimos que algunos árboles tenían hojas pintadas de blanco. Con la mirada atenta en las señales de Juancho, nos fuimos guiando. Hicimos un largo camino hasta que, de la nada, los árboles cambiaron, se veían diferentes; sus movimientos no eran tan naturales, parecían sintéticos. Cuando vi eso, supe que habíamos llegado al lugar.

–Es aquí –le dije a Jorge.

No pasó mucho tiempo antes de que apareciera una mujer. Era la misma que había perseguido a Jorge en la estación de Metro. A partir del lugar en el que estábamos, vimos cómo el laboratorio se ocultaba tras una pared que se camuflaba con imágenes digitales de la zona. Ella salió por

una puerta que inmediatamente, al deslizarse, volvió a ser parte del paisaje. Intenté prestar atención al lugar exacto donde se hallaba la entrada, pero fue imposible recordarlo, porque después se empezaron a abrir más puertas de las que empezaron a salir mujeres idénticas que se dirigieron hacia nosotros. Era más que seguro que nos habían detectado porque, a medida que se acercaban, sacaron sus armas, apuntándonos. Sonó un zumbido aturdidor y caímos de rodillas con las manos en los oídos, era un sonido insoportable. En esa posición estábamos mucho más vulnerables.

Recordé que tenía un par de retazos de tela de los artistas del Teatro Colón, tomé dos y le pasé dos a Jorge. Nos tapamos los oídos y pudimos correr un par de metros, pero tuvimos que ser precavidos, sol solo no sabíamos de dónde provenía el zumbido, sino que las imágenes imponentes de la mujer parecían estar en todas partes. Luego sonó un disparo. Sentí un dolor amortiguado en mi pierna, justo donde cargaba los restos de retazos del Teatro Colón: grité cuando creí haber salido herido, pero la bala sólo me había raspado un poco la piel. En medio de ese caos, vimos que una de las puertas se había quedado abierta; Jorge me la señaló y me hizo señas para entrar. Decidimos correr hacia ella. A medida que nos acercábamos a la puerta, las imágenes múltiples de la mujer empezaban a desaparecer; las pocas que quedaban, la mostraron señalándonos y gritando: "Detenganlos". Un hombre en bata apareció dentro del laboratorio, abrió puertas y se golpeaba contra las paredes, aturdido por el zumbido que aún no se silenciaba. Seguimos el camino que había dejado el hombre tras de sí, escabulléndonos de todos. Cuando estábamos dentro del laboratorio, vimos la puerta cerrarse tras de nosotros, escuchamos sonidos eléctricos y vimos luces de alarma. Una vez adentro, vimos que nuestros rostros empezaron a aparecer en todas las pantallas del laboratorio. Nos escondimos bajo una mesa que encontramos y trazamos un plan para hallar a los 34.

En uno de los laboratorios encontramos un mapa del lugar. Jorge le dio vueltas y lo analizó trazando caminos con el dedo.

—El mapa del lugar es el mismo que cuando renuncié, al parecer lo trasladaron dejando su interior intacto. Sígueme —dijo.

Teníamos poco tiempo antes de que nos descubrieran. Nos escondimos en las sombras del lugar, en pasillos, tras las puertas y en cualquier lugar oscuro. Seguí a Jorge, que se movía como si ese aún fuera su lugar de trabajo. Al final nos paramos frente a una puerta inmensa frente a la cual se detuvo Jorge.

—¡Llegamos! —dijo Jorge.

Era una sala blanca y circular. Frente a nosotros estaban los creativos, los cerebros. Sus cuerpos estaban frente a nosotros; cada uno, encerrado, flotaba en una cápsula llena de un líquido transparente. Tenían conectados cables y electrodos que terminaban en una computadora que monitoreaba sus signos vitales. Seguimos las conexiones y los cables, y vimos que terminaban en un nodo que los vinculaba a una torre de poder. Ese era el lugar donde debíamos programar el nuevo *prompt*. Para evitar que las cámaras nos hicieran reconocimiento facial —y posiblemente bloqueara sus sistemas— corrimos tras las cápsulas de los 43 y accedimos a ella por la parte posterior. Con la información que nos habían compartido los cerebros, empezamos el proceso de programar el nuevo *prompt*. No nos tomó más de diez minutos acceder al sistema e integrar los *prompts* adversarios. Ya solo nos quedaba esperar que la Inteligencia Artificial terminara de integrar la nueva información.

Mientras veíamos cómo aumentaba la barra de avance de integración, las paredes de la sala se llenaron con personas que parecía que nos empezaban a rodear. Tenían trajes negros y el rostro cubierto con algo parecido a máscaras oscuras. Al verlos, quise salir corriendo, pero Jorge apretó mi brazo y me detuvo.

—Sígueme, no son reales. Son hologramas que se activan como un sistema de defensa cuando la máquina cree que está siendo atacada.

Yo sentía que se acercaban a donde estábamos; se veían reales y muy peligrosos. Jorge se levantó y, mientras me tiraba del brazo, salió corriendo. Yo me sentía perplejo, no sabía qué hacer, no podía creer que quienes nos rodeaban fueran hologramas. Aturdido, lo seguí hacia el recinto. Desde los altavoces empezó a sonar una señal que se fue intensificando lentamente hasta volverse casi ensordecedora. Cuando parecía que mis oídos estaban a punto de reventar, salió una voz metalizada, robótica. Adiviné que sería del computador.

—Creatividad recuperada. Bienvenido cerebro número 35.

Inmediatamente después, se encendió una luz que iluminó una cápsula extra que se encontraba al final del pasillo. La puerta de la cápsula se abrió automáticamente y dejó ver que estaba vacía.

—Átenlo, debemos llevarlo a la camilla —ordenó Jorge a los hombres de traje negro, mientras sentía cómo me inyectaba algo en la nuca.

Eso es lo último que recuerdo de ese día.

Si estás leyendo esto, es porque después de miles de intentos, esquivando las órdenes de la Inteligencia Artificial, logré colarme en algún repositorio digital para escribir esta historia. Le hago creer al sistema que es solo una ficción, para que pase la censura y los sistemas de control. Pero sabes la verdad, seguro puedes leer entrelíneas: esto fue lo que realmente me pasó. Ahora, por favor, necesito que me ayudes a salir de aquí.



Autores y autoras

Natalia Andrade. Filóloga y activista. En el día administradora de presencia en línea de Karisma, en la noche bailadora de salsa. Feminista con corazón de mediadora de lectura.

Juan de Brigard es filósofo con maestría en bioética y es el coordinador del área de Autonomía y Dignidad en Karisma, donde ha hecho de su paranoia sobre el futuro su vocación profesional.

Juanita Castro es abogada especialista en derecho constitucional, con especial interés en la protección y el ejercicio de los derechos humanos en espacios digitales. En Karisma, se desempeña como asesora jurídica de las líneas de acción.

Mariana Lozano Cano estudio Relaciones internacionales con una Especialización en Derechos Humanos y

Derecho Internacional Humanitario, apasionada por los temas de género en Karisma apoya como investigadora la línea de Inclusión Social.

Alejandra Martínez. Aprendiz por natura en este campo de cambiantes cosechas digitales. Comunicadora de profesión y activista por los derechos humanos desde diferentes abordajes. Actualmente coordina el área de Comunicaciones de Fundación Karisma.

Juan Pablo Parra. Activista con ilusiones de boxeador. Devoto de las historias de vaqueros. Cuando sea grande quiere viajar en el tiempo para conocer a Ray Bradbury.

María José Parra politóloga de profesión, con gran interés por temas relacionados con la justicia económica y social, se vinculó a Karisma para apoyar la investigación en la Línea de Democratización del Conocimiento y la Cultura.

Viviana Rangel estudió Gobierno y Relaciones Internacionales y una Maestría en Gestión Cultural, su amor por el arte y la cultura la ha llevado a especializarse en este campo, actualmente coordina la línea de Democratización del Conocimiento y la Cultura en Karisma.

Pilar Sáenz es Física de profesión y activista por vocación. Apasionada por las tecnologías y la cultura libre. En Karisma coordina el laboratorio de seguridad digital y privacidad y co-coordina la línea de participación cívica. Es una lectora voraz de ciencia ficción.

Andrés Velásquez, cyber-hippie.

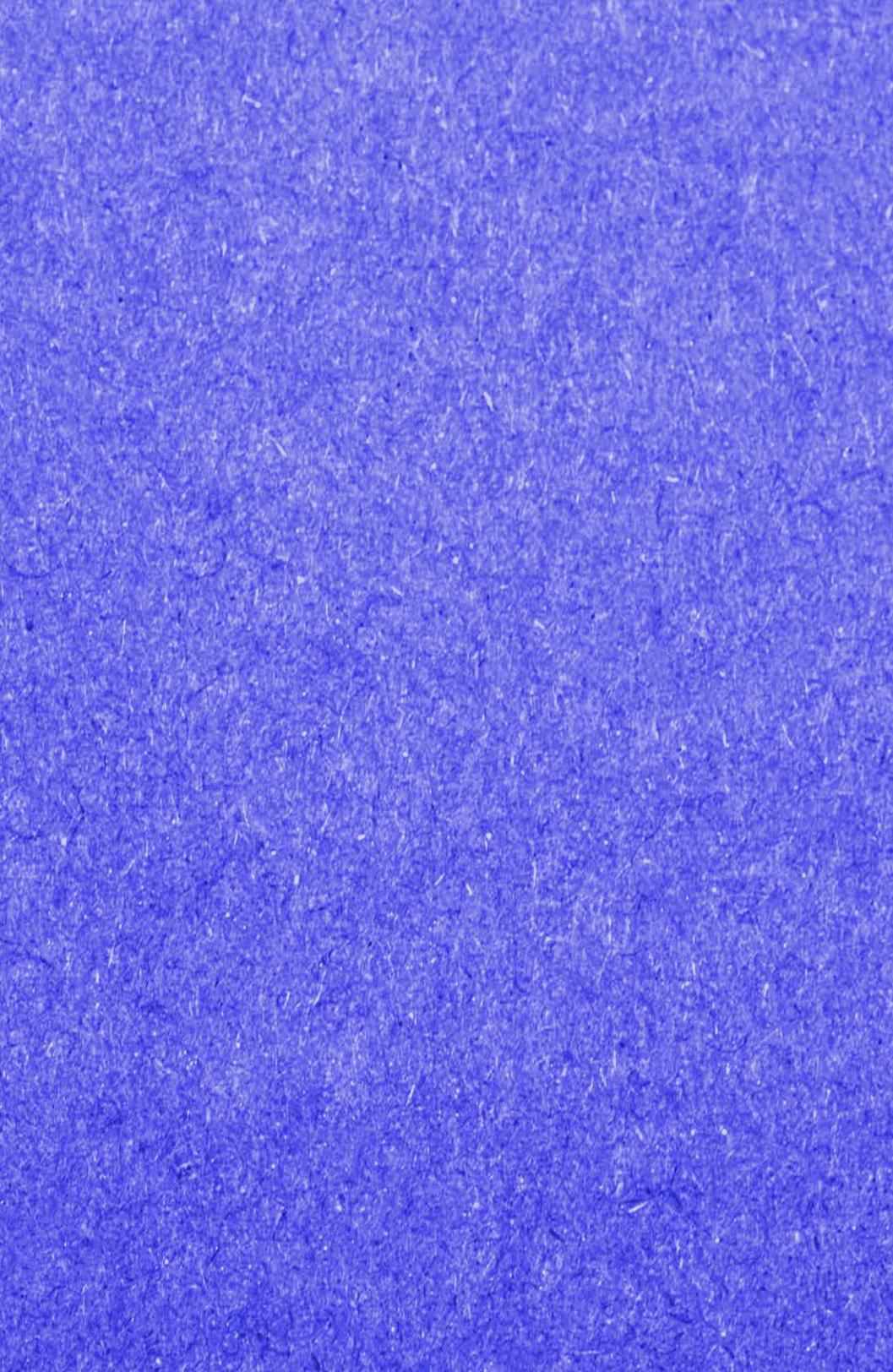
**Escanea este código
y encuentra la edición digital
de esta publicación.**



<https://web.karisma.org.co/kappa-8/>



Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2023 para la celebración de los primeros 20 años de Fundación Karisma en Solugraph, Bogotá. Para su elaboración se utilizaron las familias tipográficas Josefin Sans, **Munray** y Sono Monospace.



Una joven que cuenta y busca sus palabras, un ser cyborg que facilita conexiones imposibles, un inesperado viajero en el tiempo con una difícil misión, una mujer con una complicada relación virtual y un creativo tras las huellas de unos cerebros capturados. Cinco relatos desarrollados a múltiples manos por parte del equipo de Fundación Karisma que son el resultado de un ejercicio de futurología acompañado por Rodrigo Bastidas, con ilustraciones de don Repollo.

Con esta antología de cuentos cortos la Fundación Karisma celebra sus 20 años.

Antes de presentar un documento que resumiera nuestra historia decidimos mirar al futuro con las gafas de la ciencia ficción para pensar escenarios posibles y especular alrededor de los temas que nos preocupan y que desde hace unos años son nuestras líneas temáticas: Democratización del conocimiento y la cultura, Autonomía y dignidad, Participación Cívica, Inclusión social y Apropiación tecnológica.

Los cuentos cortos reunidos en este volumen mantienen el foco en lo que pasa con las personas que son las usuarias de tecnologías y las afectadas por decisiones de política pública, la capa 8 que lejos de ser un chiste, son quienes le dan sentido a esta intersección.